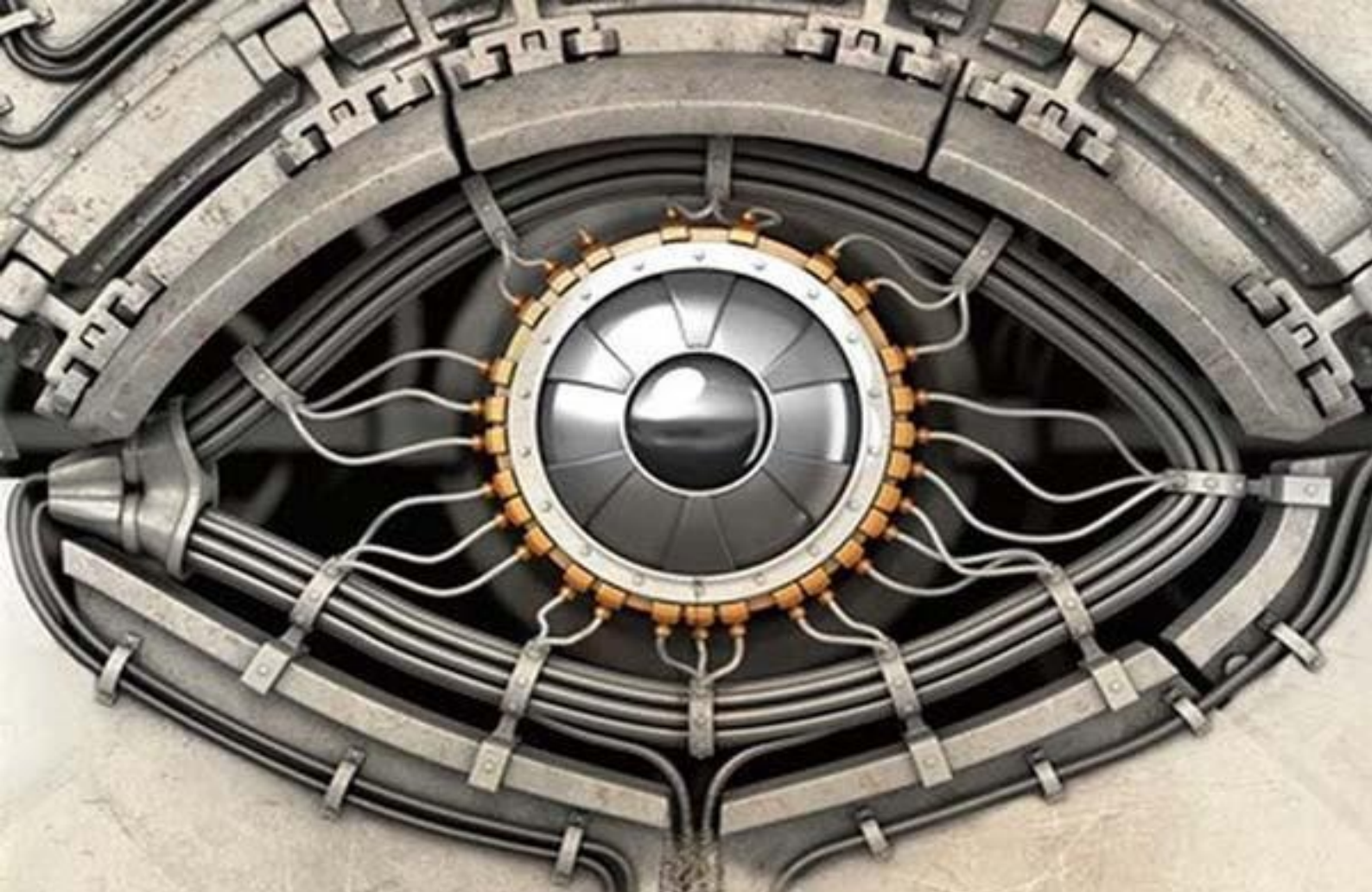




GEORGES BERNANOS

FRANCIA CONTRA LOS ROBOTS

"ESTE ESCRITOR DE RAZA MERECE EL RESPETO Y LA GRATITUD
DE TODOS LOS HOMBRES LIBRES."

ALBERT CAMUS

Lectulandia

Esta apasionada defensa de la libertad es un desafío a las idolatrías paganas de ganancia y fuerza, con una increíble actualidad. Esta diatriba contra la sociedad de las máquinas es un grito futurista, para señalar una sociedad en la que es posible llevar una vida digna de seres humanos.

Georges Bernanos

Francia contra los robots

ePub r1.0

Titivillus 16.07.2020

Título original: *La France contre les robots*
Georges Bernanos, 1947
Traducción: Adriana Romero-Nieto

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PARA GEORGES BERNANOS, CON RESPETO Y AGRADECIMIENTO

El texto que aquí se presenta sorprenderá al lector por la visión y la exactitud del autor en lo que respecta a la organización económica y social del mundo venidero; Bernanos adivina con precisión algunas características singulares que ocupan el espacio público de nuestro tiempo, y lo hace más de medio siglo antes.

Anticiparse en el tiempo ofrece un interés real sólo si el camino que lleva a esas conclusiones propone una dinámica de pensamiento y un lenguaje que transportan al lector mezclando profundidad y virtuosismo. Aquí esto se logra. Bernanos es uno de los grandes maestros de la lengua francesa del siglo xx, y el torrente de palabras que nos invita a compartir no deja ningún lugar a dudas.

Sabe mantenernos en vilo, sacudirnos y hablarnos sin demagogia. Años atrás, en su impactante *El gran miedo de los biempensantes*, ya había explicado lo que debe ser un libro de ensayos: «Escribo este libro para mí y para usted —para que me lea, sí: no para otro, para usted, usted mismo. Prometí que lo conmovería, de amistad o de rabia, ¿qué importa?—. Le entrego un libro vivo».

Podría haber dicho lo mismo de éste. La obra y el destino de Bernanos se sitúan bajo el signo de la lucha en pos de la verdad y del honor, sin tibieza ni hipocresía. Esta búsqueda le costó cara, pero es la razón por la cual hoy en día podemos leer sus libros con la certeza de que en ellos abarca los temas esenciales de nuestros cuestionamientos.

Habitado por una fe cristiana que nunca lo abandonará, desde niño sueña viajar con amigos a Paraguay para relanzar la utopía de las reducciones jesuíticas donde las razas y las culturas se reconciliaban; donde, él creía, esa fe había sobrevivido mejor. Y luego, como toda su generación, conoce el horror de la primera guerra mundial, escondido en las trincheras repugnantes, viendo la muerte cara a cara y alrededor de él. Marcado por esa locura

mortífera, se embarca en la escritura y comienza a darse a conocer como autor, anclado profundamente en una tradición monárquica y antisemita.

Es entonces cercano a Maurras y a su movimiento la «Acción Francesa». Bernanos trabaja como vendedor de seguros para satisfacer las necesidades de su numerosa familia. Tiene que tomar los trenes durante las madrugadas brumosas; vivir de forma miserable; ir de puerta en puerta; por las noches, en hoteles modestos, escribir novelas que todavía no circulan.

El éxito tarda en llegar, pero con *Bajo el sol de Satanás* (1926) finalmente obtiene el reconocimiento que le permite consagrarse de tiempo completo a la escritura. Casi tiene cuarenta años. En sus inicios, gracias al impulso de la crítica de los medios de extrema derecha, conoce el verdadero éxito ante el público. Además de novelas y relatos, también entrega artículos y el panfleto *El gran miedo de los biempensantes*, donde denuncia a la sociedad francesa que le provoca náuseas por su cobardía, su hipocresía y su miedo a una guerra que exige numerosas renunciaciones.

Rodeado de los suyos, abandona su país natal y se va a vivir a Mallorca. Ahí, en esa España que se desgarrará en una guerra civil criminal, el destino de Bernanos dará un vuelco. Esa búsqueda de la verdad, que constituye su centro y su motor, lo obligará a modificar sus posturas: al inicio de la guerra, por razones ideológicas, es partidario de Franco; después evoluciona y cambia por completo de opinión gracias a sus análisis de la situación.

Vive en carne propia y en el alma ese conflicto, pero su clarividencia y honestidad lo obligan a decir su verdad. En 1938 sorprende a su público con la aparición de un libro excepcional por su rigor y su discernimiento; *Los grandes cementerios bajo la luna*. En él acomete contra los golpistas, ataca el autoritarismo de los franquistas y denuncia los atropellos provocados por el levantamiento antidemocrático.

Al romper con sus amigos de extrema derecha, deja España, donde evidentemente está amenazado, y decide abandonar de inmediato esa Europa que rápido se hundirá en la guerra. Nuestro Bernanos vuelve a pensar en Paraguay, en ese lejano lugar donde todo parece posible. Siempre impulsivo, incluso iracundo, se va con su familia el 20 de julio de 1938. El escritor polémico deja detrás de sí una Europa que vislumbra destinada al horror y a la destrucción. Lo impacta la belleza de Río de Janeiro, adonde llega el 4 de agosto; después da una conferencia en Buenos Aires y se dirige hacia Asunción, donde la realidad lo vuelve a alcanzar.

Lo que descubre no tiene nada que ver con sus sueños infantiles, y después de diez días en los que se dedica a recorrer el lugar, muy a su pesar,

regresa a Brasil, que tanto le gustó. Todavía no sabe que ése será su país de residencia durante largos años ...

Siempre preocupado por diferenciarse de sus pares, decide convertirse en criador de vacas, pensando que con ese trabajo podrá vivir y hacerse rico. La escritura será posible gracias a las ganancias de esa actividad y así el autor tendrá tiempo para consagrar a su arte... Incluso en esos momentos, nuestro escritor sueña. No logra nada con las doscientas cincuenta vacas en las que invirtió los ahorros familiares; pronto debe disponerse a revender lo que queda.

Sacudido por los acontecimientos, termina por instalarse en un lugar modesto, «la granja de la Cruz de las Almas», nombre que parece provenir de una de sus novelas. En Belo Horizonte se conmueve cuando ve a los brasileños llorar al enterarse de la caída de París: las fuerzas nazis invadieron Francia y su estancia se transforma en exilio. Desde su refugio escribe sin cesar artículos y ensayos que muestran la urgencia de intervenir, de decir, de denunciar.

Por cierto, si acaso termina una novela que comenzó hace mucho tiempo, renuncia a ese género literario, pues se dedica por completo a la lucha contra las fuerzas del mal, aquellas que pretenden asfixiar la Libertad. Bernanos siente que es su deber hablar, defender una visión de lo que debería ser el mundo. Se alinea entonces al lado de la Resistencia y del general De Gaulle, publica tanto en periódicos de la Francia Libre como en la prensa brasileña. El tono es poderoso y su palabra provocadora.

La edición de sus textos escritos en Brasil se titula *El camino de la Cruz de las Almas*, y, a la fecha de su publicación, en 1948, cuenta con cuatro volúmenes... Un trabajo monumental que Bernanos lleva a cabo en condiciones económicas muy difíciles, al retomar su pasado como periodista, ocupación de su juventud. Vocifera, ataca, ridiculiza e interroga. Todos los días va a escribir a un café de la ciudad más próxima, Barbacena, sentado en el bar colonial. Cuando el embajador de Francia, que representa al régimen de Vichy, le envía una invitación oficial, Bernanos la devuelve sin siquiera abrirla y escribe en el sobre: «No recibo cartas de traidores».

Muy rápidamente, algunos temas se instalan y perdurarán; por ejemplo, se pronuncia contra el mundo de las máquinas y el dinero, en particular en una carta abierta al presidente Roosevelt. «El imperio del dinero es el imperio de los viejos», escribe Bernanos, para quien la juventud encarna el ideal.

Bernanos está fascinado con Brasil y ahí encuentra razones para albergar esperanzas. Es sensible a la belleza del lugar y también está muy

impresionado por sus habitantes. Se pueden describir dos razones evidentes que lo acercan a los brasileños: por un lado, coincide con su forma de valorar a Francia y, por otro, le preocupa mucho la juventud de esa población.

El escritor francés tiene una visión singular y un tanto quimérica de su país natal: ve en sus compatriotas a un pueblo revolucionario que supo autoafirmarse cuando hubo que levantarse contra la injusticia y la privación de la Libertad. Para Bernanos, el pueblo de 1789 es la más bella y la más evidente manifestación de lo que pudo representar esa población. Es el momento en el que se construye una parte imperecedera de Francia.

No obstante, los brasileños están muy impregnados de esa Francia enamorada de la libertad y de la justicia. El escritor exiliado y los intelectuales locales están en perfecta armonía: su discurso conmueve a los lectores brasileños ya que les habla de una Francia que se asemeja a la imagen que tienen de ella. Todos están enamorados de una representación del país de la Revolución e indignados por las infamias que se cometen contra ella en el transcurso de esa época trágica. En ese sentido, Bernanos vive en armonía en Brasil, pues se nutre de los mismos fantasmas que quienes lo rodean; todos viven con una idea un tanto idílica de esa tierra lejana y de su historia.

Tan pronto regresa a Francia después de la Liberación, escribe a uno de sus pares que viajará al país que él tuvo que abandonar: «Va a entrar en contacto con un pueblo que ama a una Francia que, precisamente, usted ama y comprende perfectamente. Allá, la fidelidad a Francia es algo mucho más profundo que ‘la hispanidad’ de la Argentina». Y justifica sus observaciones con un largo análisis de la historia de las ideas en Brasil: «La asociación de la mística revolucionaria y de la solemnidad comtista es toda la tradición intelectual y moral de la élite brasileña. Esa gente realmente vivió *Los miserables* de Víctor Hugo». ¿De qué otra manera podría expresar mejor la afinidad y la complementariedad de esas dos naciones?

Es debido a esta visión común de Francia que la entereza de los hombres y mujeres de su país de acogida lo conmueve. Con la idea de que ésta, en muchos aspectos, evoca los sacrificios que, por mucho tiempo, un gran número de sus compatriotas soportó. «Porque solamente sobrevivirán a la inmensa aniquilación que se anuncia los pueblos a los que la soledad y la pobreza les enseñaron a ser pacientes, y a los que el espíritu de la servidumbre todavía no ha envilecido porque no han vivido como un rebaño»... Esa Francia que lucha contra el nazismo y ese Brasil que busca salir de la miseria están en sintonía en su derrotero.

Con esa intimidad reconocida, el otro aspecto del país que cautiva a Bernanos es su juventud. De hecho, cuando debe regresar a Francia, ante todo se dirige a los jóvenes con un «Adiós a la juventud brasileña» que es particularmente conmovedor. En su obra, la infancia y la juventud tienen un papel primordial, ya que son los momentos en los que el sueño todavía es posible. Incluso escribirá que todo su trabajo no es más que un intento por encontrar los énfasis de los momentos más emocionantes que hace mucho conoció, durante los primeros años de su vida.

En su bellísimo prólogo que abre *Los grandes cementerios bajo la luna*, insiste en esa voz de la infancia que trata de recuperar y en el papel que todavía puede tener: «Mi certeza profunda es que la parte del mundo que todavía es susceptible de ser remendada tan sólo les pertenece a los niños, a los héroes y a los mártires». Entonces, a veces con algo de paternalismo, equipara su país de adopción con un universo infantil: «Es un país niño, sus responsabilidades son las de la infancia, todas sus faltas son reparables».

Desde luego, en apariencia, hay un costado ofensivo en esa visión, en ese tono condescendiente, pero cuando visitamos la obra de Bernanos, nos damos cuenta de que esa curiosa forma de expresarse corresponde a un elogio sincero. En ese texto no duda en dar a la juventud brasileña deberes fatigosos por cumplir: «Jóvenes y jovencitas, es verdad, tienen derecho a las ilusiones. Les pedimos, la libertad les pide, sacrificar ese derecho. Ustedes son la última oportunidad de este mundo. El mundo debería poder contentarse con ver con claridad a través de los ojos de los hombres de edad y de experiencia, pero precisamente son esos hombres los que hoy se niegan a ver, ya que, tan pronto levantan los párpados, ven las ruinas que, por avaricia, ellos mismos hicieron o que, por estupidez, permitieron que se hicieran».

Ahí, el autor muestra su confianza en esa juventud no sólo en lo que respecta al futuro de su país natal, sino también en la vitalidad de un pensamiento llamado a ofrecer alternativas al mundo venidero. Desde hace mucho tiempo, sus reflexiones están marcadas por la contraposición que ve desarrollarse entre las diferentes formas de imaginar nuestra relación con el mundo y sobre todo en cómo organizar las sociedades que vendrán. Reunirá sus ideas y las presentará en este texto *Francia contra los robots*.

A lo largo de 1944, hace lecturas de fragmentos del libro y entrega el texto definitivo al Comité de la Francia Libre de Brasil que organiza la edición y la venta por suscripción. Se publicará en agosto de 1946, y el autor recibirá su ejemplar en París, a donde regresa después de que el General de Gaulle lo invita personalmente. Como siempre, no aceptará ningún puesto ni

ningún honor. Cuando le proponen integrar la Academia francesa, responde: «cuando ya no tenga más que un par de nalgas para pensar, me iré a sentar en las bancas de la Academia». Una vez más, asqueado de Francia, de la purga y de la situación política, se vuelve a ir al extranjero, esta vez a Túnez. Pero la enfermedad lo carcome y fallece en 1948, a la edad de sesenta años.

En el texto que aquí se presenta, Bernanos expresa su visión del porvenir y sobre todo hace énfasis en una contraposición original: al dar la espalda al mundo capitalista y al comunista se cuestiona acerca de la capacidad de los hombres de hacer pervivir la libertad en el mundo del mañana. Para él, el capitalismo ayuda al surgimiento de monopolios multinacionales y el comunismo llega a la misma situación, pero con un monopolio único: el Estado. Sin embargo, su lógica es idéntica.

La opresión que sufre la humanidad más que nada se sostiene de la invasión de aquello que él llama «la Técnica», estado mental que apunta a hacer desaparecer la sensibilidad y la libertad del ser humano para que en él tan sólo perdure su capacidad de trabajo y de consumo. Ignoramos si Marcuse leyó a Bernanos, pero él diría lo mismo años más tarde. «Un mundo ganado por la Técnica es un mundo perdido para la Libertad»: así dice Bernanos, utilizando las impresiones que Brasil le legó. En efecto, es sensible a las cualidades humanas de los habitantes de su país de acogida, y muy naturalmente contrapone la mentalidad llamada «latina» a la de los anglosajones, culpables, según él, de dejar que triunfe una manera de ser que degrada al ser humano.

Lo que él llama «Técnica» es el sistema que impone la Civilización de las Máquinas. Dice que la técnica «trata de reformar al hombre, es decir, de formar a un hombre capaz de contentarse con lo que ésta le puede dar, un trabajador eficiente, bien alimentado, atiborrado de vitaminas, jovial y deportista, que acepta sin discutir los *ucases* de la técnica, en el espíritu de la propaganda oficial, con el fin de conservar todas sus fuerzas físicas y mentales para la producción». Leemos esto con pavor, de tal forma que estamos tentados a darle la razón, setenta y cuatro años después de que emitió esas hipótesis ...

Más que nunca, debemos leer a Bernanos, compartir ese amor por la libertad y la humanidad sensible. Y aprender con clarividencia a rehusarnos a desempeñar ese papel, a no aceptar transformarnos en ese ser humano limitado y estrecho que el mundo contemporáneo nos invita a ser, en el que incluso nos obliga a convertirnos. Leámoslo con reconocimiento y sepamos

pronunciar junto con Albert Camus: «Ese escritor con clase merece el respeto y el agradecimiento de todos los hombres libres».

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE
Ciudad de México, noviembre de 2018

PRÓLOGO

Mi querido amigo, es a usted y a su querida y valerosa mujer a los que quiero dedicar estas páginas, las últimas que escribiré en Brasil, después de siete años de exilio. Digo siete años porque —más vale recordarlo ahora mismo— en 1938 fue cuando dejé mi país; digo siete años de exilio ya que, después de Múnich, si me hubiera quedado en Francia, también habría sido un exiliado.

Hace ya mucho tiempo que nos conocemos, Rendu^[1], y, sin embargo, hoy es la primera vez que se me ocurre decir públicamente lo que pienso de usted. En los cuatro volúmenes de *El camino de la Cruz de las Almas*, su nombre no se cita ni una sola vez. Hasta ahora, nunca había pensado en esa anomalía, y es probable que usted tampoco lo haya pensado antes. Cuando dos buenos obreros trabajan hombro con hombro, cada uno de ellos tan sólo piensa en su propia labor, porque sabe que la del vecino se hará tan conscientemente como la propia. Pues bien, Rendu, he aquí mi testimonio que, antes que nada, le quiero entregar. Sé lo que es el trabajo, el de verdad, no el trabajo de aficionados. Usted es un buen obrero, Rendu. Y su querida mujer también es una buena obrera; ustedes conforman, los dos juntos, como diría Péguy, una ruda pareja obrera. Eso es precisamente lo que no le gusta a todo el mundo. Le habrían perdonado que le diera baratijas a nuestro país, bártulos, y, por el contrario, usted los abasteció con lo que en nuestro hogar la gente honesta llama lo bueno, lo sólido, hecho con herramientas verdaderas, herramientas fuertes y leales, y que pesaban el peso necesario. Evidentemente, cuando un miserable alcanza ese tipo de anemia moral que lleva por nombre petainismo^[2], esa extraña decoloración de la conciencia —la enfermedad de las pálidas conciencias—, va a su trabajo para molestarlo, se acerca demasiado a la mesa de trabajo, y cuando la señora Rendu maliciosamente le deja caer la herramienta sobre los pies, el pobre diablo sale de ahí enfurecido. ¡Lástima por el pobre diablo! ¡Lástima por los decolorados! Nos parece que su decoloración crónica ya le costó demasiado caro a Francia. Es debido a ellos, a su salud, que anteriormente ella se fue a Múnich. Por cierto, se habría podido ahorrar el viaje, pues, dos años más tarde, los decolorados estaban más

decolorados que nunca, la vergüenza del armisticio ni siquiera les devolvió el color. Francia se ocupará de ellos más tarde. Claro, no dudamos que un día nuestro país recupere su lugar tradicional a la cabeza de la civilización —o de lo que queda de ella, de lo que las conferencias le habrán dejado de ella—; pero todavía le queda mucho camino por recorrer, e incluso cuando nos vayamos por un periodo largo, no abrazamos a rezagados ni a desmadejados.

Querido amigo, al dirigirme a usted, pienso en todos aquellos que hicieron, en esta América del Sur que voy a abandonar, el mismo trabajo que usted. Les envió un saludo con todo mi corazón. La mayoría de ustedes eran hombres tranquilos y trabajadores, arraigados a su oficio, a su negocio, a su familia, y generalmente poco preocupados por la política. A todos, la noticia del armisticio, antes de encenderlos de ira, los llenó de estupefacción. No discutieron sobre el armisticio, se negaron a tratar el tema de las supuestas razones del armisticio. Sus adversarios aprovechan esto para acusarlos de intransigencia, incluso de fanatismo. Así, embaucaron a cierta cantidad de ingenuos que, con el objetivo de tranquilizar su propia conciencia, lo único que pedían era creerle, enceguecidos por la pasión. Ya que sus peores enemigos, los peores enemigos de su obra, no eran aquellos que ponían en duda su altruismo, su sinceridad, sino aquellos que fingían homenajear sus «ilusiones generosas». ¡Las «ilusiones generosas»! Todo el mundo sabe lo que esas dos palabras significan hoy en día traducidas al dialecto yanqui. No se puede decir más claramente que éramos unos imbéciles. Pues bien, Rendu, cuando usted y sus amigos rehusaban tratar el tema de las razones del armisticio, en absoluto era porque temieran estar convencidos. Rechazaban abordar las razones porque éstas no valían nada. Primero que nada y, sobre todo, usted contraponía el deshonor al sentido común. Pero, a su vez, ¿la palabra «buen» no sugiere otra? No sabríamos ser al mismo tiempo buenos y retorcidos. Quien dice bueno también dice inflexible, ¿no es así? Usted era el sentido común inflexible. Mientras que la mayoría de los valores esplendorosos revelaban bruscamente su impotencia y maldad, amenazándonos así con un fracaso espiritual mil veces más desastroso que el fracaso militar, Francia se sometía a usted, en el sentido común popular, igual que un hombre oprimido por todo lo que lo rodea recarga la espalda en una pared para afrontar algo. Usted contraponía el Sentido Común al Realismo. Si en el mundo no había más que hijos de puta, el Realismo sería también el Sentido Común, ya que el Realismo es precisamente el Sentido Común de los hijos de puta. Cuando, en la época de Múnich, Jean Cocteau exclamaba: «¡Viva la Paz Deshonrosa!», confirmaba una vez más que el Realismo tan

sólo es una forma de explotación, una deformación de lo real, un idealismo al revés. Ya que no hay ninguna paz deshonrosa, no hay verdadera paz en la deshonra. Una paz injusta puede, al menos momentáneamente, producir frutos útiles, mientras que una paz deshonrosa, por definición, será por siempre una paz estéril. El sentido común y el honor son compatibles en ese punto, ¿hay algo más natural que esto? ¿No es un tanto el honor al sentido común lo que la Santidad es a la Virtud; el honor no es el sentido común en su punto más eminente? El sentido común y el honor juntos, en eso es en lo que siempre se ha basado la grandeza francesa, ése es el principio de toda unión nacional. Los imbéciles de Vichy creyeron que era muy astuto contraponer el sentido común al honor, pero el honor y el sentido común terminaron por encontrarse para formar esa mezcla explosiva que estalló bajo sus traseros. Y la cual todavía se limpian de las nalgas.

Querido amigo, en este mismo instante en el que escribo estas líneas, nuestro gobierno acaba de honrarlo, honrando en su persona a todos aquellos que, a lo largo de esta inmensa América Latina, resistieron como usted. La condecoración que recibió tiene una inmensa ventaja sobre las demás: instituida desde hace poco tiempo, todavía no ha servido de mucho. Pero usted, Rendu, si se me permite arriesgarme con esta especie de retruécano, usted sirvió mucho, usted sirvió bien, usted sirvió bien a Francia. Digo Francia, para hablar de aquella de ayer y aquella de mañana, de esa Francia inmortal. Ya que esa Francia de hoy en día, a la que primero que nada pertenecemos por la carne, pues ahí nacimos, y en la cual todavía no terminamos de morir, es Francia, desde luego, pero una Francia donde lo bueno y lo malo, lo efímero y lo perenne, se mezclan de forma muy estrecha. En lo que respecta a la Francia de hoy, usted se obligó a servir a la parte perenne. Ese servicio tiene sus decepciones. Usted aceptó de antemano esas decepciones. La Francia efímera, aquella de los pactos políticos y de los partidos, destinada a desaparecer al mismo tiempo que las generaciones que la constituyen, le habría exigido mucho menos sacrificios, y, a cambio, beneficios considerables, ¡pero no tiene importancia! Los acontecimientos le dieron la razón, le dieron la razón a usted y al honor. Esto debería poner fin al debate. Desgraciadamente, sus antiguos adversarios no se aliaron a usted ni al honor, sino que se aliaron al éxito, con el fin de sacar provecho. Ya los vemos explotar cínicamente sus ideas y sus eslóganes, deformando su sentido y distorsionando su espíritu. ¡Ah!, desde luego, deseamos tanto como todos los demás la unión de los franceses; no quisiera atrasarla un día, una hora. Pero,

hay algo más valioso que la unión: se trata de los principios en nombre de los cuales nos unimos.

Querido Rendu, ni usted ni sus amigos se negaron jamás a recibir a aquellos que, cuando reconocieron sus errores y la necesidad de repararlos, se acercaron a ustedes sinceramente. Pero deben seguir rechazando la pretensión insolente de los traidores, de los cobardes o de los imbéciles que solamente reclamaron la unión para intentar confiscarla para su beneficio, con el fin de excluirlo a usted. Porque no le piden olvidar ni disculpar sus faltas; en vez de ello, más bien le exigirán que justifique esas faltas a costa suya, a costa de la verdad. Hacer eso es precisamente lo que lo llevaría a traicionar la misión que recibió. El espíritu del armisticio es inseparable del espíritu de la colaboración; el drama del armisticio y el de la colaboración conforman el mismo drama, aquel de la conciencia nacional, nublada por los equívocos. La lealtad inflexible de hombres como usted ha disipado esos equívocos. Y éstos, bajo ninguna forma ni cualquier otra, en ningún momento deben ir a dar a la conciencia de los futuros y pequeños franceses.

GEORGES BERNANOS

FRANCIA CONTRA LOS ROBOTS

5 de enero de 1945

I

Si el mundo de mañana se parece al de ayer, la actitud de Francia será revolucionaria. Cuando resistimos a ciertos aspectos de la situación actual, esa afirmación puede parecer muy audaz. En el preciso instante en el que escribo estas líneas, los poderosos rivales que se disputan, sobre el cadáver de pequeñas naciones, el futuro imperio universal, creen que ya pueden abandonar, de cara a nosotros, esa antigua política expectativa, misma que, por cierto, los regímenes conservadores siempre han seguido cuando se encuentran frente a las revoluciones que inician. Diríamos que una Francia liberada del enemigo les preocupa menos que la Francia prisionera, misteriosa, incomunicada, sin mirada ni voz. Se esfuerzan, se apresuran a hacernos entrar en el juego —es decir, en el juego político tradicional cuyos medios ya conocen—, y se sienten seguros de que tarde o temprano lo van a ganar, calculando las ventajas que les quedan y aquellas que nosotros perdimos. Es muy probable que esa maniobra retrase por largo tiempo los acontecimientos que anuncio. Es muy probable que entremos en un nuevo periodo de apaciguamiento, de recogimiento, de trabajo, en pro del cual recurriremos al ridículo vocabulario, a la vez cínico y sentimental, de Vichy. En efecto, hay muchas maneras de aceptar el riesgo de la grandeza, pero, por desgracia, sólo hay una de rechazarlo. ¡Pero qué importa! Los acontecimientos que anuncio se pueden retrasar sin causar daños. Incluso debemos prever con mucha calma un nuevo desplazamiento de esa masa informe, de ese peso muerto que fue la pretendida nacional Revolución de Vichy. Las fuerzas revolucionarias seguirán acumulándose, como el gas en el cilindro, a una presión considerable. Su expansión, en el momento de la deflagración, será enorme.

La palabra «Revolución», para nosotros los franceses, no es palabra vaga. Sabemos que la Revolución es una ruptura, la Revolución es un absoluto. No hay revoluciones moderadas, no hay revoluciones dirigidas —como se le dice a la economía dirigida—. La que nosotros anunciamos irá contra todo el sistema actual o no se llevará a cabo. Si creyéramos que ese sistema es capaz

de reformarse, que él mismo puede romper con el curso de su fatal evolución hacia la dictadura —la dictadura del dinero, de la raza, de la clase o de la nación—, ciertamente nos negaríamos a correr el riesgo de una explosión capaz de destruir cosas preciosas que tan sólo podrán reconstruirse dentro de mucho tiempo, con perseverancia, desinterés y amor. Pero el sistema no cambiará el curso de su evolución, por la sencilla razón de que ya no evoluciona; se organiza solamente con miras a durar un momento, a seguir. Lejos de pretender resolver sus propias contradicciones, las cuales, por cierto, probablemente son irresolubles, cada vez parece más dispuesto a imponerlas a la fuerza, gracias a una reglamentación que cada día es más minuciosa y más estricta en lo que refiere a las actividades particulares, creadas en el nombre de una especie de socialismo de Estado, forma democrática de la dictadura. Cada día, en efecto, nos comprueba que hace mucho se dejó atrás el periodo ideológico, ya sea en Nueva York o en Moscú o en Londres. Aunque no vemos la democracia imperial inglesa, la democracia plutocrática norteamericana y el imperio marxista de los dominios soviéticos caminando tomados de la mano —¡como si hiciera falta!—, sí los vemos persiguiendo el mismo objetivo, es decir, el de mantener, cueste lo que cueste, aunque aparenten combatirlo, el sistema por medio del cual todos adquirieron riqueza y poder. Porque, a final de cuentas, Rusia no se benefició menos del sistema capitalista que Norteamérica o Inglaterra; y tuvo el clásico papel del parlamentario que hace fortuna siendo oposición. En fin, los regímenes supuestamente opuestos por la ideología ahora están estrechamente unidos por la Técnica. Desde luego, hasta el último de los imbéciles puede entender que las técnicas de los gobiernos en guerra tan sólo difieren por sus particularidades despreciables, justificadas con los hábitos, las costumbres. Siempre se trata de asegurar la movilización total para la guerra total, esperando la movilización total para la paz total. Un mundo ganado por la Técnica es un mundo perdido para la Libertad.

Hablando así, me tiene sin cuidado que se escandalicen los espíritus débiles que contraponen a las realidades las palabras que peligrosamente ya fueron vaciadas de su sustancia, como por ejemplo ésta: Democracia. ¡Qué importa! Si son demasiado cobardes para observar frente a frente este mundo a fin de verlo tal cual es, desvíen la mirada, extiendan las manos hacia sus cadenas. No hagan el ridículo pretendiendo ver en él lo que sólo existe en su imaginación o en el parloteo de los abogados. Sobre todo, no cometan la infamia de prostituir la palabra «revolución», esa palabra venerable, esa palabra sagrada, que a lo largo de los siglos se ha empapado por completo de

la sangre de los hombres. Tampoco prostituyan la palabra «progreso». Ningún otro sistema como éste ha sido tan cerrado, ha ofrecido tan pocas perspectivas de transformación, de cambios; y las catástrofes que una tras otra, con una regularidad monótona, transcurren dentro de él, no tienen ese carácter de gravedad porque acontecen de forma aislada. Ya sea que se autodenomine capitalista o socialista, ese mundo está fundado sobre cierta concepción del hombre, que es común a los economistas ingleses del siglo XVIII, como a Marx o a Lenin. En ocasiones se ha dicho que el hombre es un animal religioso. El sistema lo ha definido de una vez por todas como un animal económico, que no sólo es el esclavo, sino el objeto, la materia casi inerte, irresponsable, del determinismo económico, y del cual no tiene ninguna posibilidad de liberarse, porque el único móvil seguro que conoce es el interés, el lucro. Atado a sí mismo por el egoísmo, el individuo ya sólo emerge como una cantidad insignificante, sometida a la ley de los grandes números; sólo podremos pretender darle trabajo en masa, gracias al conocimiento de las leyes que lo rigen. Así, el progreso ya no está en el hombre; está en la Técnica, en el perfeccionamiento de los métodos capaces de permitir una utilización cada vez más eficaz del material humano.

Esta concepción, lo repito, es la base de todo el sistema, y facilitó enormemente el establecimiento del régimen justificando las espantosas ganancias de esos primeros beneficiarios. Hace ciento cincuenta años, esos comerciantes de algodón de Manchester —la meca del capitalismo universal— que hacían trabajar en sus fábricas, dieciséis horas por día, a niños de doce años a los que, cuando llegaba la noche, los capataces debían mantener despiertos a bastonazos, de todas formas se acostaban con la Biblia bajo su almohada. Cuando se les ocurría pensar en esos miles de miserables que la especulación salarial condenaba a una muerte lenta y segura, se decían que nada se podía hacer contra las leyes del determinismo económico establecidas por la Santa Providencia, y glorificaban al Bendito Dios que los hizo ricos... Los comerciantes de algodón de Manchester están muertos desde hace mucho tiempo, pero el mundo moderno no puede negarlos, pues ellos lo engendraron material y espiritualmente, lo engendraron en el Realismo —en el mismo sentido en el que San Pablo escribe a su discípulo Timoteo para decirle que lo engendró en la gracia—. Su realismo bíblico, que se volvió ateo, ahora tiene métodos más racionales. El genio norteamericano resuelve de forma distinta la cuestión de los salarios; pero hay que confesar que, en aquellos tiempos, no se corría el riesgo de que faltara material humano, tan sólo había, si me atrevo a decirlo, que agacharse para recoger a algún muerto de hambre listo para

trabajar a cualquier precio. La política de producción a ultranza de hoy en día dosifica su mano de obra, pero la furia de la especulación que provoca periódicamente desencadena crisis económicas o guerras que echan a la calle a millones de desempleados, o a millones de soldados a las fosas... ¡Oh!, sé muy bien que periodistas, poco respetuosos con su público, pretenden hacer una distinción entre esas dos formas de catástrofes, al poner las crisis económicas a cuenta del Sistema, y las guerras a cuenta de las dictaduras. Pero el determinismo económico es tan bueno justificando tanto las crisis como las guerras, la destrucción de inmensas reservas de productos alimenticios con miras a solamente mantener los precios, así como el sacrificio de tropas de hombres. ¿No fue acaso el mismo vicepresidente de los Estados Unidos, M. Wallace, quien en días recientes citaba, en el tribunal de la Historia, a los maestros de la especulación universal, a los jefes de los grandes fondos internacionales, a los controladores de los mercados, los cuales necesitan crear una guerra cada veinte años?

Lo que mantiene la unidad de la civilización capitalista es el espíritu que la anima, es el hombre que ella misma formó. Es ridículo hablar de dictaduras como si fueran monstruosidades que cayeron de la luna, o incluso de un planeta más lejano, en el apacible universo democrático. Si el clima del mundo moderno no fuera favorable a esos monstruos, no habríamos visto, en Italia, Alemania, Rusia, España, a millones y millones de hombres ofrecerse en cuerpo y alma a semidioses, y en todas las demás partes del mundo —en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos—, a otros millones de hombres compartir públicamente o en secreto la nueva idolatría. Hoy en día, ya no se vería ese curioso complejo de inferioridad que, incluso de camino a la victoria, parece aquejar de inhibición a las Democracias al enfrentarse a los regímenes derrotados —el de Salazar o el de Franco—, como lo fue durante la época vergonzosa, inexpiable, de la guerra de Etiopía, o durante la todavía más abyecta de la No Intervención española.

Es posible que estas verdades disgusten. Cuando, con vistas a esta conversación, comenzaba a ponerlas en orden sobre el papel, más de una vez tuve la tentación de sustituir algunas de ellas por otras verdades incapaces de ofender a nadie, inofensivas. Para dominar esta tentación —de entrada no pensé en mi país—, pensé en los amigos de mi país. Debo estas verdades francesas a los Amigos de mi país. Al entregárselas no pretendo liberarlos desde ya de algunos prejuicios fáciles. Les pido que guarden estas verdades en algún rincón de su cerebro, en algún pliegue de su corazón, para el día en

que Francia, descartando amigos y enemigos, se muestre de nuevo tal y como es, ¡haga frente! Entonces ellos verán que no les mentí.

II

Nuestro pueblo tiene derecho a decir que está a mano con las Democracias. De 1914 a 1918, sacrificó en nombre de ellas dos millones de muertos y tres cuartos de la fortuna nacional. En 1939, ellas le pidieron el sacrificio total. Digo que las democracias pidieron a nuestro pueblo el sacrificio total porque hoy en día no hay, ni en Brasil ni en ningún otro lugar, un hombre sensato que se niegue a admitir que no habríamos podido esperar dos años a Inglaterra, cuatro años a Estados Unidos, teniendo bajo el brazo toda la maquinaria de guerra alemana, y sin la colaboración de Rusia. Nuestras brigadas se habrían derretido una tras otra, como la cera, en esa Verdún colosal. El papel que estaba reservado para Francia era, por cierto, precisamente el de una tropa que es asesinada para que las reservas tengan tiempo de llegar. Y posteriormente, años más tarde, como en 1925, recibiríamos la factura del abastecimiento.

Nuestro pueblo tiene el derecho de decir que está material y moralmente a mano con las Democracias, pero también sabe que un gran pueblo cargado de historia nunca está a mano con nadie. Un gran pueblo no podría proclamarse aislacionista sin renegar de sí mismo. Lo que nuestro pueblo, lo que el pueblo de la Resistencia exige, lo que ha conquistado por medio de sacrificios y martirios, es el derecho a recuperar las ideas que en tiempos pasados difundió ampliamente en el mundo y que el interés, la mala fe, la ignorancia y la estupidez explotaron, deformaron, usaron, a tal punto que él mismo ya no las reconoce. Recuperarlas como en tiempos pasados se reenviaban las monedas de oro y de plata a la fundición. Recuperarlas, reenviarlas a la fundición y acuñarlas para que todavía puedan servir, servir a todos. O incluso, si se me permite expresar mis ideas por medio de otra imagen, en apariencia un tanto oratoria, pero profunda y dolorosamente precisa: recuperar nuestra Revolución de un mundo cínico y cruel que nunca la ha entendido, que no puede sino traicionarla. Digo «nuestra Revolución» con una tranquila seguridad. Al decirlo, me siento conforme con lo que siempre me esmeré en servir: la tradición, el espíritu, el alma de nuestro pueblo. Más que nunca creo, como Michelet, como monseñor conde de Chambord —el último de nuestros

reyes Borbones—, que la peor desgracia de los franceses fue dividirse en una Revolución que debió haberlos unido, que realmente los unió, a nobles, sacerdotes y burgueses, en ciertas horas sublimes; por ejemplo, el día de la Federación o la noche del 4 de agosto. El extranjero no solamente se aprovechó de nuestro trágico malentendido: lo provocó, lo mantuvo vivo, todavía lo mantiene vivo. Cuando las Democracias apoyaban en contra de De Gaulle a ese puñado de nobles degenerados, militares sin cerebro ni corazón, intelectuales a sueldo de los especuladores, académicos sin vergoña, prelados serviles, en fin, el sindicato de los rencores y las impotencias, presidido por el mariscal Pétain, esas Democracias, incurablemente reaccionarias, en lo que respecta a nuestro país, practicaban exactamente la política que anteriormente inauguraron Pitt y Coburgo^[3]. Pero al menos Pitt y Coburgo no pretendían hablar en nombre de las Democracias. Por el contrario, vemos cómo se forma, de modo más o menos secreto, con vistas a las luchas futuras por la estabilidad de la Paz, es decir, por el reparto de los mercados, una coalición de ignorancia y de intereses que para ir contra nosotros precisamente se vale de las tradiciones de la Democracia. Me parece que llegó el momento de confrontarla con nuestra tradición de la Libertad.

Hay una tradición francesa de la Libertad. En 1789, todos los franceses, al menos durante un momento, comulgaron con esa tradición, cada uno según la amplitud de sus propios conocimientos o la fuerza de su espíritu, pero con una fe humilde, unánime. Por un momento, por una breve cantidad de días de un verano radiante, la Libertad fue una e indivisible. Recuperar nuestra Revolución es volver a la raíz, al principio, al corazón encendido de nuestra unión nacional. ¿Cuál era, antes de nuestras discordias civiles, cuando Francia tomaba conciencia de sí misma, si no lo más claramente posible, al menos sí muy apasionadamente, en plena explosión del humanismo tradicional francés, la idea que Francia se hacía de la libertad? ¿Es una idea de la libertad que reconcilia a todos los franceses? ¿Es capaz de reconciliar a todos los hombres?

Ésas son preguntas sencillas. No pretendemos confiscar la palabra «libertad» para nuestro uso exclusivo; sin embargo, tenemos algún derecho sobre ella. Más que ningún otro pueblo, nuestro pueblo la encarnó, la hizo sangre y carne. Durante todo el siglo XIX, si le hubieran preguntado a un hombre culto de Europa o de Estados Unidos qué recuerdos históricos le despertaba en la mente la palabra «libertad», sin duda habría respondido con el sustantivo de la Bastilla de Valmy, o con una estrofa de *La Marsellesa*. Todavía hoy en día, para los innumerables lectores de nuestra historia

revolucionaria, para todos aquellos que en su juventud se embriagaron con esta aventura maravillosa que de inmediato se volvió, no sabemos cómo ni por qué, legendaria, con esas grandes imágenes de Épinal en colores alegres y violentos, la palabra «pueblo» —la Justicia del Pueblo, la Voluntad del Pueblo— evoca fácilmente el pueblo de las barricadas. Pero el pueblo de las barricadas no es el pueblo a secas; es el pueblo francés —o más bien es la Historia de la Francia insurrecta—. Al recordarlo, no pretendemos humillar a nadie. Solamente quisiéramos que, por el bien de todos, esa figura pura permaneciera intacta, al igual que también quisiéramos que, por el bien de todos, ya no corriera el riesgo de ser alterada, para el beneficio de cualquier demagogo totalitario, nuestra tradición nacional de la libertad. Porque al final —al final de los finales— el obrero del barrio de Saint-Antoine, inmortalizado por el genio del autor de *Los miserables* —el viejo trabajador idealista de cabello gris, con mirada de niño y de predicador, mil veces más cristiano sin saberlo que los cristianos que lo maldicen, el soñador incorregible que muere contento sobre la barricada por la felicidad del género humano—, ciertamente se parecía más al guardia nacional burgués, lector de Rousseau y de Voltaire, quien lo corregía del otro lado de la calle, que al opulento americano robusto, bien alojado, bien vestido, bien nutrido, atiborrado de vitaminas, que gana un salario enorme y está decidido a ganar todavía más a través de la guerra. Es posible que ya no seamos dignos del obrero del barrio de Saint-Antoine, pero de todas formas pertenecemos, él y nosotros, a la misma tierra y a la misma historia. No lo comparamos con el obrero de Detroit ni de Chicago con la intención de saber cuál de los dos pertenece a un tipo de humanidad superior. Pero que cada vez quede más claro para todos que, en la construcción del mundo del mañana, no sabríamos utilizar indiferentemente ni uno ni otro de esos dos tipos. Quien, desde ahora, hable a nombre de uno, no puede vanagloriarse de hablar siempre a nombre del otro. Para expresarme todavía lo más clara y fielmente posible, tal vez sus concepciones de vida no se contradicen; tampoco se yuxtaponen. Y si hoy no se contradicen, pueden contradecirse mañana.

Cuando un hombre grita: «¡Viva la Libertad!», evidentemente piensa en la propia. Pero es sumamente importante saber si piensa en la de los demás. Porque un hombre puede servir a la libertad por mero cálculo, así como porque es garantía de la propia. En ese caso, cuando esa garantía no le parece necesaria, ¿qué le impediría menoscabar la libertad del vecino, o incluso usarla como objeto de cambio y de compromiso? Así fue la política de aislamiento norteamericana, así como lo fue la de Múnich, y así es todavía la

política de esta guerra. Se origina en nombre de la libertad, pero una mejor definición sería la de una guerra por la conservación de lo que quedaba de libertad. Desgraciadamente, el sistema le dejó tan poco que hoy en día cada nación se reserva celosamente su parte con miedo de que la nación vecina tenga una porción demasiado grande de ella. Esto es lo que explica, por ejemplo, la extraordinaria desconfianza, por no decir la secreta repulsión, de las Democracias hacia los italianos republicanos, quienes, con toda razón, rehúsan obedecer a un rey de quien no hay ni un monárquico en el mundo que no desee su declive y su castigo, ni aunque sólo fuera en pos del honor de la Monarquía. El aislamiento yanqui desarrolló esta política hasta el absurdo, con ese cinismo que se asemeja a la ingenuidad. De buen grado habría convertido a Norteamérica en la única democracia del universo, al continuar practicando tranquilamente dos deportes nacionales, las elecciones presidenciales y el béisbol, mientras que las dictaduras aseguraban el orden, para su beneficio, de todo el resto del planeta. Toda esa gente cree tan poco en la Libertad que se jactan de haber salvado, como nosotros mismos, hace veinticinco años, la Paz de 1918... Tan sólo piensan en elaborar por anticipado los proyectos, los planes destinados a protegerla, al menos por algún tiempo, en el interior de su propia frontera, y sin una gran preocupación de lo que pueda pasar en el interior de la frontera del otro. Podemos decir, desde ese punto de vista, que sus famosos planes son tan complicados, tan costosos, tan inútiles, como la Línea Maginot.

Esta obsesión por el «Plan», esta concepción que únicamente es defensiva, egoísta, legalista y conservadora, de la Libertad, es verdaderamente una tara del espíritu anglosajón. El error tradicional del pueblo inglés siempre ha sido el de creer que las instituciones lo hicieron libre, cuando fue el pueblo inglés, mucho antes, en la época de su juventud, el que marcó sus instituciones con el signo de la libertad, como una marca de hierro candente. Son los demócratas los que hacen a las Democracias, es el ciudadano el que hace a la República. Una Democracia sin democracias, una República sin ciudadanos, ya es una dictadura, es la dictadura de la intriga y la corrupción. La Libertad no la van a salvar las instituciones, no la va a salvar la guerra. Cualquiera que observe los acontecimientos comprenderá muy bien que la guerra continúa haciendo a un lado las preguntas sin resolverlas. Su explosión destruyó el equilibrio de las dictaduras, pero se teme que se reagrupen, con otros nombres, para un nuevo sistema de equilibrio más estable que el anterior, pues, si rehusaran constituirse, los débiles ya no tendrían nada que

esperar de la rivalidad de los fuertes. Una Paz injusta reinaría sobre un mundo completamente extenuado que tendría la apariencia de orden.

Quien tan sólo defiende la libertad de pensamiento para sí mismo, en efecto, ya está dispuesto a traicionarla. No se trata de saber si esta libertad hace felices a los hombres, o incluso si los hace éticos. No se trata de saber si promueve el mal o el bien, pues Dios es dueño tanto del mal como del bien. Me basta con que vuelva al hombre más hombre, más digno de su formidable vocación de hombre, de su vocación según la naturaleza, pero también de su vocación sobrenatural, pues aquel al que Liturgia de la Misa invita a participar en la Divinidad —*divinitatis consortes*— no podría renunciar a la posibilidad de ser sublime. Al hablar como acabo de hacerlo, hablo tanto en cristiano como en español, hablo el lenguaje de mi vieja cristiandad. Comprendo muy bien que un incrédulo me objete con ironía la guerra de España. Nunca negué el escándalo, incluso puedo decir que lo denuncié, pero reconozco fácilmente que todavía subsiste. El caso de España nunca será olvidado, el caso de España será saldado en tiempo y lugar, lo juro. Vi en Mallorca, durante la Semana Santa de 1936, cómo mientras los equipos encargados de la depuración recorrían los pueblos para liquidar a los mal pensantes, con una media de diez víctimas por día, la población aterrorizada se amontonaba en las mesas santas con el fin de obtener el preciado certificado de comunión de Pascua. ¡Comprendo muy bien que un incrédulo atribuya esas horrorosas iniciativas de sacrilegio a un catolicismo exaltado! Cuando era joven, yo mismo, con la propia inocencia de la edad, habría pensado que los autores son unos fanáticos a los que la devoción arrastraba más allá del sentido común. Desde entonces, la experiencia de vida me convenció de que su fanatismo no es sino la marca de su impotencia de creer en algo, de creer en algo con un corazón humilde y sincero, con un corazón sólido. En lugar de pedir a Dios la fe que les hace falta, prefieren vengarse de los incrédulos de las angustias cuya humilde aceptación bien les valdría la salvación, y cuando sueñan con ver cómo las hogueras vuelven a encenderse, es con la esperanza de venir a recalentar su tibieza —esa tibieza que al Señor le repugna—. ¡No!, de ninguna manera se exaltó la opinión clerical que justificó y glorificó la farsa sangrienta del franquismo. Era cobarde y servil. Comprometidos con una aventura abominable, esos obispos, esos sacerdotes, esos millones de imbéciles, para abandonarla tan sólo podían homenajear la libertad, pero la verdad les daba más miedo que el crimen.

Capitalistas, fascistas, marxistas, todos ellos se parecen. Unos niegan la libertad, otros fingen creer en ella, pero que crean o no desgraciadamente no

tiene la menor importancia puesto que no saben utilizarla. ¡Qué lástima! El mundo corre el riesgo de perder la libertad, de perderla irreparablemente, por no haber conservado la costumbre de utilizarla... Quisiera tener por un momento el control de todas las emisoras de radio del planeta para decir a los hombres: «¡Cuidado! ¡Presten atención! La libertad está ahí, a la orilla del camino, pero pasan frente a ella sin voltear la cabeza; nadie reconoce el instrumento sagrado, los órganos enormes unas veces son furiosos y otras son tiernos. Les hacen creer que son inservibles. ¡No les crean! Si solamente rozan con la punta de los dedos el teclado mágico, la voz sublime nuevamente llenará la tierra... ¡Ah! ¡No esperen demasiado tiempo, no dejen demasiado tiempo la máquina maravillosa expuesta al viento, a la lluvia, al hazmerreír de los paseantes! Pero, sobre todo, no se la encomienden a los mecánicos, a los técnicos, a los afinadores, quienes les aseguran que necesita ser afinada, que la van a desarmar. ¡La desarmarán hasta la última pieza y nunca la volverán a armar!».

Sí, ése es el llamado que quisiera lanzar a través del espacio; pero usted que lee estas líneas, me temo, no lo tomará en cuenta. Sí, querido lector, me temo que no imagina la Libertad como grandes órganos, que para usted ya no sea una palabra grandiosa, como lo son Vida, Muerte, Moral, ese palacio desierto al que entra al azar y del que sale muy rápido, porque resuena con sus pasos solitarios. Cuando pronunciamos frente a usted la palabra «orden», inmediatamente sabe qué es; describe a un inspector, a un oficial de policía, a una fila de personas a las que el reglamento les impone mantenerse obedientemente unas detrás de otras, esperando que el mismo reglamento las apile de forma desordenada cinco minutos más tarde en un restaurante de comida deliciosa, en un viejo autobús sin ventanas o en un vagón sucio y maloliente. Si es sincero, tal vez incluso admitirá que la palabra «libertad» le remite vagamente a la idea de desorden —al gentío, al alboroto, a los precios que a cada hora suben y suben con el tendero, el carnicero, el agricultor que almacena su maíz, a las toneladas de pescado arrojadas al mar para mantener los precios—. O tal vez no le remita a nada de nada, más que a un vacío por llenar —como el de, por ejemplo, el espacio—... Ése es el resultado de la propaganda incesante que desde hace tantos años hace a todo aquel en el mundo que está interesado en la producción en serie de una humanidad dócil, cada vez más dócil, a medida que la organización económica, la competencia y las guerras exigen una reglamentación más minuciosa. Lo que sus ancestros llamaban libertades, usted ahora lo llama desórdenes, fantasías. «¡No son fantasías!», dicen la gente de negocios y los funcionarios igualmente

preocupados por ir rápido, «el reglamento es el reglamento, no perdamos el tiempo con los excéntricos que pretenden no hacer las cosas como todo el mundo...». Eso va rápido, en efecto, querido lector, va demasiado rápido. Viví en una época en que parecía que habían abolido para siempre la formalidad del pasaporte. Cualquier hombre decente, para ir de Europa a Norteamérica, tan sólo tenía que ir a pagar su pasaje a la Compañía Transatlántica. Podía darle la vuelta al mundo con una simple tarjeta de presentación en su portafolio. Los filósofos del siglo XVIII protestaban con indignación en contra del impuesto a la sal —la gabela—, que les parecía inmoral al ser la sal un obsequio de la naturaleza al género humano. Hace veinte años, el burguesito francés se negaba a dejarse tomar las huellas digitales, formalidad que hasta entonces estaba reservada a los convictos. ¡Oh!, sí, ya sé que usted dice que ésas son bagatelas. Pero al protestar contra esas bagatelas, sin saberlo, el burguesito iniciaba una herencia inmensa, toda una civilización cuyo desvanecimiento progresivo pasó casi inadvertido porque el Estado Moderno, el Moloch técnico, al posar firmemente las bases de su futura tiranía, permanecía fiel al antiguo vocabulario liberal, con el vocabulario liberal cubría o justificaba sus innumerables usurpaciones. Al burguesito francés que se rehúsa a dejarse tomar sus huellas digitales, el intelectual de profesión, el parásito intelectual, siempre cómplice del poder, incluso cuando cree combatirlo, le respondía con desdén que ese prejuicio contra la ciencia corría el riesgo de obstaculizar una admirable reforma de métodos de identificación, que no se podía renunciar al progreso por el miedo ridículo de ensuciarse los dedos. ¡Tremendo error! No eran sus dedos lo que el burguesito francés, el inmortal La Brige^[4] de Courteline, temía ensuciar; era su dignidad, era su alma. ¡Oh! Tal vez no lo sospechaba, o medio lo sospechaba; tal vez su rebeldía no era en realidad tanto la de la previsión sino la del instinto. ¡No importa! Por más que se le dijera: «¿Qué arriesga? ¿Qué le importa que lo reconozcan inmediatamente, gracias al método más sencillo y más infalible? El criminal, por sí solo, encuentra provechoso esconderse...», reconocía que el razonamiento tenía validez, pero no estaba convencido. En aquella época, tan sólo los criminales temían al procedimiento del señor Bertillon; todavía hoy en día sucede lo mismo. Es la palabra «criminal», cuyo significado se amplió prodigiosamente, hasta designar a todo ciudadano poco favorable al Régimen, al Sistema, al Partido, o al hombre que los encarna. El burguesito francés ciertamente no tenía suficiente imaginación para representarse en un mundo como el nuestro, tan diferente del suyo; un mundo en el que, en cada glorieta, la Policía del Estado vigilaría a los sospechosos,

filtraría a los transeúntes, convertiría a cualquier portero de hotel, responsable de sus fichajes, en su auxiliar voluntario y público. Pero mientras se congratulan de ver cómo la Justicia saca provecho, contra los reincidentes, del nuevo método, él ya presentía que un arma tan avanzada, en manos del Estado, no seguiría siendo inofensiva por mucho tiempo para los simples ciudadanos. Solamente creía defender su dignidad, y con ella defendía nuestra seguridad y nuestra vida. Desde hace veinte años, ¿a cuántos millones de hombres, en Rusia, en Italia, en Alemania, en España, gracias a las huellas digitales, los colocaron en la imposibilidad, no sólo de perjudicar a los Tiranos, sino también de esconderse de ellos o de escapárseles? Y ese sistema ingenioso destruyó incluso algo más precioso que millones de vidas humanas. La idea de que un ciudadano, que nunca tuvo ningún asunto que arreglar con la Justicia de su país, debe seguir siendo perfectamente libre de ocultar su identidad a quien le plazca, por las razones que sólo a él competen, o solamente porque así lo desea, que cualquier indiscreción de un policía relacionado con ese tema no sería tolerada sin que hubiera motivos muy graves, esa idea ya no se le ocurre a nadie. Tal vez no está muy lejano el día en que también nos parezca natural dejar nuestra llave en la cerradura para que la policía pueda entrar a nuestra casa día y noche, y abrir nuestra billetera ante cualquier requerimiento. Y cuando el Estado lo juzgue más práctico, con el fin de ahorrar tiempo a sus innumerables inspectores, de imponernos una marca exterior, ¿por qué dudaríamos de dejarnos marcar con un hierro en la mejilla o en una nalga, como el ganado? La depuración de los mal pensantes, tan apreciada por los regímenes totalitarios, se les facilitaría enormemente.

III

Una civilización no se derrumba como un edificio; para ser más precisos, diríamos que poco a poco se vacía de su sustancia, hasta que solamente queda su corteza. Para ser más precisos todavía, diríamos que una civilización desaparece con la especie del hombre, el tipo de humanidad que de ella se extrae. El hombre de nuestra civilización, de la civilización francesa —que fue la expresión más viva y más crítica, la más helénica, de las civilizaciones europeas—, prácticamente desapareció de la escena de la Historia el día en que se decretó el reclutamiento. Al menos, lo único que ha hecho desde entonces es sobrevivir a sí misma.

Esta declaración sorprenderá a muchos imbéciles, pero no escribo para los imbéciles. La idea del reclutamiento obligatorio parece que se inspiró mucho en el espíritu napoleónico, que con gusto se atribuye al emperador. Sin embargo, se votó en la Convención, pero la idea de los hombres de la Convención acerca del derecho absoluto del Estado ya era de Napoleón, como también lo era de Richelieu o de Carlos V, de Enrique VIII o del papa Julio II. Por la muy sencilla razón de que todos, Robespierre y Richelieu, Carlos V o Enrique VIII, pertenecían a esa tradición romana que aquí es tan poderosa, particularmente desde el Renacimiento.

La institución del servicio militar obligatorio, idea totalitaria, si acaso es que alguna vez no lo fue, a tal grado que podríamos deducir todo el sistema como los axiomas de Euclides hacen con la geometría, marcó un retroceso inmenso de la civilización. Supongamos, por ejemplo, que, en los viejos tiempos, la Monarquía haya osado, supuesto inconcebible, decretar la movilización general de los franceses, para ello habría tenido que destruir de un solo golpe todas las libertades individuales, familiares, provinciales, profesionales, religiosas, dar ese golpe terrible a la Patria, pues la Patria era precisamente esas libertades. Sé bien que, formulado así, mi razonamiento parece paradójico; hoy en día consideraríamos que es muy difícil contraponer la Patria al Estado. Esta contraposición, sin embargo, a nuestros padres les pareció natural. Incluso, probablemente habrían comprendido perfectamente

que un autor trágico llevara a escena el conflicto. «Ante el gran peligro que me acecha», habría dicho, por ejemplo, el personaje que tuviera el papel del Estado, «mi saludo —ese saludo que es la Ley suprema, *suprema Lex*— exige la supresión inmediata de todas las libertades cívicas para todos los ciudadanos de dieciocho a cincuenta años, que deberán obedecer ciegamente a los jefes que yo nombré. Agrego que esos millones de franceses dejarán de gozar de las garantías de la ley, por tiempo indeterminado, y estarán exclusivamente bajo el mando del rigor del Código Militar. Sin importar cuál de ellos, ya sea el alumno más brillante de la Universidad de París, un artista genial, o un futuro San Vicente de Paúl, si alguno tuviera la desgracia de rozar con los dedos la punta de la nariz de un adjunto borrachín que acababa de insultarlo, lo condenarán a muerte y fusilarán». «Dudo mucho», respondería la Patria, «que mi saludo exija una monstruosidad tal. Recibo sus razones con desconfianza; sé que toda ocasión le es buena para usurpar a las personas los bienes y los derechos que tengo a cargo. ¡Qué importa! Si llegó hasta este punto que dice es porque una vez más habría descuidado los intereses de mis hijos por sólo preocuparse por los suyos, es decir, por su propia seguridad, porque con facilidad olvida hasta el último minuto a los amigos del exterior; siempre le pareció menos temible que el descontento del interior, desde la mañana hasta la noche tan sólo sueña con la policía y los complots... ¡Qué importa! Soy la libertad de los franceses, su herencia, la Casa, el Refugio, el Hogar. Me designaron un nombre que, primero que nada, evoca al oído la palabra ‘paternidad’, pero hicieron esa palabra femenina, porque naturalmente me ven como su madre, y es verdad que me aman como los niños aman a su madre cuando, con sus manitas, su boca ávida y sibilante, maltratan el bello seno maduro que los alimenta. ¡No! ¡De ninguna manera me disgusta que su amor sea violento y egoísta! Desde luego, creo que muchos de ellos darían su vida por defenderme, pero no lo exigiría; tan sólo la idea de una exigencia como ésta es cruel y sacrílega. Le prohíbo que exija cualquier cosa parecida en mi nombre, y, por cierto, ¿por qué otro motivo lo exigiría? Sin lugar a dudas, no en nombre de la autoridad paterna, pues el Estado es un regidor, un administrador, un intendente, y si lleva sus capacidades todavía más lejos, se puede convertir en un Tirano o incluso en un dios, jamás en un padre. Conviértase en un Tirano si quiere; yo seguiré siendo una madre. Lo único que puedo permitirle es el proclamar que estoy en peligro, yo, su Madre. Se unirá entonces a mis ejércitos quien querrá, quien podrá, como se hace desde hace siglos, pues hasta ahora nadie había pensado seriamente en arrasar, de un solo golpe, como con la mano, con todos los

hombres, tanto con los de los campos como con los de las ciudades. Aunque me diga que mi escrúpulo es absurdo, que su saludo será el mío, su pérdida la mía. Y, para empezar, no es verdad. La Historia da muchos ejemplos de Patrias que se mantuvieron, incluso bajo el poder del extranjero, para un nuevo Renacimiento. Me objetará que el riesgo que se corre es terrible. Estoy de acuerdo con usted; es por lo que espero que mis armas se incrementen con un gran número de jóvenes voluntarios. ¡Dios quiera que de esta manera mis hijos salven libremente mi libertad! ¿Cómo podría contradecirlos sin renegar de mí misma ni socavar irreparablemente el carácter sagrado con el que me revistieron? Me dice que, al salvarme, se salvarán a ellos mismos. Sí, ¡con tal de que permanezcan libres! No, si sufren es porque usted destruye, con una medida inaudita, el pacto nacional, porque a partir del momento que lo haga, con un simple decreto, le demostrará a millones de soldados franceses que dispone soberanamente de las personas y de los bienes de todos, que no hay ningún derecho por encima del suyo, y, por lo tanto, ¿en dónde se detendrán sus usurpaciones? ¿No podrá pretender decidir entre lo injusto y lo justo, el Bien y el Mal? Si un día es así, ¿qué sucederá conmigo? Usted habrá convertido esta vieja Cristiandad en una especie de Tiranía análoga a la de los bárbaros de Oriente. Nuestra nación, humillada así, ya no sabría cómo ser una Patria. ¡Oh! Desde luego, usted solamente usaría un método tan extremo como último recurso. Al menos es lo que dice, y tal vez incluso lo piense. Pero el Estado rival, tarde o temprano, hará lo mismo que usted y la excepción se volverá la regla, con el consentimiento de todos, pues conozco a los hombres, yo que soy una Patria de hombres. Crean que la Libertad es bella, la aman, pero siempre están listos para preferir el sometimiento que desprecian, al igual que engañan a su mujer con lagartonas. El vicio del sometimiento es tan profundo en el hombre como el de la lujuria, y tal vez los dos hacen uno mismo. Tal vez son una expresión diferente y combinada de ese principio de desesperanza que lleva al hombre a degradarse, a envilecerse, como para vengarse de sí mismo, vengarse de su alma inmortal. La medida que me propone aprobar abrirá una fisura enorme en el flanco de la Ciudad Cristiana. Todas las libertades, una por una, se irán ahí, pues entre todas se aferran las unas a las otras, están ligadas las unas con las otras como las cuentas del rosario. Llegará el día en el que le será imposible llamar al pueblo a la guerra para defender su libertad contra el invasor, porque ya no habrá libertad; entonces su fórmula ya no significará nada. El mismo invasor no será más libre que el invadido. Hoy en día los Estados se pelean entre sí por una provincia, una ciudad; la guerra es el juego de los príncipes como la

diplomacia es el de los ministros. Es un mal, desde luego, un gran mal, pero de una especie, en definitiva, que se diferencia un poco de la del juego o de la prostitución. Va a extender ese mal al conjunto del cuerpo social; será como si, no contentos con tolerar el juego o la prostitución, hicieran de todo el país un antro colosal o un lupanar gigantesco. Entonces, los Estados ya no serán los amos de la guerra, no la decidirán ni la controlarán; los pueblos pelearán entre ellos sin saber exactamente por qué; sabrán cada vez menos, pelearán cada vez más, con más rabia, a medida que desaparezcan inútilmente, bajo las bombas, las riquezas que codiciaban; ya no pelearán para volverse ricos, sino para no morir de hambre; de todas formas morirán de hambre, la miseria colectiva engendrará odios de los cuales nadie podrá hacerse idea, cuya destrucción nadie puede imaginar, pues la miseria y el odio encenderán los cerebros, provocarán descubrimientos fabulosos, execrables. La guerra no retrocederá ante nadie. Incluso digo que, al reclamar para usted mismo el derecho a sacrificar a todos los machos, hizo posible, en un futuro, o incluso inevitable, el sacrificio de mujeres y niños. Cuando todo el mundo hará la guerra, también se hará la guerra por todos los medios, porque la lógica personal del diablo es más inflexible que el infierno. La idea de que las necesidades de la guerra todo justifican inspira inmediatamente otra: la preparación para la guerra, siendo la misma guerra, no se podría beneficiar ni de la tolerancia más mínima; la Moral está excluida tanto de la Paz como de la guerra. Cuando eso pase, si nunca se desarrollan, incluso el nombre de la Patria será borrado de la memoria de los hombres, porque las Patrias pertenecen a la orden de la Caridad de Cristo, la Santa Caridad de Cristo es la Patria de las Patrias; ¿y quién será capaz de reconocerlas en esas bestias rabiosas que se disputan como perras los despojos del mundo?».

La igualdad absoluta de los ciudadanos ante la Ley es una idea romana. A la igualdad absoluta de los ciudadanos ante la ley debe corresponder, tarde o temprano, la autoridad absoluta y sin control del Estado sobre los ciudadanos. Y puesto que el Estado es perfectamente capaz de imponer la igualdad absoluta de los ciudadanos, hasta quitarles todo lo que les pertenece, todo lo que permite diferenciarlos unos de otros, ¿quién defenderá la Ley de las usurpaciones del Estado? Aquí, anteriormente ese papel era de los Parlamentos. Había trece Parlamentos en el reino, y hasta diecisiete, si tomamos en cuenta los cuatro Consejos superiores —París, Toulouse, Grenoble, Burdeos, Dijon, Ruan, Aix, Rennes, Pau, Metz, Besanzón, Douai, Nancy, Rosellón, Artois, Alsacia y Córcega—. El poder de cada uno de esos Parlamentos era el mismo que el del rey. Como último recurso, eran quienes

hacían juicios y recibían la apelación de todas las jurisdicciones reales, municipales, señoriales, eclesiásticas. Tenían derecho de examen, de enmienda y de amonestación para todos los actos públicos. Les presentaban los tratos que se hacían con todas las potencias extranjeras. «Así es la ley del Reino», escribe La Roche-Flavin, presidente del Parlamento de Toulouse, «que ningún edicto ni ordenanza se considerará como edicto ni ordenanza si primero no es verificado en las Cortes soberanas por deliberación de éstas». En su edicto de 1770, Luis XV se expresa en estos términos: «Nuestros Parlamentos yerguen su autoridad por encima de la nuestra, porque nos reducen a la simple facultad de proponerles nuestras voluntades, se reservan el impedir su ejecución». El gobierno debía transmitir al Parlamento las nominaciones que hacía para la mayoría de las funciones, y más de una vez vimos cómo esas asambleas rehusaban registrarlas, es decir, reprimir los ascensos del rey. Para doblegar esa magistratura independiente, el Estado solamente disponía de una pequeña cantidad de medios que eran tan complicados que raramente había recursos para ellos, e incluso entonces los magistrados podían recurrir a un procedimiento infalible: pasaban por alto la ley registrada contra su voluntad, durante sus fallos no la tomaban en cuenta, o incluso suspendían la administración de la Justicia, lo que probablemente llevaba el reino al caos.

Si los Parlamentos disponían de un poder de resistencia al Estado semejante, los magistrados que los componían y que no dependían de nadie, puesto que tenían la titularidad de su cargo, podían considerarse privilegiados. Cada ciudadano se beneficiaba, sin embargo, con ese privilegio, no porque estuviera obligado a apoyar al Parlamento contra el rey, o al rey contra el Parlamento, sino simplemente porque esa rivalidad daba a las instituciones lo que los mecánicos llaman «juego». El hombre de antaño no se parecía al de hoy en día. Nunca formó parte de ese ganado que las democracias plutocráticas, marxistas o racistas alimentan para las fábricas y las construcciones. Nunca perteneció a los rebaños que vemos acercarse tristemente unos a otros, en masas inmensas detrás de sus máquinas, cada uno con sus consignas, su ideología, sus eslóganes, decididos a matar, y repitiendo hasta el fin, con la misma resignación imbécil, la misma convicción mecánica: «Es por mi bien..., es por mi bien...». Lejos de pensar como nosotros en hacer al Estado su abastecedor, su tutor, su asegurador, el hombre de antaño no estaba muy lejos de considerarlo un adversario contra el cual no importa que se use el mejor medio de defensa, porque siempre hace trampa. Es por ello por lo que los privilegios de ningún modo nublaban su sentido de

la justicia; los consideraba obstáculos a la tiranía, y, tan humilde como fuera el suyo, lo creía —no sin razón, de hecho— solidario con los más grandes, los más ilustres. Sé perfectamente que ese punto de vista se volvió extraño, porque de manera páfida nos amaestaron para confundir la justicia con la igualdad. Incluso llevaron tan lejos ese prejuicio que con gusto soportaríamos ser esclavos, con tal de que nadie pueda vanagloriarse de serlo menos que nosotros. Los privilegios nos dan miedo porque son más o menos valiosos. Pero el hombre de antaño los tuvo fácilmente comparados con las prendas que nos protegen del frío. Cada privilegio era una protección del Estado. Una prenda tal vez más o menos elegante, más o menos abrigadora, pero aún es preferible estar vestido con harapos que ir por ahí desnudo. El ciudadano moderno, cuando confisquen hasta el último de sus privilegios, incluyendo el más miserable, el más vulgar, el menos útil de todos, el del dinero, irá completamente desnudo ante sus amos.

IV

Nuestra revolución del 89, o más bien lo que deberíamos seguir llamando el Gran Movimiento del 89, porque fue el nombre que sus contemporáneos le dieron —y la revolución del 89 fue, en efecto, un movimiento; dado que la Revolución tan sólo llegó después para bloquearle el camino—, la Revolución realista y nacionalista que está por encima del idealismo a la Rousseau de la Declaración de Derechos, vuelve a conectar con el absolutismo del Estado de los legistas italianos o españoles, la tradición centralista y unitaria, para lógicamente desembocar en el régimen napoleónico, en las primeras grandes guerras económicas —el bloqueo continental—, en la igualdad absoluta, es decir, a la impotencia absoluta de los ciudadanos frente a la Ley —la ley del Estado—, lo que vuelve posible el ascenso al poder de los sistemas totalitarios.

Para entender algo de ese Gran Movimiento del 89, que sobre todo fue un gran movimiento prematuro de esperanza, y como una iluminación profética, también hay que hacer un esfuerzo por comprender al hombre de esa época. El hombre del siglo XVIII vivió en un país salpicado de libertades. Los extranjeros no se equivocaban. El inglés Dallington definió la Francia de 1772: una vasta democracia. «Cualquiera de nuestras ciudades», decía amargamente, doscientos años antes, Richelieu, que no era menos centralizador que Robespierre, «es una capital. Cada comunidad francesa, en efecto, se parece a una familia que se gobierna ella sola; el más pequeño de los pueblos elige a sus delegados, sus recaudadores, su maestro de escuela; decide la construcción de puentes, la apertura de caminos; litiga contra el Señor, contra el cura, contra un pueblo vecino» —porque nuestros paisanos siempre han sido terriblemente pleitistas—. Siguiendo el ejemplo de los pueblos, las ciudades eligen a su alcalde, sus escabinos, cuidan de sus milicias, deciden soberanamente asuntos municipales. En 1670, bajo el reinado de Luis XIV, el príncipe de Condé, gobernador de Borgoña, convoca a asamblea general a los habitantes de Chalon-sur-Saône, y, al tomar la palabra, solicita el permiso para que los jesuitas se establezcan en la ciudad.

Después de esto, se marcha para que la asamblea tenga toda la libertad de discutir. Su requerimiento es rechazado por una enorme mayoría: a los habitantes de Chalon-sur-Saône no les gustan los jesuitas.

Repito que, al defender al hombre del pasado, estoy defendiendo nuestra tradición revolucionaria. ¿Queremos que tan sólo haya sido un esclavo adiestrado desde hace siglos para acostarse a los pies de los amos despiadados y para lamerles las manos?

¿Es necesario que la famosa página de La Bruyère, que describe sobre todo el horror y la repugnancia de un habitante refinado de la ciudad hacia los pueblerinos agrestes, se traslade eternamente a tantos trabajos e investigaciones desinteresados de historiadores admirables? Hay una tradición francesa de la Revolución, una tradición humanista de la Revolución Universal, una Revolución de la Declaración de los Derechos del Hombre que se diferencia de forma absoluta —ideológica e históricamente— de la tradición alemana. Éste no es el lugar para decir cuál de estas dos tradiciones es la buena; solamente pretendo que no se les confunda o que, si acaso se les puede confundir, no se difame, más o menos insidiosamente, la segunda al calumniar al hombre francés hasta hacer de esa comunión heroica de toda una nación, llena de fuerza, llena de gloria, una suerte de insurrección sin carácter propio, una insurrección de siervos que desde hace siglos se pudren en la ignorancia, la suciedad, la miseria, y que aprovecha algunas circunstancias favorables para arrasar con mil años de Historia, como un mendigo que, en la noche, incendia la granja donde se rehusaron a darle limosna. Repito que la Revolución del 89 fue la Revolución del Hombre, inspirada por una fe religiosa en el hombre, mientras que la Revolución alemana de tipo marxista es la Revolución de las masas, inspirada no en la fe en el hombre, sino en el determinismo inflexible de las leyes económicas que regulan su actividad, ella misma orientada por su propio interés. Una vez más, no contrapongo aquí dos ideologías; las diferencio. Si la Revolución del 89 se volvió de inmediato una de las más bellas leyendas humanas es porque comenzó con la fe, el entusiasmo, porque no fue una explosión de cólera, sino de una inmensa esperanza acumulada. ¿Por qué desde ahora intentan hacernos creer que salió de los infiernos de la miseria? El alemán Wahl concluye en su libro lo siguiente: «Los cincuenta años que precedieron a la Revolución fueron una época de progresos formidables». En sus *Investigaciones sobre la población de Francia*, Menance escribe, en 1778: «Desde hace cuarenta años, el precio del trigo disminuyó y los salarios aumentan». De 1763 a 1789, las cifras del comercio interior se duplicaron. De 1737 a 1787, cincuenta mil kilómetros de

carretera fueron contruidos. «Podemos calcular», decía Necker, «que el producto de todos los derechos de consumo aumenta dos millones cada año». Francia cuenta con sabios como Lavoisier, Guyton, Morveau, Berthollet, Monge, Laplace, Lagrange, Daubenton, Lamarck, Jussieu; el barco de vapor de Jouffroy d'Abbans navega sobre el Doubs, Philippe Lebon descubre el gas de alumbrado, los hermanos Montgolfier el aeróstato. Turgot hace decretar el libre comercio de granos en 1774. En 1777 se proclamó la libertad de culto. En 1776 se creó el Monte de Piedad para el préstamo bajo fianza, con una tasa más módica, de tres por ciento. Un poco más tarde, el rey organiza por completo el servicio postal, y decide que el secreto de la correspondencia será respetado, incluso por los oficiales de justicia —reforma que la Convención Nacional no puede ni se atreve a mantener—. ... Una vez más, el francés del siglo XVIII no es un perro que rompe su cadena, un borrego que se volvió rabioso, sino un hombre orgulloso del trabajo de sus antepasados, consciente de la grandeza de su historia, y que se cree en el umbral de una nueva civilización, que salió de su espíritu y de sus manos, hecha a su imagen, una Edad de Oro. ¿No es éste el momento que la Academia de Berlín elige como tema de examen de ingreso: «Causas de la superioridad de la lengua francesa»? En Berlín, como en el resto del mundo, esta superioridad de nuestra lengua —y también la de nuestro arte, de nuestras costumbres— ya no se discutía; solamente se discutían las causas. ¡Oh! Desde luego, algún lector pensará que el campesino francés se preocupaba poco de las selecciones de la Academia de Berlín, selecciones que, por cierto, ignoraba. Pero no ignoraba el lugar que Francia ocupaba en Europa, y que este lugar era el primero. Al menos sabía vagamente que pertenecía al pueblo más civilizado del mundo; y ese pueblo se merecía, en efecto, más que cualquier otro, el nombre de civilizado, pues la conciencia de su superioridad no le inspiraba nada que se pareciera al espantoso nacionalismo moderno, en verdad era sin odio, en verdad soñaba con la libertad y con la felicidad del género humano; Jean-Jacques era realmente su profeta. Se objetará que el pueblo no sabía leer. Pero, antes que nada, el número de iletrados era mucho menor de lo que generalmente se cree —de quinientas comunas, solamente veintidós no tenían maestro de escuela—. Incluso era el bajo clero el que en aquel tiempo se mostraba como el propagandista más apasionado de la instrucción obligatoria; la burguesía —particularmente la burguesía intelectual— juzgaba que esa reforma era peligrosa: «Una sola pluma era suficiente para cien habitantes», decía Voltaire. ¡Qué importa! Cualquiera que tenga cierta noción de Historia sabe perfectamente que el Sermón del Vicario Saboyano fue entonces

comprendido y aclamado hasta en el púlpito más humilde del pueblo. Los jóvenes generales de la República, Hoche, Marceau, el mismo Bonaparte, ¿no hablaban a sus soldados, cada vez que tenían oportunidad, con el lenguaje de Rousseau?

Sería muy atrevido proclamar a Rousseau como padre de la Revolución del 89 porque por dos siglos Francia la llevó en sus entrañas, pero podríamos decir que fue el padrino. Por otra parte, se habría merecido un padrinazgo más ilustre. Una oración del siglo *ix* llama a la luz celeste sobre los hijos de los francos «para que, al ver lo que hay que hacer para establecer el Reino de Dios en este mundo, tengan el coraje de llevarlo a cabo con una generosidad y una caridad que nada colme...». Evidentemente, el olvidado autor de esas palabras admirables daba a la palabra del Reino de Dios un sentido distinto al de un paraíso terrestre al estilo de Jean-Jacques, de una ciudad armónica donde el hombre, reconciliado con el Ser Supremo, con él mismo, con sus hermanos, con los animales inocentes, los árboles, las fuentes, trabajaría a favor del avance de la Filosofía, de las Ciencias Naturales y de las Artes, por una humanidad regenerada. Pero, al final, una civilización de ese tipo puede ser una imagen debilitada, insulsa, casi irreconocible, del Reino de Dios; no se opone a él como la sociedad capitalista, por ejemplo. La Iglesia del siglo *xii* continuó protegiendo maternalmente la Cristiandad, su obra. Si la corrupción romana de los siglos *xiv* y *xv*, el terror inspirado en Lutero, el Realismo impío del Renacimiento y todo el oro de las Españas no hubieran inclinado a la Iglesia hacia la Política, unido su destino, al menos en apariencia, al Capitalismo cuyas raíces se hunden tan profundamente en el pasado, la Revolución del 89 se habría hecho mucho antes, y la Iglesia habría sido su madrina... No entendemos nada de nuestra Revolución si nos negamos a tomar en cuenta un hecho histórico de importancia incalculable: desde el siglo *xv*, la Cristiandad francesa subsistía, quiero decir, la Sociedad cristiana con sus instituciones, sus costumbres, su concepción tradicional de la vida, de la muerte, del honor y de la felicidad; pero la Política se paganizaba cada vez más... En la cumbre de la Cristiandad, la Política restauraba secretamente las divinidades paganas, el Estado, la Nación, la Propiedad, el *jus utendi et abutendi* del Derecho Romano... ¡Ah! Sí, claro, ¡la Revolución del 89 llegó demasiado tarde! Entre la nueva sociedad en formación y la Política de la que acabo de hablar, existía —para emplear la expresión leibniziana— una especie de «armonía preestablecida». Según Maquiavelo, quien la única ley que conocía era la de la eficiencia, ¿cómo sería compatible con el Estado una sociedad que el único móvil que conoce es

el Lucro? La Revolución del 89 llegó demasiado tarde o demasiado temprano. No era contra las opresiones del pasado que se levantaba un pueblo que, por cierto, por la voluntad de sus mandatarios, pronto iba a arrojar al fuego, la noche del 4 de agosto, los títulos de sus privilegios —su presentimiento sublime lo erigió ante la amenaza de opresiones futuras—. ¿Esta amenaza era por cierto tan lejana? ¡Soñemos con ello! Todavía no soy un anciano y, sin embargo, cuando nací, la Declaración de Derechos todavía no tenía cien años. Hoy tiene ciento cincuenta y seis, dos vidas humanas, no más. ¡Oh! Sé bien que son reflexiones que al lector no le gusta hacer. No obstante, permítame insistir en ellas. Ciento cincuenta años después de la Declaración de Derechos, Hitler dominaba Europa y a millones de hombres —millones de hombres en el mundo, en todas partes del mundo—, porque las Democracias, usted lo sabe, las mismas democracias, tenían muchos amigos de los fascismos—; millones y millones de hombres aclamaban una doctrina que no solamente reconocía a la Colectividad todo el poder sobre los cuerpos y las almas, sino también hacer de esa completa sumisión del individuo —por no decir su absorción— el fin más noble de la especie. Porque no es verdad que millones y millones de hombres se hayan contentado con abandonar voluntariamente su libertad, tal como uno se despoja de un privilegio legítimo. Ellos no reconocen la legitimidad de ese privilegio, no reconocen el derecho a la libertad. ¡Mucho mejor! Por un increíble vuelco de los valores, hacían que su orgullo la despreciara. Hacían suya —lanzaban como un desafío a la civilización de la cual, sin embargo, provenían— la palabra atroz, la palabra sangrienta de Lenin: «¿La Libertad? ¿Para qué?». ¿Para qué? Es decir, ¿de qué sirve? ¿Para qué sirve ser libre? Y, en efecto, no sirve para gran cosa; ni la libertad ni el honor podrían justificar los inmensos sacrificios hechos en su nombre, ¡qué importa! Convencemos fácilmente a los ingenuos de que estamos atados a la libertad por la especie de orgullo que expresa el *non serviam* del Ángel, y los pobres sacerdotes van repitiendo esa necesidad que complace a su bobería. O, precisamente, un hijo de nuestras viejas razas trabajadores y fieles sabe que la dignidad del hombre es servir. «No hay privilegio, tan sólo hay servicio»; ésa era una de las máximas fundamentales de nuestro antiguo Derecho. Pero un hombre libre solo es capaz de servir; el servicio es por su misma naturaleza un acto voluntario, el homenaje que un hombre libre hace de su libertad a quien le place, a quien juzga por encima de él, a quien ama. Porque si los sacerdotes de los que acabo de hablar no fueran unos impostores ni unos imbéciles, sabrían que el *non serviam* no es un rechazo a servir, sino a amar.

V

Ciento cincuenta años después de la Declaración de Derechos, los dictadores por poco no lograron compartirse el mundo, pero es poco decir. Se vanagloriaban de establecer un nuevo tipo de civilización, y ahora vemos que esa promesa no fue en vano; cada día juzgamos mejor la amplitud y la profundidad de la crisis intelectual y moral que la victoria no podría resolver, que tal vez agravará. Porque la idea de libertad, ya tan debilitada en las conciencias, no resistiría a la decepción de una paz fallida, al escandaloso espectáculo de la impotencia de las Democracias. Ya es demasiado que la guerra de la libertad se haya hecho con métodos totalitarios; el desastre irreparable sería que la paz de mañana se haga, no sólo con los métodos, sino con los principios de la dictadura.

Ciento cincuenta años después de esa explosión de esperanza..., ¡oh!, sin duda más de un lector pensará que insisto demasiado en esto, pero es que mi cronología tal vez a la larga estremece, por una exasperante repetición, la seguridad interior donde encuentra comúnmente su reposo, como los peces en el agua profunda. Porque bien soporta que las ideas a veces le enturbien la superficie, pero, desde que una imagen un tanto insistente corre el riesgo de penetrar aún más, experimenta angustia. Y, por ejemplo, le disgusta pensar que el Totalitarismo no haya sido inventado por el señor Hitler ni por el señor Mussolini; que el Protestantismo de Lutero, que los dictadores, como el mismo Lutero, hayan merecido darle su nombre a una crisis ya antigua porque, si la maldad ya estaba expandida en todo el organismo, son ellos quienes la fijaron, en el sentido que los médicos dan a esa palabra cuando hablan de un absceso de fijación que localiza la infección, que recolecta la pus. Millones y millones de hombres ya no creían en la libertad, es decir que ya no la amaban, ya no la creían necesaria, tenían solamente sus hábitos, y les era suficiente hablar su lenguaje. Desde hace mucho tiempo, el Estado se fortalecía con todo lo que abandonaban por voluntad propia. La única palabra que tenían en la boca era «revolución», pero esa palabra «revolución», debido a una graciosa complicación del vocabulario, significaba la Revolución

Socialista, es decir, el triunfal y definitivo advenimiento del Estado, la Razón de Estado también coronando la estructura económica, la Razón de Estado haciendo frente al Monopolio del Estado, como en una de esas alegorías pirotécnicas que antiguamente precedían al «castillo» de los fuegos artificiales. Tan sólo tenían la palabra «Revolución» en su hocico podrido, pero no era la suya la que se preparaba —¡imbéciles!—, era la del Estado que iba a hacer su propia Revolución a costa suya, a costa de lo que les quedaba de libertad, porque no se atrevían a confesar que habían llegado a odiarla. ¡Oh!, la palabra «odio» debe parecer un tanto imponente, ¡qué importa! Odian la libertad como un hombre odia a la mujer de la cual ya no es digno; quiero decir que buscaban razones para odiarla. Odiaban lo que les quedaba de libertad, precisamente porque no les quedaba suficiente para ser hombres libres, pero lo suficiente para llevar el nombre, para a veces estar obligados a actuar como tales. ¿Piensa que exagero? Es porque entonces no conoció a los hombres de 1920, es porque entonces nunca los observó. Sólo de verlos, comprendíamos perfectamente lo que eran: los hijos de una raza cuya sangre, desde hace un siglo, se había empobrecido de esas sustancias misteriosas, de esas hormonas desconocidas que los químicos descubrirán tal vez un día en las venas del último hombre libre, antes de que la medicina totalitaria lo haya vuelto inofensivo por medio de algún ingenioso método de esterilización futuro... Le hablo aquí, como se decía en la época de la novela realista, de una experiencia de vida. En 1920 acababa de pelear en la guerra como todo el mundo, tenía treinta y dos años, sabía escuchar, sabía ver. ¡Oh!, desde luego las pretendidas Cruzadas de la Libertad no me hacían tantísima ilusión como hoy; no pensaba que «la puerta del Paraíso sobre la tierra se llamaría Verdún», como en ese entonces escribía no sé qué redactor de *l'Écho de Paris*. Sí, estaba lejos de esperar, créalo, un periodo de prosperidad, de abundancia y, sobre todo, de seguridad. Me decía: «Esa guerra no será indudablemente la última de las guerras, pero, por muchos siglos, seguramente, ya no volveremos a ver una impostura como ésa. Los hombres que intentamos embaucar, a favor de una paz de procuradores corruptos y de gánsteres que no sería, en suma, más que una liquidación, entre cómplices, del fracaso más colosal que hayamos visto, evidentemente no se van a dejar, acabarán con todo el sistema. Vamos a vivir tiempos difíciles, pero de todas formas la humanidad no ha agotado sus opciones, una vez más se renovará en el caos; siempre es por medio de las más grandes convulsiones como se anuncian las más grandes restauraciones de la Historia...», y bla, bla, bla... París era en ese momento una especie de feria universal donde la chusma

internacional de los Palacios y de los Carros-dormitorio acababa de beber su oro en Montmartre, de la misma manera que un borrachín se bebe su vino. La temperatura ambiente era, incluso bajo la lluvia de febrero, la de un salón de burdel; pero el franco, éste, caía por debajo de cero y los editores, vueltos histéricos por su propia propaganda, al estilo de un curioso que ve su imagen reproducida al infinito en un juego de espejos, descubrían un genio cada día. Quien no vivió en esa época no sabe lo que es la repugnancia. Sólo con aspirar el aire de los bulevares habría podido oler el aroma de las fosas comunes que, con todo, no se abrieron hasta diecinueve años después. Así, a veces, en lo más profundo del invierno, hay días en los que llega de quién sabe dónde el perfume de los setos de espinos, que a pesar de estar bajo la nieve todavía están desnudos. Yo iba y venía, unas veces feliz, otras veces infeliz, pero siempre, en el pecho, con el hueco de la angustia. ¡Oh! ¡Ésa tampoco es una imagen literaria! Aquellos que me conocieron en ese entonces saben que no miento. Yo iba y venía, miraba en las calles, en las terrazas de los cafés, a la entrada de las fábricas y las construcciones, a esos hombres que por cinco años fueron mis iguales, mis camaradas, esos rostros endurecidos por la guerra, esas manos de soldado. Las habíamos desmovilizado sección por sección como acomodábamos sobre un anaquel granadas todavía preparadas para detonar; pero evidentemente eran cuidados superficiales. Nunca fueron, nunca serían peligrosos nada más que para el Enemigo, es decir, para lo que el Reglamento del Servicio de Campo autoriza designar con ese nombre. Habían combatido como ciudadanos, habían cumplido en masa con ese deber cívico, allá fueron como a las urnas —con mucha más tranquilidad, por cierto, con la que iban a las urnas, porque percibían bien que era una labor seria, y que duraría mucho tiempo—. Más allá de que la guerra haya hecho de ellos unos rebeldes, únicamente nunca logró hacer de ellos unos aventureros. Esos hombres, que tantas veces parecían haberse jugado la vida a cara o cruz, eran los menos temerarios de todos los hombres. Porque nunca se habían jugado realmente la vida a cara o cruz, la habían comprometido a una labor —que, por cierto, era realmente un oficio—, un oficio que habían aprendido como cualquier oficio, donde primero habían sido aprendices —es decir, «principiantes»—, después veteranos —y no desdeñaban la labor, siempre terminaban por superarla, sin hacer demasiado, pero también sin hacer nada a la carrera, con su prodigiosa conciencia obrera—. No se jugaban la vida a cara o cruz, no la arriesgaban, en el sentido estricto de la palabra; la arriesgábamos por ellos, y a ellos eso les parecía perfectamente legítimo, o al menos inevitable. Mientras la empresa no

estuviera acabada, ellos se habrían encendido discutiendo esto con el empresario, pero se comprometían a vivir tranquilos tan pronto como dejaran la construcción. Naturalmente, esa pintura no se parece a la de los calendarios de la guerra... ¡Oh! ¡Si Van Gogh hubiera podido pintarlos! Se volvieron héroes, y se volvieron a sus espaldas, porque su heroísmo era precisamente el de olvidarse de ellos mismos. No querían verse tal como eran, se veían cada vez menos, a medida que se elevaban más alto; su santidad no podía sobrevivir a la guerra, estaba ligada a la guerra, era incluso esa guerra, no sé cómo expresarlo, después de tantos años no estoy seguro todavía de entender. Claro, cuando hace un cuarto de siglo los observaba con un corazón amargo, no les hacía justicia. Me enfadaba cuando los veía instalarse con deferencia en un mundo que renegaba abiertamente de su grandeza y de su miseria, pero a su humildad no le costaba nada que ellos mismos renegaran de su grandeza, y, en cuanto a su antigua miseria, les daba vergüenza, no hablaban de ella a nadie, temían que pareciera que le tendían la mano. Cuando les decía: «Para soportar que Francia pase de la guerra al carnaval, ¡tendremos que ser unos rudos hijos de puta!», me miraban con su mirada inflexible, esa mirada de acero con la cual medían la distancia de un agujero de obús a otro agujero de obús, o la trayectoria de la granada, y me respondían riéndose: «¡No te preocupes por Francia, muchacho!». Aman Francia, la aman tanto como cualquier otra generación la ha amado, pero no sentían que tuvieran ningún derecho sobre ella, y realmente no tenían ninguno. Desde hace ciento cincuenta años, la palabra «Patria» no pertenecía al vocabulario sentimental, los teóricos del Derecho Público la habían sustituido por aquella de «Nación», y esa misma palabra ya no se distinguía de la de «Estado» —lo que el Estado pretendía obtener del ciudadano, lo exigían a nombre de la Nación; la Nación era el seudónimo de la Razón de Estado—. Para el hombre del 89, la Patria era sin duda, según la etimología, la Tierra de los Padres, pero naturalmente era mucho más, era realmente más, todo lo que él había recibido, todo lo que podía transmitir a su familia, todo lo que aseguraba esa transmisión —era su familia misma, inmensamente extendida, pero siempre reconocible—. Y si él no poseía en propiedad ni un arpende de tierra, ni un escudo^[5], eran los derechos, los privilegios, de los cuales hasta el más pobre tenía su parte, tan numerosos, tan diversos, tan bien enmarañados los unos con los otros que, durante la lectura de los antiguos tratados de Derecho público o privado, evocaban irresistiblemente la imagen de esas profundas, de esas impenetrables redes donde los animales libres del bosque pueden desafiar al cazador. Privilegio de la persona, de la familia, del pueblo, de la parroquia,

del oficio —¿qué sé yo?—. En el siglo XVII, los deshollinadores y comisionados saboyanos de París formaban una especie de confederación que tenía sus leyes, que defendía celosamente no sólo sus intereses, sino su honor, que hacía justicia por sí sola, porque los comisionados que transportaban cartas o mercancías, los deshollinadores cuyo oficio es entrar o salir libremente por la chimenea, deben, naturalmente, permanecer por encima de cualquier sospecha. Uno de ellos, convicto de robo, fue juzgado por sus pares y colgado. Para esos hombres, y para todos aquellos que se les parecían, por miserables que fueran, la Patria era esto o aquello, pero todavía era el honor de su modesta profesión. Así, la Patria garantizaba a cada francés todo lo que los distinguía los unos de los otros, los enriquecía o los honraba, y ella no pedía nada, al menos en apariencia, porque los impuestos no eran retenidos a su nombre, y, por otro lado, a nadie se le ocurriría que ella pudiera exigir indistintamente a cada hombre francés el sacrificio de la sangre. La nobleza militar estaba muy sometida a esa exigencia, pero disfrutaba, en cambio, de privilegios particulares —dando y dando—; su heroísmo estaba hecho, por cierto, de menos patriotismo que de honor. ¡Oh!, sin duda un francés de antes sostenía perfectamente que era bueno dar a la Patria ese testimonio que a veces la Iglesia pide a sus hijos; pero en ese caso o en otro, el martirio le parecía mucho más sublime, pues era un acto excepcional y voluntario. Si en la época de Jeanne Hachette todas las mujeres hubieran debido, como sin duda las coaccionarán mañana, cumplir con su servicio militar, ¿cómo habría llegado hasta nosotros el nombre de esta heroína? Cuando el Estado totalitario exija de cualquiera, bajo pena de muerte, riesgos cuya aceptación voluntaria antaño fue suficiente para perpetuar el nombre de un hombre, ¿quién distinguirá a los valientes de los cobardes?

A un francés de 1914, al contrario, la palabra «Patria» le evocaba inmediatamente la famosa estrofa: «Morir por la Patria es la suerte más bella, ¡la más digna de envidia!». Lo digo sin ninguna exageración; para un hombre de aquella época, sin embargo, tan llanamente burguesa, la Patria era primero y, antes que nada, no lo que hace la vida más fácil y más noble, sino ese Absoluto por el cual uno muere. A quien hubiera preguntado, por ejemplo, cuál es el símbolo de la Patria a un jovencito de 1900, éste no habría dudado ni un segundo en responder: la Bandera. Y, al pronunciar la palabra «bandera», créame que no pensó en las banderas festivas de los Catorces de julio, resplandeciendo sobre el firmamento, sino en un harapo rasgado, empapado con la sangre de los valientes. Sólo ese símbolo puramente militar podría simbolizar la Patria a sus ojos. Lo habríamos hecho sonreír al

proponerle una catedral, una carretera, un río tranquilo o una vieja casa paterna, con su campo y su vergel. Entre más la idea de Patria adquiría ese carácter implacable, tan opuesto a nuestra tradición, a nuestro temperamento, a nuestro genio, más extraña se volvía para la mayoría de los franceses, particularmente para aquellos de la clase obrera, quienes no estaban lejos de ver en ello, no sin razón, un fanatismo religioso y como una especie de clericalismo tricolor.

Para juzgar al hombre de 1914, al combatiente de Épargès y de Verdún, hay que tener absolutamente en cuenta esa concepción de la Patria, que podemos decir que fue heredada de la Convención, porque la Convención fue la primera que se atrevió a formularla, y la cual los franceses nunca comprendieron más que a través de sus recuerdos del colegio, porque pertenece a la Historia Romana y no a la Historia de Francia. Pero la inmensa mayoría de los obreros y de los campesinos movilizados en 1914 no tenían ningún recuerdo de la Historia Romana, por la razón de que nunca la aprendieron. Se acordaban de las definiciones del Manual de Instrucciones cívico, o al menos habían memorizado lo esencial, que podría resumirse así: «El ciudadano debe todo a su Patria, hasta la última gota de su sangre, pero la Patria no le debe nada». Evidentemente no tomaban esas definiciones al pie de la letra, pues, en ese caso, ya estaban maduros para cualquier especie de fascismo. No obstante, la Patria se convirtió para ellos en ese imperativo en el que, para la tranquilidad del espíritu y del cuerpo, era preferible pensar lo menos posible. ¿Pensaban mucho en ella el día de la movilización? No lo creo. No, no lo creo. Al tomar el tren en la estación del Este, en sus vagones floridos, ¿quiere que trate de decirle en qué pensaban? Pues bien, pensaban en Guillermo, en Kronprinz, en los terratenientes pomeranos con sus monóculos, en el militarismo prusiano. En el militarismo prusiano, sobre todo, porque le trasladaban a él, a los terratenientes con monóculo, sus viejos rencores contra el ayudante del oficial al mando. También creían en la paz universal porque eran gente valiente, viejos civilizados, a quienes la guerra les daba vergüenza... Si les hablaba de Francia, de inmediato tomaban la actitud testaruda y maliciosa del mal alumno que escucha el sermón del capellán. Y cuando usted actuaba frente a ellos con esa actitud del repertorio, se reían de usted, a sus espaldas, sin malicia, a menos que sospecharan que se burlaba de ellos... ¿Le molesta escucharme hablar tan francamente? ¡No importa! Era mejor que pensar en Francia, lo cual, por cierto, se había convertido, gracias a las controversias de la gente de derecha y de la gente de izquierda, en un trabajo difícil, solamente al alcance de profesores y curas. Era mejor que

pensar en Francia, vivían esas horas largas como sus ancestros las hubieran vivido, con sencillez, con bonhomía, con una ternura humana también, porque se marchaban sin odio. Veamos, otro intento, ¡sean francos! No podían pensar en la Francia del Antiguo Régimen, en una Francia tenebrosa, que se las habían pintado como un presidio. Más bien se hubieran avergonzado de ella, avergonzado de sus padres que, al parecer, fueron apaleados por tantos siglos, y de sus mujeres que sin ceremonias fueron preñadas por el señor. A sus ojos, no solamente habíamos difamado a esa Francia, sino que habíamos tenido mucho cuidado de no dejarles nada de ella que estuviera realmente a su alcance —ni una indumentaria, ni un dialecto, ni una canción—. Cuando esa gente valiente miraba una catedral, no se atrevía a admirarla; calculaban la altura de las torres al personificar a los siervos desgraciados que escalaban hasta allá, bajo los latigazos de los capataces. Y tampoco les parecía muy emocionante pensar en la otra Francia —aquella de la Revolución, por supuesto, pero también aquella de Napoleón el Grande, de Napoleón el Pequeño, de Luis Felipe, de la opresión capitalista, de las huelgas sangrientas y de los bajos salarios—. De tal manera que preferían que los dejáramos tranquilos en relación con la Patria, que no les soltaran frases sobre esa Patria acerca de la cual habrían podido decir lo que tantas veces decían acerca del buen Dios: «Sólo creemos en lo que vemos». Sí, sí, ya sé lo que me va a responder, me va a responder que esa Francia estaba frente a sus ojos, que tan sólo tenían que mirarla por la portezuela del vagón que los llevaba hacia su destino. Primero le responderé que ese vagón no tenía portezuelas, era un vagón de ganado, con un poco de heno dentro. ¡No importa! Si los oigo bien, usted hubiera querido que, al haberse hecho, por culpa de sus amos, una idea demasiado abstracta de Francia, la reconocieran, tomaran conciencia de ella al ver sus paisajes. Pero nada es más difícil que tomar conciencia de un país, de su cielo y de sus horizontes, ¡hace falta muchísima literatura! Esos campos, esos prados, esas viñas, para ellos no representaban Francia porque no podían revivir por medio de ellos, como nosotros, un pasado que no conocen. Los viejos paisajes nos hablan a través de la vieja historia. Para ellos, para esos tipos valientes que miran a través de la estrecha ventana enrejada de su vagón sin vidrios, tan sólo había tierras buenas o tierras malas, tierras para el trigo o tierras para la vid, que siempre serían buenas o malas tierras, sin importar quién fuera el amo, alemán o francés. Para que éstas les representaran Francia, fueron necesarios meses y meses de una paciencia y de un heroísmo jamás igualados. Pero, cuando hayan salvado a esa Francia, de la única manera de la que son capaces, cuando hayan enfrentado al enemigo, y hayan

regresado tranquilamente a sus casas, ¿cómo podríamos convencerlos de salvarla de nuevo? Ya no tenían nada que enfrentar, al menos nada que enfrentar que pudieran ver con sus ojos, tocar con sus manos. Los pies arraigados en la arcilla pegajosa, la espalda congelada por la lluvia, la palma de la mano quemada por el cañón del fusil, el hombro machacado por la culata, al tener frente a ellos un pedazo de bosque cualquiera, coronado con un vapor azul, y que escupe fuego por todos sus agujeros oscuros, no habrían, por nada del mundo, desdeñado el trabajo. Pero, seis semanas después del armisticio, no entendían que Francia todavía pudiera necesitarlos. Ya no tomaban la paz en serio; creo que nunca la respetaron. Estaban tan asqueados como yo del carnaval de la posguerra, miraban con la misma repugnancia a los gorilas de negocios norteamericanos liquidando las reservas, las ogresas internacionales escoltadas por sus gigolós, pero en absoluto experimentaban la necesidad de liberar a Francia de esa porquería, para nada tenían ganas de hacerlo, ésa es la desgracia. Su repugnancia hacia esos millones de jóvenes cínicos, ávidos de disfrutar, y que subastaban el país, era sobre todo jovial, sin rabia ni odio; incluso hubiéramos creído que no les disgustaba ver cómo la Retaguardia, esa famosa «Retaguardia» cuya «Moral» continuamente les había presumido el Boletín del Ejército —¡la Retaguardia resistirá!—, les daba una idea de su profunda y secreta degradación. Porque poco a poco se había abierto una brecha, a lo largo de esos cuatro años, entre la Retaguardia y la Avanzada; una brecha que el tiempo no debía subsanar, o que tan sólo debía subsanar en apariencia. ¡Oh!, ésa es una observación que tal vez sólo yo haría; nadie me disputará el mérito, es demasiado simple, ¡qué importa! Durante los días de Múnich, que recordaban tan cruelmente los días malditos de 1920 debido a una misma ignominia en el egoísmo y la evasión, el espíritu de la Avanzada y el de la Retaguardia también seguían siendo tan irreconciliables como antes, aunque la Política desde hace mucho tiempo hubiera pervertido a la primera. Esa contraposición de los dos Espíritus, que veinte años antes habría podido ser un principio de salvación, tan sólo sirvió para volver imposible toda unión verdadera de los franceses ante el enemigo. La Retaguardia y la Avanzada, irreconocibles bajo el nombre de Izquierda o de Derecha, de Frente Popular o Frente Nacional, solamente se reconciliaron en dos ocasiones, para una misma abdicación del honor, para un mismo rechazo a la antigua Victoria, en Múnich y en Rethondes.

Fui injusto con el hombre de 1920; no podríamos estar decepcionados sin ser injustos. A propósito, la decepción me lanzó a la literatura, entré en «el Sol de Satanás» —me disculpo por tal comparación— un poco como el abad

de Rancé que decidió volverse trapense ante el rostro de su amante todo pululante de gusanos, sus nobles cabellos rubios pegados en la frente por el sudor de la putrefacción. ¿Puedo aquí recordarles a algunos de mis lectores que me honran con su amistad, que ya escribí esto en 1926, el mismo año de la publicación de mi primer libro? No es una idea que me llegó a una edad avanzada, por las necesidades de la causa, como a tantos otros escritores deseosos de facilitar la tarea a sus futuros biógrafos. Fui injusto con mis antiguos camaradas, los imaginaba capaces de reconstruir, de restaurar, mientras que la guerra tan sólo les enseñó a destruir, y no a destruir al azar, según la inspiración del momento, la rebeldía de la conciencia, el grito de las entrañas, sino pausadamente, metódicamente, pacientemente, sin rabia y según el plan trazado. Si les hubiéramos pedido lanzarse a la mitad de ese carnaval con sus granadas en los bolsillos, tal vez habrían hecho volar todo, por supuesto, pero eran nada menos que anarquistas, y, al encontrarse lado a lado, codo con codo, habrían retomado rápidamente las viejas costumbres, habrían sido de nuevo un ejército, con sus jefes, su disciplina, su argot, su camaradería inflexible, capaz de todo el bien como de todo el mal, le habrían dado a ese Ejército un nombre de Partido o más bien se lo dimos por ellos, y Europa habría contado con un fascismo más. Porque eso es precisamente lo que no habíamos entendido: las guerras de antaño, las guerras políticas, las guerras de soldados, formaban héroes o bandidos, la mayoría de los héroes y bandidos todos juntos. Pero la guerra moderna, la guerra total, trabaja para el Estado totalitario, ella lo abastece de su material humano. Forma una nueva especie de hombres, amansados y reprimidos por la prueba, resignados a no entender, a no «tratar de entender», según su famosa palabra, razonadores y escépticos en apariencia, pero terriblemente incómodos en las libertades de la vida civil que desaprendieron de una vez por todas, que nunca más van a volver a aprender, o con las que al menos nunca más estarán familiarizados —respetuosos de la vida civil, del confort de la vida civil, como si no tuvieran derecho a ella, como si tuvieran un permiso falso en su bolsillo—. ¡Oh!, más de un lector, sobre todo si es joven, se maravillará con esa especie de timidez. Se imagina con gusto que un ciudadano movilizado que salió vivo de la guerra más bien deba estar dispuesto a presumir de sí mismo, de su destreza, de su coraje, de sus fuerzas. Ciertamente era así en otro tiempo, en la época de la antigua guerra, de la guerra de los hombres. Pero la guerra totalitaria realmente no podría exaltar el orgullo de nadie. Quien sale sano y salvo de esa prodigiosa maquinaria tan sólo podría dar gracias a Dios. «Salir vivo de la guerra» no tiene mucho más sentido que «salir vivo de una epidemia de

cólera». Con la diferencia de que las grandes epidemias generalmente coincidieron con una no menor laxitud de las costumbres, los hombres se consolaban de sus terrores como podían; en lugar de que la guerra refuerce todas las disciplinas, impone al hombre no sólo el sacrificio de su vida, sino las últimas alegrías que le quedan por vivir, lo presiona para que pase estoicamente sus últimos días en la privación de todos los placeres, le prohíbe hasta esas burdas venganzas, esos esparcimientos bestiales que anteriormente eran el saqueo de ciudades invadidas... Porque la guerra total es cruel y puritana así como es anónima, adiestra, con métodos que no están lejos de ser como una transposición sacrílega e irónica de los *Ejercicios* de San Ignacio, una especie de hombres —*perinde ac cadaver*— capaces de todas las formas de sumisión y de violencia, pasando indiferentemente de unas a otras, una especie de hombres de los que el Totalitarismo extraiga, al azar, a millares de mirones en uniforme para su ceremonia religiosa, animales inteligentes y feroces para su policía, y verdugos para sus campos de concentración. No digo que la Sociedad moderna no haya logrado educar durante la paz, gracias a sus admirables métodos de deformación de conciencias, a un hombre totalitario; pero también es verdad que ella prodigiosamente aceleró su madurez durante la guerra. Y, por cierto, sin duda es inútil diferenciar a la Sociedad Moderna de la Guerra Total: la Guerra Total es la propia Sociedad Moderna, en su más alto nivel de eficiencia.

VI

Si comparamos al hombre de 1939 con el de 1914, y a ambos con su ancestro común, el de 1789, parece ser que nuestra materia humana nacional —para utilizar la palabra de moda— se empobreció enormemente. ¿Pero son el mundo, la vida los que se volvieron todavía más miserables? Si la materia humana francesa hubiera permanecido demasiado rica, demasiado viva para un mundo igualitario, ¿cómo la uniformidad sustituye al orden? ...

En 1789, nuestro prestigio espiritual era inmenso, desde Atenas y Roma no se había encontrado nada comparable. El extranjero que nos siguió siendo fiel nos ama exactamente por las mismas razones que nos amó cincuenta años antes. La Francia de 1789 todavía está presente en todas partes; sí, en todas partes presente, hasta en las últimas ciudades brasileñas, perdidas en la selva enana y tortuosa, repleta de insectos o reptiles, el desierto vegetal que la sequía recubre con una especie de vellocino gris y rojizo que tiene el mismo olor que el animal... Hablo de lo que sé. La Francia que amamos es la Francia de Rousseau, la misma Francia que enorgullecía a esa sociedad donde Watteau era pintor —al mismo tiempo tan natural y tan refinada, tan violenta y tan fácil, con una mente lúcida, con un quicio tan decidido y, sin embargo, tan fácil de conmover de lástima o de rabia, de «llegar hasta las entrañas», como se decía en aquella época, solamente hasta las entrañas, porque entonces el corazón estaba tan lúcido como la mente—. La Francia que amamos, siempre es la misma que nos describe en sus memorias el joven Ségur, la Francia de las ideas innovadoras, de esas ideas que tanto sirvieron a los hombres desde hace dos siglos, que tanto han pasado y vuelto a pasar de mano en mano y que todavía imaginamos igual de brillantes, igual de puras, diamantes, rubíes, zafiros, que el color de la bandera. La Francia que amamos sigue siendo la Francia revolucionaria de La Fayette o de Rochambeau, que es exactamente lo opuesto a la Francia de 1920. La Francia de la guerra de Norteamérica sigue muy profundamente enraizada en el pueblo, agarrando al pueblo de todas sus raíces, pero sus ramas más altas se doblaban y se rompían con el viento. Un pueblo mucho más cercano al pueblo cristiano del siglo XIII,

por la solidaridad, la simplicidad, la dignidad de sus costumbres, y que solamente años más tarde no lo será, por ejemplo, al pueblo de la Monarquía de Julio. Porque, en esa época, era el pueblo el que «conservaba», particularmente el pueblo campesino, del cual no podríamos excluir al pequeño señor rural que con frecuencia era más pobre que su granjero —mientras que las élites impacientes se morían de ganas por lanzarse hacia el futuro por cualquier abertura, en uno de esos ataques locos y sublimes que siempre eran, precisamente, el método de combate preferido de las élites francesas—. Porque realmente son las juventudes aristocráticas y burguesas las que se embriagan con las ideas innovadoras como si fueran un vino nuevo, no sólo en París, sino en el fondo de las provincias lejanas, realmente son éstas las que sonríen por todo, no por vana insolencia sino para animarse a poner todo en entredicho, a arriesgarlo todo, a atreverse a todo. Se diría que quieren volver a verlo todo con una mirada sin ningún prejuicio, con una mirada nueva y una conciencia tan nueva como la mirada, con una conciencia clara y derecha, como un gran camino real lavado y aplanado por el aguacero. Creo que hoy es casi imposible hacerse una idea de la prodigiosa disponibilidad de esas mentes a las que ya nada sorprende. Cuando escribo disponibilidad, para nada pretendo hacer referencia al señor Gide. El señor Gide no es un hombre de la antigua Francia. La disponibilidad del señor Gide es la de un hombre formado por el moralismo más estrecho, y que termina por encontrarse cara a cara con él en la situación paradójica de un ateo que injuria a Dios, probando con ello que no ha dejado de creer en él. Lo menos que podemos decir es que vemos en el señor Gide la dolorosa marca de las cadenas que ha llevado. La gente a la que acabo de escribirle fue educada, sin duda, en una sociedad extremadamente jerarquizada, pero cuyo principal y único Código era el Saber Vivir, es decir, mucho menos que un código, un Arte, el arte de entregar a cada uno lo que se merece, e incluso un poco más, con el mayor buen grado posible. El Saber Vivir, decía la marquesa de Créquy, es proveer de ingenio a los tontos. La extraordinaria sociabilidad de los hombres de ese siglo, con todo tan poco devoto, tan libertino, parece como un último reflejo de la antigua fraternidad de los cristianos. Su indulgencia es maravillosa. Pirón, sospechoso de ser el autor de su obscena *Oda a Príapo*, fue convocado por el magistrado —yo creo que era el imponente presidente d'Aligre—. «Joven», dice, «tiene mucho talento, pero fue un poco lejos, esa niñería podría perjudicar su carrera. Déjeme decirle que la pieza es a mi forma...».

En 1789, las élites ocupan su lugar, es decir, en la vanguardia. Ciento cincuenta años después, las élites estarán en la parte trasera, rezagadas, y esto les parecerá perfectamente natural; será al pueblo al que pretenderán dejarle el riesgo, la búsqueda. Clases dirigentes que rehúsan moverse ni un centímetro, ¿podríamos imaginar algo más absurdo? ¿Cómo dirigir sin guías? Las clases dirigentes rehúsan moverse ni un centímetro, pero el mundo se mueve sin ellas.

La Francia que amamos sigue siendo la Francia de 1789, la Francia de ideas innovadoras. Frente a esta Francia, ¡la del siglo XIX parece tan triste! ¡Oh!, de ninguna manera quiero difamar ese siglo, como anteriormente lo hizo Léon Daudet en un libro que desgraciadamente estaba destinado a regocijar a una especie particular de imbéciles, a los que, por cierto, él despreciaba; solamente digo que, con todos esos inventos y sus grandes hombres, la Francia del siglo XIX es triste. La Francia del XIX parece que está en duelo por su Revolución fallida. Comenzó por vestir a los franceses de negro. Nunca, en ninguna otra época de nuestra historia, los franceses fueron tan fúnebremente emplumados; el gallo galo se transformó en cuervo. La vestimenta es triste y fea, la arquitectura es triste y fea. El hombre del siglo XIX edificó casas que se le parecen, y alojó al buen Dios tan mal como a él mismo. Las iglesias del XIX son tristes y feas. Dios mío, lo sé bien, está la pintura, la poesía, la música; el genio de Francia no fue eclipsado. Eso es precisamente lo que da valor e interés a los signos que acabo de señalar. Cuando un hombre está abrumado por la tristeza, la gente del pueblo dice en su lengua que «se descuida». La preocupación por las cosas banales que se relacionan de forma estrecha con la vida cotidiana es una preocupación del hombre feliz.

Diremos que esta alteración del gusto, esta triple decadencia de la arquitectura, del mobiliario, de la vestimenta, ha sido general en Europa a lo largo de este último siglo. ¡Pero nada más natural!, porque, en todo lo que concierne a la vestimenta, la moda, la arquitectura, ¿era Francia la que marcaba la pauta? La Francia del siglo XIX está en duelo por su Revolución fallida, Europa la imita por costumbre. ¡Oh!, sin duda, ¡mi manera de escribir la historia le sorprende o lo enoja! Le gustaría más escucharme decir que Francia estaba triste antes de 1789 y que desde entonces no ha parado de reír ni de bailar, pero prefiero estar de acuerdo con los hechos que con usted. Sin embargo, me esfuerzo por comprender a Francia, no a usted. No obstante, piense un poco. Nunca se rehúsa a compadecerse de Waterloo. La Revolución fallida de 1789 es un desastre que debería golpear con mayor crueldad sus

imaginaciones, o, mejor dicho, el desastre de Waterloo tan sólo es un episodio, entre muchos otros, del desastre nacional de la Revolución fallida. Pareciera que el Imperio se sumergió en Waterloo, cuerpos y bienes se perdieron, pero el Imperio no tenía quince años. En lugar de que en ese corto espacio de tiempo que va de las fiestas de la Federación al 9 de Termidor, pasando por la muerte de los girondinos, podríamos escribir que las experiencias y las esperanzas de muchos siglos se fueron a pique, en realidad fue un pabellón alto y que disparaba por todas las troneras. Porque podemos pensar lo que queramos de Robespierre, está perfectamente permitido creer que la terrible represión del Incorruptible estuvo, en parte, justificada. La Revolución indudablemente ya estaba podrida, mucho antes de que el 9 de Termidor hiciera que la podredumbre saliera a chorros por doquier. Ninguna otra época de la Historia de Francia estuvo tan podrida como el Directorio. Pero, sea lo que sea que pensemos de Robespierre, desgraciadamente es cierto que las buenas personas que bailaron tres noches seguidas en la plaza de la Federación y vaciaron tantas botellas en honor del Paraíso de la Fraternidad, cuyo umbral creían cruzar, estaban, para utilizar la expresión que en ese entonces se hallaba de moda, «sumamente» lejos de prever que un poco más tarde estarían quebrados por la Bancarrota, diezmados por la guerra civil, sus familias dispersas por el reclutamiento, esperando el Bloqueo Continental y al Imperio... Veinticinco años de guerra, qué quiere, es mucho tiempo, ¡cuando uno creyó en el advenimiento de la Razón y en la Paz Universal! Sin duda es difícil creer que Francia se habría vuelto la más rica, la más concurrida, la más culta, la más célebre, la más envidiada de todas las naciones con el único objetivo de desembocar finalmente en un sistema social y económico absolutamente contrario a la Declaración de los derechos del hombre, y que no dejó de favorecer a los imperialismos —esos imperialismos cuya misión histórica era la de proteger a Europa— hasta tal punto que perdió en un siglo su fortuna y su poder —hasta su poder militar—, su poder y su prestigio militares, ¡suceso increíble, imprevisible! No dejaré de repetirlo bajo todas las formas que sean necesarias con la esperanza de sacudir algunas conciencias: los hombres del 89 creían sinceramente que Francia había alcanzado tan alto nivel de cultura que ya no dependía de su voluntad, de su genio, de liberar al género humano, no solamente de las tiranías, sino —en un plazo más o menos corto— de las mismas disciplinas sociales, el ciudadano tan sólo actuando por medio de la Razón, sin ninguna necesidad de imposición. Hoy en día podemos reírnos de esas ilusiones, pero son evidentemente las de un pueblo rebosante de confianza en sí mismo. Agrego que los contemporáneos no

parecen haberlas considerado ridículas ni muy presuntuosas. En Alemania, en Austria, las mentes iluminadas no están lejos de efectivamente creer en esa Edad de Oro. Al menos juzgan que el pueblo francés es más capaz que cualquier otro de demostrar en un futuro próximo que una nación realmente civilizada puede prescindir de tribunales y de gendarmes. Ésta es la razón por la que precisamente no podríamos comparar la Revolución francesa con la Revolución rusa de 1917, por ejemplo. El pueblo ruso de 1917 era un pueblo oprimido desde hacía siglos y apenas salió de la servidumbre. No pretendo que la masa tenga conciencia de su condición miserable al compararse con otros pueblos de Europa, pero al menos podríamos decir que después de tres años de guerra, traicionada por los generales, vendida por los ministros, fue capaz de un sentimiento distinto de la desesperación, esa desesperación que el genio de Lenin, la devoción y la voluntad de algunos millones de verdaderos marxistas —por cierto, casi todos judíos, es decir, muy diferentes de los *mujiks* tal como nos los describió Gorki en sus inolvidables recuerdos de infancia— explotaron en beneficio de una política revolucionaria realista, lúcida, inflexible. Nuestra Revolución del 89 comenzó en el polvo y las canciones de un alegre verano —el más soleado que hayamos visto desde hace cincuenta años, escribirá después Varangeville—, con el litro de vino a dos pesos. La Revolución rusa nació en el fango de la retirada total. Es posible, e incluso probablemente exacto, que los hijos de los *mujiks*, quienes en 1917 tiraban su armamento, por millares, por cientos de millares, en los caminos sin fin, ahora sean convencidos, como los hombres del 89, de que van a liberar al género humano. La propaganda no les impuso poco a poco una convicción como ésa. Fue la consecuencia —y la consecuencia lejana— de su revolución, en lugar de que una fe análoga haya sido anteriormente la causa de la nuestra. Desgraciadamente es verdad que la mayoría de los lectores hoy en día no sacarán provecho de esas distinciones necesarias.

Nos burlamos de la gente sencilla que fácilmente se refiere a las naciones como si fueran personas, pero la gente sencilla tiene razón. La gente sencilla simplifica, ¿qué mejor? No simplifican evidentemente de la misma manera que el genio, pero ¿qué importa? ¡Oh!, sin duda, la vida de un pueblo está tan llena de contradicciones como la de cualquier desconocido, y los curiosos desperdician mucho tiempo e ingenio haciendo la cuenta, o incluso descubriendo imaginarios. Los curiosos siempre son víctimas de su curiosidad. Explican todo y no entienden nada. A esas bellas mentes no les gusta oírse decir que Francia fue decepcionada, les parece que la imagen es somera y burda, quisieran más matices. ¡Ni modo! Supongan que, a un

hombre culto del siglo XIII, del XV o del XVII le preguntan lo siguiente: «¿Cómo se imagina la sociedad futura?»; pensaría en seguida en una civilización pacífica, muy cercana a la naturaleza y a la vez prodigiosamente refinada. A lo largo de toda su larga historia, Francia se preparó al menos para una civilización de ese tipo. Millones de mentes en el mundo se prepararon con ella. Ahora comprendemos muy bien su error. La invasión de la Maquinaria tomó por sorpresa a esta sociedad, como si se hubiera derrumbado bruscamente bajo su peso, de una manera sorprendente. Sucede que nunca previó la invasión de la Máquina; la invasión de la máquina era para ella un fenómeno completamente nuevo. El mundo no había conocido hasta entonces más que instrumentos, herramientas, más o menos perfeccionados, sin duda, pero que eran como la prolongación de los miembros. La primera verdadera máquina, el primer robot, fue esa máquina para tejer algodón que comenzó a funcionar en Inglaterra por ahí de 1760. Los obreros ingleses la demolieron y algunos años más tarde los tejedores de Lyon hicieron correr la misma suerte a otras máquinas parecidas. Cuando éramos jóvenes, nuestros celadores trataban de hacernos reír de esos ingenuos enemigos del progreso. No disto mucho de creerlo; en lo que a mí concierne, que obedezcan al instinto adivinatorio de las mujeres o de los niños. ¡Oh!, sin duda, sé que más de un lector recibirá con una sonrisa una confesión como ésta. ¿Qué quieren? Es muy molesto reflexionar sobre ciertos problemas que estamos acostumbrados a creer resueltos. Preferirían clasificarme de inmediato entre los maniacos que antiguamente protestaban, en nombre de lo pintoresco, contra la desaparición del famoso arroyo fangoso de la *rue du Bac*... No obstante, de ninguna manera soy un «reaccionario»; detesto todas las clases de beaterías supersticiosas que traicionan al Espíritu por la Letra. Es verdad que amo profundamente el pasado, pero porque me permite comprender mejor el presente —comprenderlo mejor, es decir, amarlo mejor, amarlo más útilmente, amarlo a pesar de sus contradicciones y de sus tonterías que, vistas a través de la Historia, casi siempre tienen un significado conmovedor, que hacen ceder a la rabia o al desprecio, nos aman con una compasión fraterna—. En fin, amo el pasado precisamente para no ser un «reaccionario». Desafío a que alguien encuentre en mis libros alguna de esas repugnantes cursilerías sentimentales de las que los devotos de los «Buenos Tiempos» son pródigos. Esta expresión de «Buenos Tiempos» es, de hecho, una expresión inglesa, responde perfectamente a cierta necedad de esos insulares que se enternecen con cualquier reliquia, como una gallina incubadora indiferentemente un huevo de gallina, de pavo, de pato o de casuario, con el

único fin de apaciguar cierto prurito que siente en el fondo. Nunca pensé que la cuestión de la Maquinaria fuera un simple episodio de la querella entre Antiguos y Modernos. Los franceses del XVII y un ateniense de la época de Pericles, o un romano de la época de Augusto, tienen miles de elementos en común, en lugar de que la Maquinaria nos prepare un tipo de hombre... Pero de qué sirve que se diga qué tipo de hombre prepara. ¡Imbéciles!, ¿no son ustedes los hijos o los nietos de otros imbéciles a quienes, en mi juventud, frente a ese Desastre colosal que fue la supuesta Exposición Universal de 1900, les enternecían la noble emulación de la competencia comercial, las luchas pacíficas de la Industria?... ¿Para qué, debido a que la experiencia de 1914 no les fue suficiente? La de 1940, por cierto, no les servirá más. ¡Oh!, no es a ustedes, ¡no a ustedes a quienes me refiero! Treinta, sesenta, cien millones de muertos no los van a distraer de su idea fija: «Ir más rápido, por no importa qué medio». ¿Ir rápido? Pero ¿ir adónde? Como eso les importa poco, ¡imbéciles!, en el mismo instante en el que leen estas dos palabras: «Ir rápido», por más que les llame imbéciles, ya no me entienden. Su mirada ya vacila, toma la expresión vaga y necia del niño terco de regresar a su fantasía solitaria... «El café con leche de París, el aperitivo de Chandernagor y la cena en San Francisco», ¡se dan cuenta!... ¡Oh!, en la próxima inevitable guerra, los tanques lanzallamas podrán escupir su tiro a dos mil metros en lugar de cincuenta, el rostro de sus hijos podrá hervir instantáneamente y sus ojos saltar fuera de sus órbitas, ¡ustedes son unos miserables! Una vez que la paz llegue, volverán a regocijarse por el progreso mecánico. «París-Marsella en un cuarto de hora, ¡es extraordinario!». Porque sus hijos e hijas pueden morir: el gran problema por resolver siempre será el de transportar su cuerpo a la velocidad de un rayo. ¿De qué huyen entonces, imbéciles? ¡Lástima!, es de ustedes de quien huyen, ustedes mismos —cada uno de ustedes huye de sí mismo, como si esperara correr lo suficientemente rápido para por fin salir de su cubierta de piel—... No entendemos nada de la civilización moderna si no admitimos primero que es una conspiración universal contra toda especie de vida interior. ¡Lástima! Con todo, la libertad sólo está en ustedes, ¡imbéciles!

Cuando escribo que los destructores de la máquina para tejer probablemente obedecieron un instinto adivinatorio, quiero decir que sin duda habrían actuado de la misma forma si en aquel entonces hubieran podido tener, milagrosamente, una idea clara del futuro. La objeción que seguramente dice cualquier desconocido, cada vez que se cuestiona a la Maquinaria, es que ¡su advenimiento marca un estado de la evolución natural de la Humanidad!

Dios mío, sí, lo confieso, esta explicación es muy sencilla, muy reconfortante. Pero ¿la Maquinaria es una etapa o el síntoma de una crisis, de una ruptura del equilibrio, de una avería de las grandes capacidades desinteresadas del hombre, en beneficio de sus apetitos? Ésta es una pregunta que a nadie le gusta todavía hacerse. No hablo de la invención de las Máquinas; hablo de su multiplicación prodigiosa, a lo que nada parece poner fin, porque la Maquinaria no solamente crea las máquinas, sino también los medios de crear artificialmente nuevas necesidades que asegurarán la venta de nuevas máquinas. Cada una de esas máquinas, de una forma u otra, acrecienta el poder material del hombre, es decir, su capacidad del bien o del mal. Al volverse cada día más fuerte, más temible, será necesario que cada día se vuelva mejor. Ahora bien, por muy insolente que sea, ningún apologista de la Maquinaria se atrevería a afirmar que la Maquinaria moraliza. La única Máquina que no le interesa a la Máquina es la Máquina para asquear a los hombres de las Máquinas, es decir, toda una vida orientada a la noción de rendimiento, de eficiencia y finalmente de ganancia.

Detengámonos en esa palabra: «ganancia», tal vez nos dará la clave del enigma. Si los obreros de Manchester hubieran tenido el don de la clarividencia, nos podríamos imaginar muy bien el diálogo entre esos hombres libres y el propietario de la Máquina: «¡Qué! Miserables, acaban de romper una máquina que me costó muy cara, bajo el fútil pretexto de que los condena al desempleo, es decir, a la miseria y, a través de la miseria, a la muerte. ¡Lástima! La ley del Progreso es la ley de la Naturaleza. Evidentemente es lamentable que pierdan la vida, o al menos todas las razones que hacen que se prefiera la vida a la muerte, pero ¿qué quieren? Solamente soy el instrumento irresponsable de un sacrificio necesario; es como si fuera, ¿cierto?, el instrumento de la Providencia. ¿No querrán que de todas formas yo desempeñe ese papel en vano? Por más altos que sean, mis beneficios siempre serán legítimos. En cuanto a ustedes, acepten desaparecer. Ese ensamblaje un poco extraño de fierro y madera que acaban de quemar en una esquina del patio hace su trabajo mejor que ustedes mismos. ¡Resígnense! Es vergonzoso que sólo se estén mirando el ombligo. Mejor esfuércense por representar el futuro. Estamos en 1745. Admito que la revolución económica, cuyos inicios presenciamos juntos, primero provocará uno que otro desorden. Admito la necesidad de un periodo de adaptación. Éste durará diez años, veinte años, cincuenta años tal vez. Estamos en 1792, ¡bendita época! Desde hace cincuenta largos años, las élites cultas de Europa, en lugar de entregarse, como antes, a los trabajos de lujo donde lo esencial es sacrificado a favor de

lo superfluo, es decir, lo Útil por lo Verdadero, por lo Justo, por lo Bello —en los que, por cierto, nadie está de acuerdo— han consagrado toda su genialidad a inventos prácticos y pacíficos... ¡La Paz! Sueñen, amigos míos, que la guerra ya es hoy en día la realidad de una pequeña cantidad de soldados de oficio (es decir, de aventureros o de perezosos poco capaces de alguna otra profesión honesta) y de una todavía más pequeña cantidad de nobles educados en el prejuicio del honor. Ustedes bien pueden pensar que la primera labor de una sociedad dedicada al comercio y a la industria sería la de alejar a los ciudadanos de ese oficio. ¿Qué más grande enemigo del comercio y de la industria que la guerra? En 1792 posiblemente sería muy difícil conseguir el permiso para ser soldado. Desde que el único valor en el mundo son el trabajo y la riqueza, cuando Marte fue destronado por Mercurio, ¿quién aceptaba ver quitarle un campesino a su arado, un obrero a su mesa de trabajo? La guerra fue inventada por los nobles, y debe desaparecer con ellos. Debo reconocer, sin embargo, que algunos astrólogos de mis amigos predicen, para finales del siglo, algunos conflictos, o más bien, supongo, algunos encuentros entre grupos armados, sin duda fácilmente controlados por la policía. Cincuenta años más tarde, como afirman los astrólogos —es decir, hacia 1870—, observaremos las mismas turbaciones que se reproducirán hacia 1914 e incluso hacia 1940. ¡Diecinueve ciento cuarenta! No cabe duda de que esa guerra —si a pesar de todo merece ese nombre— llenará de horror a una humanidad que está compuesta, en casi su totalidad, por hombres pacíficos y trabajadores. Hoy en día, tan sólo nos parecerá algo menos que un juego de niños, una de esas peleas fraternales que terminan con golpes cuya amistad fraternal contiene la violencia. Aquellos que conocerán una guerra como ésa, moderada, humanizada, apenas podrán imaginar, por ejemplo, batallas como la de Fontenoy, apenas digna de los lobos y de los osos. Veamos, amigos míos, ¿resulta muy caro pagar con algunos años de desempleo y de bajos salarios, la rehabilitación, la redención de nuestra especie? Porque esa redención es segura. No está prohibido, sin duda, a las mentes malintencionadas prever la creación de algunas mecánicas capaces de perjudicar a los hombres. Pero el simple sentido común nos lo anuncia: nunca serán sólo unos pocos. La Humanidad puede sufrir crisis violentas, perder por un instante el control de sus facultades elevadas, pero la creación y la construcción de las máquinas exigen mucho tiempo, de reflexión, de trabajo. También exigen mucho oro. ¿Es posible creer, sin estar loco, que la Humanidad laboriosa un día aúne sus trabajos y sus capitales con la intención

de destruirse? ¿Está permitido creer que los Eruditos y los Ricos —la élite de las Naciones— se asociarán en esa obra perversa?».

Siempre ignoraremos si los obreros rebeldes hubieran comprendido esas palabras. Probablemente al menos habrían convencido al comisario de policía y a los gendarmes. ¡No importa! Después de haber hecho que el industrial hablara así —pasando por alto la verosimilitud, lo reconozco—, ojalá me permitan llevar todavía más allá la fantasía al suponer que un tejedor pobre diablo haya recibido de pronto el don de la elocuencia y la profecía, como el asna del profeta Balaam. «Ni hablar», habría dicho ese inglés en su lengua. «Acaban de tener un razonamiento como si sus máquinas hubieran sido concebidas con el mismo espíritu con el que hace muchos años se construyeron las herramientas. Nuestros ancestros usaron una piedra que sujetaban con la palma de la mano como si fuera un martillo, hasta el día en que, de perfeccionamiento en perfeccionamiento, a uno de ellos se le ocurrió fijar la piedra en uno de los extremos de un palo. Está claro que este hombre de genio, cuyo nombre desgraciadamente no llegó hasta nosotros, inventó el martillo para usarlo él mismo y no para vender su patente a cualquier sociedad anónima. No tomen esta distinción a la ligera. Porque sus futuros mecanismos fabricarán esto o aquello, pero, antes que nada y, sobre todo, serán natural, esencialmente mecanismos que hacen oro. Mucho antes de estar al servicio de la Humanidad, estarán al servicio de los vendedores y revendedores de oro, es decir, de los especuladores, serán instrumentos de especulación. Ahora bien, es mucho menos ventajoso especular sobre las necesidades del hombre que sobre sus vicios, y, de entre esos vicios, ¿la avaricia no es el más despiadado? Nos aferramos más intensamente al dinero que a nuestra propia carne. Cuántos entregan de buen grado su hijo al príncipe, y extraen honor del deceso de su hijo, pero le negarían al Estado toda su fortuna, o incluso una parte de su fortuna. Predigo que la multiplicación de las máquinas desarrollará de una manera casi inimaginable el espíritu de la avaricia. ¿De qué no será capaz este espíritu? Para hablarnos de una República pacífica compuesta de comerciantes, ¿es verdaderamente necesario que ustedes se crean con el derecho de comprar nuestras cabezas! Si los vendedores de hoy son más expertos en blandir la vara que la espada, es porque no tienen ningún interés en las guerras. ¿Qué les importa una provincia más o una menos en el reino? Cuando se topen de frente con los competidores, los verán contemplar con indiferencia las masacres más horribles; el olor de las fosas comunes no les impedirá dormir. En fin, el día en que la sobreproducción amenace con asfixiar la especulación con el peso,

que no dejará de incrementar, de las mercancías invendibles, sus máquinas de fabricación se convertirán en máquinas de matar; esto es muy fácil de prever. Ustedes me dirán que tal vez cierto número de experiencias desafortunadas terminará por convencer a los especuladores, hasta el punto de volverlos filántropos. ¡Lástima! No obstante, es de conocimiento universal que jamás una pérdida ha curado de su vicio a un verdadero jugador; el jugador vive más de sus decepciones que de sus ganancias. No respondan que la masa de la gente insignificante tarde o temprano hará entrar en razón a los grandes especuladores. El espíritu de la especulación ganará en todas las categorías. No es la especulación la que echará abajo ese mundo, sino la corrupción que engendra. Para curarnos de nuestros vicios, o al menos para ayudarnos a combatirlos, el temor a Dios es menos poderoso que el del juicio de nuestro prójimo, y, en la sociedad que está por nacer, la avaricia no hará sonrojar a nadie. Cuando el dinero es homenajeado, el especulador también lo es. La envidia tendrá entonces mucho más que temer que el desprecio; por lo tanto, no esperemos el despertar de las conciencias. En cuanto a la rebeldía de los intereses, tenemos motivos para prever que tan sólo podrá estallar después de un gran número de crisis y de guerras tan terribles que habrán agotado por adelantado las energías, endurecido los corazones, destruido los sentimientos y las tradiciones de libertad de la mayoría de los hombres. Los especuladores entonces serán numerosos, tan poderosos que los pueblos desesperados ya solamente podrán enfrentar a un solo Tirano en vez de a cien mil. Al disponer de los mecanismos, el Tirano, durante el tiempo que dure su poder, parecerá más un semidiós que un hombre. Pero será necesario que, tarde o temprano, el oro, a su vez, lo corrompa. Porque, en las circunstancias más favorables, un hombre no podría ser algo más que un semidiós. Pero el oro, éste, será Dios».

Evidentemente, ningún europeo del siglo XVIII habría utilizado ese lenguaje, y eso es precisamente lo que me parte el corazón al escribir estas líneas. Aquellos que ven en la Civilización de las Máquinas una etapa normal de la Humanidad de camino a su destino ineluctable, de todas formas, deberían pensar en el carácter sospechoso de una civilización que en verdad parece que nadie previó ni deseó seriamente, que se desarrolló con una rapidez tan escalofriante que hace pensar más en la evolución de un cáncer que en el crecimiento de un ser vivo. Para repetirlo una vez más: ¿debe rechazarse definitivamente la hipótesis de una crisis profunda, de una desviación, de una perversión de la energía humana? ¡Oh!, Dios mío, los hechos más simples siempre se nos escapan, pasan a través de nuestra atención como a través de un tamiz; no despiertan nada en nosotros. Si

escribo que, en unos cuantos años, en una ridícula fracción de tiempo, el ritmo de la vida se aceleró de forma prodigiosa, me responderán que sólo es un lugar común, que el hecho a nadie se le escapa. No obstante, se les escapó a aquellos que fueron los primeros testigos. La sociedad a la que habían entrado el día de su nacimiento pasó, casi sin transición, de la velocidad de una celeridad apacible a una rápida, y cuando miraron por la portezuela, era demasiado tarde: no se salta de un tren que se puso en marcha a ciento veinte kilómetros en una recta.

El ritmo de la vida se aceleró de forma prodigiosa. Para la mayoría de los lectores, esto significa simplemente que cualquier desconocido puede viajar con rapidez. Se trata aquí de otra cosa. El avión-relámpago sólo es un símbolo. Ahí está, por ejemplo, un francés que nació en 1770. La palabra «fortuna» le evoca cierta cantidad de ideas tradicionales. Las extensiones de tierra fértil poco a poco fueron agrupadas con el trabajo de generaciones sucesivas, de herencias y de alianzas. ¿No fue así como los reyes de tres dinastías agruparon Francia? ¡Oh!, aquí espero sus objeciones, me parece que las leo en sus ojos. Ustedes creen que yo pretendo imponerles, de pasada, una imagen enternecedora y bucólica del Antiguo Régimen. De ninguna manera. Reconozco, antes de ir más lejos, que esas fortunas también participaron en las injusticias, o incluso en los crímenes. Pero esas injusticias y esos crímenes eran injusticias particulares cometidas contra tal o cual. Sus beneficiarios más lejanos podían sentir por ello remordimientos o vergüenza y, de una manera u otra, al menos estar tentados a enmendarlos. No eran injusticias ni crímenes indeterminados, anónimos, con los cuales millones de obligacionistas o accionistas estaban relacionados secreta, vergonzosamente... Pero dejemos eso, regresemos a nuestro compatriota de 1770. Quisiera decir que ese francés debió pasar, casi sin ninguna transición, del mundo en el que la riqueza se constituía lentamente, según las reglas inmemoriales, a otro mundo.

Ése es un hecho único en la Historia. Las civilizaciones que precedieron a la de las Máquinas, también y ciertamente fueron, en muchos aspectos, la consecuencia de ciertas transformaciones morales, sociales o políticas; pero, al principio, estas transformaciones se llevaban a cabo muy lentamente, y como si estuvieran al interior de cierto contexto inmutable. El hombre podía beneficiarse de experiencias ulteriores, aun cuando prácticamente había olvidado las lecciones. En cada nueva crisis volvía a encontrar los reflejos de defensa o de adaptación que, en casos muy similares, habían servido a sus antepasados. Cuando la nueva civilización estaba lo suficientemente madura, el hombre que estaba destinado a vivir en ella también estaba maduro, incluso

podríamos decir que se había constituido antes que ella. En lugar de que la Civilización de las Máquinas tomara al hombre por sorpresa, se sirvió de un material humano que no estaba hecho para ella. La tragedia de la Europa del siglo XIX y, antes que nada y sin duda, la tragedia de Francia es precisamente la inadaptación del hombre al ritmo de la vida que ya no se mide con los latidos de su propio corazón, sino con la rotación vertiginosa de las turbinas, la cual, por cierto, acelera sin parar. El hombre del siglo XIX no se adaptó a la Civilización de las Máquinas y el hombre del XX tampoco. ¿Qué me importa la risita de los imbéciles? Todavía iría más allá, diría que esa adaptación me parece cada vez menos posible, porque las máquinas no dejan de funcionar, funcionan cada vez más rápido y el hombre moderno, incluso a costa de muecas y contorsiones espantosas, ya no logra mantener el equilibrio. En lo personal, me parece que ya se hizo el experimento —«¿Qué?, ¿en tan poco tiempo? ¿Dos siglos?»—. ¡Oh!, perdón. Cuando al iniciar algún tratamiento el enfermo presenta reacciones fuertes cuya intensidad va disminuyendo poco a poco, se puede conservar la esperanza de que la aclimatación será más o menos retardada. Pero si los síntomas, fuera de atenuarse, se vuelven cada vez más preocupantes, hasta el punto de poner en riesgo la vida del paciente, ¿les parecería adecuado continuar con el experimento, imbéciles? Ustedes me responderán que no hay que perder la paciencia, que todo mal proviene del hecho de que las máquinas se perfeccionaron demasiado rápido y que ahora se trata de subsanar ese retraso. Una máquina hace el bien o el mal indistintamente. A una máquina más perfecta —es decir, más eficiente— debería corresponder una humanidad más razonable, más humana. ¿La Civilización de las Máquinas mejoró al hombre? ¿Lo hizo más humano? Me podría eximir de responder, pero me parece más conveniente explicar mi razonamiento. Las máquinas no han cambiado nada, al menos hasta ahora, en la maldad innata de los hombres; pero han ejercido esa maldad, ellas les dieron a conocer el poder, así como que el ejercicio de ese poder no tenía, por decirlo de algún modo, fronteras. Porque los límites que a lo largo de los siglos se les pudieron haber impuesto son esencialmente imaginarios, están más en la imaginación que en la conciencia del hombre. Es la repugnancia lo que a menudo nos evita ir más allá de cierta crueldad —el desánimo, la repugnancia, la vergüenza, el debilitamiento del sistema nervioso—, y, con mayor frecuencia de lo que pensamos, nos sucede que a esa repugnancia le damos el nombre de piedad. La práctica permite superar esa repugnancia. Desconfiemos de una piedad que Dios no ha bendecido, y que no es un más que movimiento de las vísceras. Los ánimos del hombre tienen sus

contradicciones, sus debilidades, pero la lógica del mal es estricta como el Infierno; el diablo es el más grande Lógico de todo el mundo o —tal vez, ¿quién sabe?— es la Lógica misma. Cuando leíamos, en 1920, por ejemplo, la historia de la guerra de 1870, nos sorprendíamos de la indignación que el inofensivo bombardeo de París o de Estrasburgo, el robo de los relojes de péndulo y el fusilamiento de algunos francotiradores suscitaban en el mundo entero. Pero en 1945 bien que podíamos sonreír con los artículos incendiarios que aparecieron hace treinta años acerca del bombardeo de Reims o la muerte de Edith Cavell. En 1950... ¿qué sentido tiene? Quedarán boquiabiertos, imbéciles, ante destrucciones que en el momento en el que escribo estas líneas todavía son inconcebibles, y dirán exactamente lo mismo que hoy dicen, leerán en el periódico los mismos eslóganes formulados definitivamente por la gente de su tipo, porque la última catástrofe parece haber cristalizado al imbecil; el imbecil nunca más evolucionará, eso es lo que pienso; de ahora en adelante, tenemos en nuestro poder cierta especie de imbecil capaz de resistir a todas las catástrofes hasta que este miserable planeta se volatilice debido también a un fuego misterioso cuyo futuro inventor probablemente ahora no es más que un niño en camiseta. ¡No importa! Aunque el hombre de 1870 denunciara a la conciencia universal el robo de péndulos, no tenemos ningún derecho de concluir que no era capaz de arrojar flores de diez mil kilos sobre las ciudades adormecidas. No creía que una vulgaridad semejante fuera posible, eso es todo. Y si, de casualidad, la idea le hubiera pasado por la cabeza, no habría puesto un freno a su mente. «Esas —hubiera dicho— cosas no se hacen». A lo largo de muchos milenios, la cantidad de cosas que no se hacen no ha cambiado. Pero, desde hace cincuenta años, la lista casi se redujo a cero... Por Dios, quiero que el hombre siga pareciéndose a sí mismo, a través de los siglos, como este dicho: «Hay cosas que no se hacen», el cual, pese a parecer que se inspira en la Moral, tiene un significado mucho menos respetable; aquí un ejemplo: «Hay abominaciones que no me siento capaz de hacer». Pero no se apresuren a sacar de una hipótesis como ésa conclusiones demasiado reconfortantes. Los soldados vagabundos de la guerra de los Cien Años, o, peor aún, los compañeros de Pizarro seguramente eran bestias feroces. El momento para el saqueo era, en esa época, para el soldado, el momento privilegiado en el que «todo se podía hacer». Cuando todas las cosas se pueden hacer, no es necesariamente cierto que todas son posibles. Si le hubieran preguntado a un compañero de Pizarro, o incluso al mismo Pizarro, si se creía capaz de degollar a diez niñitos, seguramente su respuesta habría sido afirmativa. ¿Y qué tal veinte? ¿Qué tal cien? Al no haber

ablandado sus corazones, esa carnicería probablemente habría revuelto sus estómagos; y habrían terminado por vomitar sobre sus manos rojas. Ese vómito más o menos tardío habría marcado, para ellos, el límite de crueldad que no podríamos cruzar so pena de convertirnos en un monstruo irresponsable, en un loco. Cualquiera, hoy en día, desde lo alto del cielo, puede liquidar en veinte minutos a miles de niñitos con el máximo confort, y no tiene náuseas más que cuando hay mal tiempo y es, por desgracia, propenso a los mareos... ¡Oh!, querida lectora, ¡de nada sirve que se altere! Sin lugar a dudas, su marido o su amante —el hombre de su vida— pertenece a ese cuerpo de bombarderos que llevan puesto el uniforme marcial. Supongo que él siempre tiene para usted, incluso en los momentos de mayor intimidad, las consideraciones y delicadezas de alguien de élite, y no tolera que lo compare con un lansquenete alemán del siglo XVI, con cualquier degollador que ciertamente, si fuera necesario, la habría violado en la primera esquina de una calle en llamas, sobre la banqueta, sin siquiera tomarse la molestia de limpiarse las manos. ¿Pero qué quiere que le diga? Lo que precisamente me hace perder la esperanza en el futuro es que el descuartizamiento, la desolladura, la laceración de muchos miles de inocentes sea una tarea que un caballero puede llevar a cabo sin ensuciarse los puños de la camisa, ni siquiera su imaginación. Aunque en toda su vida sólo había destripado a una mujer gorda y esa mujer era una indígena, desde luego que el compañero de Pizarro la veía reaparecer insoportablemente en sus sueños. El caballero no vio nada, no escuchó nada, no tocó nada —la máquina lo hizo todo—; la conciencia del caballero está muy bien, su memoria solamente se enriqueció con algunos recuerdos accidentados que disfrutará, al irse a dormir, «la mujer de su vida», o aquella con la que engaña a «la mujer de su vida». ¿Ahora entienden, imbéciles? Entienden que no es la masacre de miles de inocentes la que nos invita a perder la esperanza en el futuro, sino que tales horrores invitan a perder la esperanza en ustedes, sino que tales abominaciones ya ni siquiera plantean un dilema moral individual. Serían diez veces más atroces todavía, no tendrían mayor influencia, o peor: su creciente enormidad desbordará cada vez más, me atrevo a decir, los límites relativamente estrechos de la conciencia personal. En lo que se refiere a la conciencia colectiva, ahórreme la broma, ¡no me haga reír! No hay conciencia colectiva. Una colectividad no tiene conciencia. Cuando parece que tiene una es porque en ella permanece un número indispensable de conciencias opositoras, es decir, de hombres lo suficientemente indisciplinados como para no reconocer en el Estado-Dios el derecho de definir el Bien y el Mal. Querida señora,

dudo que el ser de élite en el que consagra sus empeños pertenezca a esta última categoría. Lo percibo demasiado hombre de mundo como para no tomar la decisión de ser «como todo el mundo»; entonces, no siente, sin duda, la vocación de un opositor. ¡Por cierto, seamos justos! Sobre el problema de la guerra total, en el fondo, no hay opositores, todo el mundo está de acuerdo. Desde hace algunos meses, incluso me doy cuenta de que hoy por hoy nos creemos eximidos de los ¡ah!, de los ¡oh! y de las miradas fijas en el techo que cierta cantidad de mujeres sensibles o eclesiásticos usan cuando creen que deben aceptar la lectura de los informes de los bombardeos. Sí, la anciana que acoge a los gatos errantes, el buen canónigo que da la dote a sus nueras ahora piensa al respecto como un nazi o un marxista. Perdóneme, señora, de ponerle frente a usted esos dos nombres condenados desde hace tiempo. El objeto de sus cuidados, el testigo de sus delirios, tan sólo puede ser un soldado de la Libertad. Pero, si su soldado de la Libertad es un antiguo alumno de los R.P. Jesuitas —un católico medio—, no resolverá evidentemente ese problema de conciencia a la manera de un discípulo de Hitler o de Stalin; simplemente rehusará plantearlo, puesto que el Soberano Pontífice todavía no ha definido exactamente ese punto casuístico. ¿Por qué quisiéramos que ese buen chico no duerma tranquilo, en efecto? Desde la guerra de Etiopía y la de España, encontraremos pocas cosas que el ciudadano católico revestido con un uniforme no crea tener el derecho de permitirse. En todo lo que concierne a la guerra, la Iglesia tuvo cada vez más la tendencia a atribuir directamente a la colectividad —a inscribir a cuenta de las ganancias y las pérdidas— todo lo que no puede ni aprobar ni condenar. ¿Me permitirán hacer notar, de paso, que esas distinciones prudentes destinadas a facilitar el trabajo de los nuncios llevan a beneficiar el prestigio de las ideas totalitarias? Si la Colectividad, el Jefe, el Estado o el Partido se reconocen capaces de asumir la responsabilidad de los actos más atroces, hasta el punto de que el católico medio que los cometió tenga todo el derecho, su tarea ya cumplida, de ir a misa y de recibir en ella la Santa Comunión (siempre y cuando, al menos, no haya, durante el corto trayecto del campo de aterrizaje a la Iglesia, cometido la falta de mirar demasiado atentamente las piernas de la mujer de al lado en el autobús), ¿cómo quiere usted que ese cristiano no se haga, a la larga, del Estado Omnipotente, la misma idea que un discípulo de Hitler? Si todo lo podemos autorizar o absolver en nombre de la Nación, ¿por qué no en nombre de un Partido, o del hombre que lo representa, y que, de esta manera, asume por una caricatura sacrílega de la Redención, los pecados de su pueblo! ¿Cómo es que no vemos que, a través de esa brecha abierta por los casuistas y los

diplomáticos de la Iglesia, todo lo que conforma la dignidad del hombre puede agotarse sin regreso? Y no digan que siempre ha sido así, que un soldado siempre se consideró a sí mismo como una especie de instrumento irresponsable, una máquina de matar. Primero les respondería que siempre fue así, ciertamente, y no sería para nada necesario efectuar un nuevo examen del asunto. Porque el instrumento irresponsable de antaño, con sus dos brazos, sus dos piernas, y algunas armas cuya eficacia no varió nada a lo largo de los milenios —un arcabuz del siglo XVI no era mucho más mortífero que el arco húmedo o persa; las guerras de Italia, en la misma época, fueron, gracias a la armadura, de las menos sangrientas de la historia—, ve ahora y cada día cómo su poder de destrucción se multiplica por medio de otros mecanismos todavía más irresponsables que él. La herramienta de antaño se convirtió en no sé qué prodigiosa asociación de máquinas, entre las cuales a veces nos es difícil reconocer la menos perfeccionada, la menos eficiente, aquella que está dotada de un cerebro. ¡Lástima! La mayor desgracia del Mundo no es que le falten verdades; éstas siempre están ahí, el Mundo siempre tiene su suma de verdades, lamentablemente no sabe usarlas o, mejor dicho, no las ve. Al menos no ve las más sencillas, aquellas que lo salvarían. No sabe verlas porque no les cerró su razón, sino su corazón. ¡No importa! Una vez más afirmo que el envilecimiento del hombre señala con dicho indicio que las ideas sólo son para él fórmulas abstractas y convencionales, una especie de álgebra, como si el Verbo no se convirtiera en carne, como si la humanidad retomara, en sentido contrario, el camino de la Encarnación. Los imbéciles son capaces de discutir indefinidamente sobre cualquier pregunta, pero se cuidarán bien de plantearla de tal manera que no estén obligados a responderla... Y, por ejemplo, para atenernos al tema que nos ocupa, nunca se dirán: «¡Veamos! ¡Veamos!, es verdad que el soldado moderno y sus mecanismos conforman una sola y temible Máquina». En resumen, todo sucede como si el hombre se hubiera convertido de pronto, en algunas décadas, durante una formidable crisis de crecimiento, en un gigante que pesa cuarenta toneladas, capaz de derribar dos o tres rascacielos de un solo puñetazo, de saltar hasta diez mil metros y de correr tan rápido como la velocidad del sonido. Si bien, cuando ese fenómeno tan sólo medía, en promedio, un metro cincuenta, y pesaba sesenta kilos, ya era bastante peligroso para que no le permitieran pasearse sin su conciencia, pero hoy en día la precaución es todavía más indispensable. Dada la dimensión del animal, una sola conciencia nos parece incluso insuficiente —dos docenas no estarían de más—.

Desgraciadamente, cuando razonamos así, parecemos pensar que, lo repito, en todas las demás épocas el soldado nunca creyó ser algo más que un instrumento pasivo. Nada es más falso. De ninguna manera quiero convertirme en uno de esos escritores que por celo apologético siempre hablan de la antigua caballería con una complacencia excesiva, pero, en fin, el último de los imbéciles no se atreverá, a pesar de todo, a pretender que un caballero del siglo XI o XII tuviera una idea tan baja de su vocación militar. Lejos de creerse una simple herramienta a manos de sus jefes, el caballero se comprometía personalmente por medio de votos tan solemnes que ninguna orden, ni siquiera ninguna necesidad, hubiera podido forzarlo a serles desleal. No solamente se comprometía, nótelo bien, a abstenerse de actos reputados como criminales, sino a practicar libremente otros que la estricta Moral no habría podido imponerle, que solamente provenían de su concepción personal del Honor, que eran una inspiración del Honor, como se dice de ciertos actos libres de los Santos que son una inspiración del Espíritu. Cuando un Caballero del Hospital o del Templo juraba no rechazar el combate a condición de que el número de sus adversarios no sobrepasara la cantidad de tres, ciertamente no estaba de acuerdo con los principios de la guerra total moderna y, particularmente, de la guerra total norteamericana, porque el valiente general Patton haría más bien jurar a sus *boys* que evitaran, tanto como fuera posible, pelear a menos que se encontraran tres contra uno... ¿Qué tienen en común, se lo pregunto, la concepción individualista de la guerra de un hospitalario o de un templario, y la que exige la obediencia ciega y mecánica de un hombre despojado, por su oficio, de toda obligación moral, que se encuentra, así, fuera de la ley moral, fuera de la ley? La guerra, evidentemente, siempre fue una ciencia, pero anteriormente también fue un arte, y nuestros padres cristianos lograron hacer de ella una especie de santidad. Durante siglos se consideró que era deshonroso golpear al caballo, es decir, desmontar al adversario. Millones de hombres se rehusaron así a salvar su vida, frente a un enemigo más vigoroso, o mejor confirmado en las armas. Ustedes tal vez pensarán que esas personas ahora nos son muy ajenas, pero, en una época no muy lejana, cuántas fiestas creen que hubiera hecho Bayard, por ejemplo, si algún diplomático de la Iglesia, algún abyecto intermediario casuista hubiera intentado convencerlo de que la profesión militar lo autorizaba a hablar en turco o en moro sin correr más riesgo que el de un perro a ser condenado. El buen caballero seguramente habría agarrado al corruptor de soldados del fondo de los calzones y lo hubiera lanzado por la ventana.

Esa clase de consideraciones acerca de la guerra indignan a los imbéciles, lo sé. Los imbéciles quieren absolutamente considerar esa guerra como una catástrofe imprevisible, debido a que, sin duda, no la previeron. Si, desde hace algunos ciento cincuenta y cinco años, no hubieran nacido en Alemania un chiquillo llamado Adolfo, y en Italia otro chiquillo llamado Benito, los imbéciles aseguran imperturbablemente que los hombres siempre estarían dispuestos a interrumpir sus inocentes negocios para caer en los brazos de unos y otros llorando de felicidad. Sin embargo, los imbéciles saben muy bien que, desde 1918, la humanidad conserva en el vientre el feto de una paz abortada y que ningún cirujano ha logrado librarla todavía de esa infección. Ven la purulencia salir inagotablemente de ese gran cuerpo, pero a lo único a lo que siempre están atentos es a Hitler y Mussolini, esas dos repugnantes úlceras que la enferma tiene en cada axila. Los imbéciles acercan la nariz a las úlceras y se dicen entre sí: «¡Cómo diablos es que esas cosas violáceas, de las que la más grande apenas tiene el tamaño de un huevo de paloma, pueden contener tanta pus!». A los imbéciles no se les ocurre que, dado que el cuerpo entero produce proporcionalmente esa purulencia, hay que secar el origen. Y si, de casualidad, una idea semejante se les ocurriera, se cuidarían mucho de admitirlo porque son uno de los elementos de esa putrefacción. La Estupidez, desde luego, se me revela cada vez más como la causa primera y principal de la corrupción de las Naciones. La segunda es la avaricia. La ambición de los dictadores tan sólo ocupa el tercer lugar.

Ustedes acusan al Racismo alemán de haber devastado la tierra. Pero si las Democracias no hubieran sido tan tontas ni tan cobardes, los alemanes nunca se habrían atrevido a llamarse un pueblo de Señores. Si tuviera la desgracia de ser alemán, admitiría de buen grado que, en Múnich, frente a Daladier y Chamberlain, los dos Grandes de esa época —¡diantres de grandes!—, habría tenido la tentación de crearme no solamente Señor, sino Dios.

En la medida en que consideremos o finjamos considerar esa guerra un accidente, una anomalía, un fenómeno, un ejemplo extraño de regreso a lo primitivo, una reaparición del pasado en el presente, será perfectamente inútil esperar cualquier otra cosa más que nuevas y más sangrientas decepciones. El desorden actual no podría compararse, por ejemplo, con el que devastó al mundo después de la caída del Imperio Romano. No nos encontramos ante el fin natural de una gran civilización humana, sino ante el nacimiento de una civilización inhumana que solamente sabe establecerse gracias a una vasta, una inmensa, una universal esterilización de los más altos valores de la vida. Porque, a pesar de lo que escribía hace un momento, no se trata tanto de

corrupción sino de petrificación. Cuando la Barbarie, por cierto, multiplicaba las ruinas que era incapaz de reparar, el desorden terminaba por detenerse por sí solo, debido a la falta de alimento, así como a un incendio gigantesco. En lugar de que la civilización actual sea perfectamente capaz de reconstruir a la medida todo aquello que tira al suelo, y con una rapidez creciente, está segura de proseguir, casi indefinidamente, con sus experimentos, y sus experimentos serán cada vez más monstruosos ...

VII

Todavía hoy en día los periódicos nos comunican la noticia de que la lengua francesa no será considerada en San Francisco como lengua diplomática. Nuestros representantes deberán entonces hacer traducir sus discursos al inglés, al español o al ruso. Aquí estamos lejos de la época en la que la Academia de Berlín proponía su famoso tema de examen de ingreso: «Causas de la superioridad de la lengua francesa».

Aquellos que sólo ven en esa exclusión una consecuencia natural de nuestra derrota militar, y se tranquilizan pensando que una victoria futura no podrá fallar en devolver a nuestra lengua el prestigio que perdió, son imbéciles y no escribo para ellos. Vencedores o vencidos, la Civilización de las Máquinas no necesita para nada a nuestra lengua, nuestra lengua es precisamente la flor y el fruto de una civilización absolutamente diferente a la Civilización de las Máquinas. Es inútil molestar a Rabelais, Montaigne, Pascal, para expresar cierta concepción somera de la vida, cuyo carácter somero la hace precisamente muy eficiente. La lengua francesa es una obra de arte, y la Civilización de las Máquinas sólo necesita para esos hombres de negocios, así como para esos diplomáticos, una herramienta, nada más. Digo hombres de negocios y diplomáticos, a falta de, evidentemente, poder distinguirlos nítidamente siempre uno de otro.

Los imbéciles dirán que hablo también por amargura. Se equivocan. Al contrario, invito a los imbéciles a no ver, en la medida adoptada en nuestra contra, una manifestación consciente y deliberada de odio, o solamente de desprecio. Los maestros de la Civilización de las Máquinas no creen en la superioridad de la lengua francesa por las mismas razones en las que la Academia de Berlín basaba anteriormente su opinión contraria. Resulta evidente que la lengua francesa no puede ser juzgada superior al mismo tiempo por los humanistas de la Academia de Berlín y por los hombres de San Francisco. Voy a retomar un argumento que ya he empleado a lo largo de estas páginas, pero ¿qué importa? Hoy en día es mucho menos necesario decir muchas verdades que repetir una pequeña cantidad bajo formas distintas. Pues

bien, si la Academia de Berlín hubiera propuesto el tema del examen de ingreso siguiente: «¿Qué tipo de mundo nos darán mañana el Progreso de las Luces, el avance de las ciencias, la lucha universal contra el Fanatismo y la Superstición?», ninguno de los participantes ciertamente habría soñado con prever algo que se pareciera, ni siquiera remotamente, a la Civilización de las Máquinas que se extermina a sí misma, con el riesgo, con su rabia en aumento, de destruir el planeta con ella. Pero, en fin, si, por imposible que sea, naciera un genio, un profeta oscuro, o mejor aún, algún aprendiz de brujo —Cagliostro, por ejemplo— que lograra poner ante los ojos de la docta compañía esa visión de pesadilla, los académicos berlineses, doscientos años antes, habrían estado de acuerdo, aunque con un punto de vista diferente, con los negociadores de San Francisco. Sin lugar a dudas habrían juzgado que nuestra lengua era la última que puede ser adecuada para ese mundo azorado y esos liquidadores.

Quienes ya me han hecho el honor de leerme saben que no tengo la costumbre de designar como imbéciles a los ignorantes o a los ingenuos. Por el contrario. La experiencia me ha demostrado desde hace mucho que el imbécil nunca es ingenuo, y muy raras veces es ignorante. ¿El intelectual debería ser, entonces, por definición, nuestro sospechoso? Sin lugar a dudas. Digo el intelectual, el hombre que se designa a sí mismo con ese título en virtud de los conocimientos y los diplomas que posee. No hablo evidentemente del sabio, del artista o del escritor cuya vocación es crear — para quienes la inteligencia no es una profesión, sino una vocación—. Sí, así tenga que, una vez más, perder en un instante todo el beneficio de mi habitual sensatez, iré hasta el fondo de mis ideas. El intelectual es muy frecuentemente un imbécil al que siempre deberemos considerar como tal, hasta que nos haya demostrado lo contrario.

Habiendo así definido al imbécil, agrego que no tengo ninguna intención de apartarlo de la Civilización de las Máquinas, porque esa civilización lo favorece de forma increíble a los ojos de esa especie de hombres que él llama rencorosamente los «originales», los «inconformistas». La Civilización de las Máquinas es la civilización de los técnicos, y según el orden de la Técnica, un imbécil puede alcanzar los grados más altos sin dejar de ser un imbécil, con la diferencia de que está más o menos condecorado. La Civilización de las Máquinas es la civilización de la cantidad opuesta a la calidad. Los imbéciles dominan, entonces, por mayoría; ellos son la mayoría. Ya dije, lo diré una vez más, lo repetiré mientras el verdugo no haya amarrado bajo mi mentón la corbata de cáñamo: un mundo dominado por la Fuerza es un mundo

abominable, pero el mundo dominado por la Mayoría es innoble. La Fuerza hace tarde o temprano surgir a los rebeldes, engendra el espíritu de la Revuelta, hace héroes y mártires. La tiranía abyecta de la Mayoría es una infección lenta que nunca ha provocado fiebre. La Mayoría crea una sociedad a su imagen, una sociedad no de seres iguales, sino parecidos, solamente reconocibles por sus huellas digitales. Es una locura encomendarle a la Mayoría la custodia de la Libertad. Es una locura contraponer la Mayoría al dinero, porque el dinero siempre tiene la razón de la Mayoría porque es más fácil y menos costoso comprar al por mayor que al por menor. Ahora bien, el votante se compra al por mayor, la única razón de ser de los políticos es la de cobrar una comisión por el negocio. Con un radio, dos o tres cines y algunos periódicos, cualquiera puede juntar, en tan sólo unas semanas, a cien mil partidarios, muy bien supervisados por algunos técnicos, expertos en ese tipo de industria. ¿Qué más podrían querer, les pregunto, los imbéciles de los monopolios? Pero, les pregunto también, ¿qué régimen es más favorable para el establecimiento de la dictadura? Porque las Potencias del Dinero saben utilizar maravillosamente el sufragio universal, pero ese instrumento se parece a los demás, se desgasta de tanto usarse. Explotando el sufragio universal, lo degradan. La oposición entre el sufragio universal corrupto y las masas termina por adquirir el carácter de una crisis aguda. Para liberarse del Dinero —o al menos para hacerse la ilusión de esa liberación— las masas escogen un jefe, Marius o Hitler. Apenas nos atrevemos a escribir esa palabra: «jefe». El dictador no es un jefe; es una emanación, una creación de masas. Es la Masa encarnada, la Masa en su más alto grado de maleficencia, en su más alto grado de destrucción. Así, el mundo irá, en un ritmo más acelerado, de la democracia a la dictadura, de la dictadura a la democracia, hasta que un día ...

Me detengo aquí un momento. Claro —¿por qué lo escondería?—, desde la primavera fatal, desde la desgracia de mi país, algo en mí se quebró, me parece que me volví incapaz de odiar o de despreciar a quienquiera que sea. Pero la herida antigua sin duda todavía está sensible bajo el tejido cicatrizal que la recubre. Cuando expreso ciertas verdades sencillas, parecidas a las que acabamos de leer, no puedo evitar pensar con un placer cruel en el disgusto de los imbéciles que se creen muy diferentes los unos a los otros, y que, sin embargo, van a sentirse afectados leyéndome a estas alturas de su seguridad de imbéciles, con el mismo insoportable prurito. Porque el cuero del imbécil es un cuero realmente difícil de perforar. Pero ¿quién no sabe que la picadura de un mosquito, si el aguijón del insecto entró lo suficientemente profundo, es

más dolorosa y más duradera en las partes del cuerpo que están menos protegidas por la espesura de la piel? «¡Eh!, ¡qué!», dirán los imbéciles, «¿el autor pretende prohibirnos el ser demócratas o fascistas? ¿Tendremos que resignarnos a ser solamente imbéciles?».

Pido perdón a Dios por mirar con demasiada complacencia a los imbéciles rascarse. La maleficencia no está en los imbéciles; está en el misterio que los favorece y que los explota, que sólo los favorece para explotarlos mejor. El cerebro del imbécil no es un cerebro vacío; es un cerebro abarrotado donde las ideas fermentan en vez de asimilarse, como los residuos alimenticios en un colon invadido por las toxinas. Cuando pensamos en que los medios de los que el sistema dispone son cada vez más potentes, una mente evidentemente sólo puede permanecer libre a costa de un esfuerzo continuo. ¿Quién de nosotros puede jactarse de proseguir ese esfuerzo hasta el final? ¿Quién de nosotros está seguro, no solamente de resistir a todos los eslóganes, sino también a la tentación de contraponer un eslogan a otro? Y, por cierto, el Sistema pocas veces hace su propia apología, las catástrofes se suceden unas a otras demasiado rápido. Prefiere imponer a sus víctimas la idea de su necesidad. ¡Oh!, ustedes, que me leen, ¿podrían examinarse sin complacencia y preguntarse si no son imbéciles a este respecto? Aunque formulen o no claramente sus ideas, ¿no razonan siempre, por ejemplo, como si la historia obedeciera a leyes tan rigurosamente mecánicas como la de la gravitación universal, como si el mundo de 1945, con todas sus partes acabadas, hasta el último detalle, hubiera aparecido en el instante preciso, al igual que un cometa cuya órbita calculamos? ¡Oh!, sin duda, un católico no se expresa sobre este tema igual que un marxista; el determinismo histórico no tiene el mismo vocabulario que la teología; pero, en fin, tanto para uno como para otro, diríamos al escucharlos decir que los hombres no tuvieron absolutamente nada que ver con las contradicciones y las extravagancias de un régimen que remedia la sobreproducción con las guerras, haciendo así un consumo enorme de consumidores. Evidentemente no sueñan con negar las catástrofes, admiten que se multiplican, y a un ritmo acelerado y sin interrupciones; pero, tan pronto como se les presiona, responden con la misma mueca dolorosa que no revela, ¡lástima!, la alteración de su conciencia ni la duda de sus pensamientos, sino el cansancio, la melancolía, la lasitud de un cerebro absolutamente atiborrado de nociones contradictorias y de métodos en el cual no encontraremos espacio para una idea más, por más modesta que sea: «Eh, ¿cómo, quiere dar marcha atrás?». De cualquier forma, es extraño que un cristiano se atreva a hablar así del destino de la libre familia humana.

¿Somos seres conscientes y libres o piedras que ruedan sobre una pendiente? Si está permitido hablar así de una sociedad humana, ¿por qué no de cada uno de nosotros? Cuando se dice: corregir sus errores, esta expresión de ninguna manera significa dar marcha atrás. Pero más bien deberíamos evocar la idea de un cambio de dirección de la marcha hacia adelante. Y, en primer lugar, no se trata de condenar o incluso solamente de lamentar el invento de las máquinas, como si estuviera comprobado que la existencia del sistema estaba absolutamente ligada al desarrollo natural de la ciencia, que no podríamos criticar ese sistema sin cometer un atentado contra la inteligencia. Según los imbéciles, son los sabios quienes hicieron el sistema. El sistema es la última palabra de la Ciencia. Ahora bien, el sistema de ninguna manera es la obra de los sabios, sino la de hombres ávidos que la crearon, por así decirlo, sin intención —conforme a las necesidades de su negocio—. Conocemos la palabra de Guizot: «¡Enríquense!». Para ese gran hombre, como para, de hecho, todos los economistas liberales de su época, la lucha feroz de los egoísmos era la condición indispensable y suficiente para el progreso humano. Digo egoísmos porque la palabra «ambición» tiene un sentido demasiado noble. Se puede ser ambicioso de gloria, de poder, no podríamos ser ambiciosos de dinero. «¡Qué importa!», se decían entonces los imbéciles, «nosotros sabemos bien que la codicia no es una virtud, pero el mundo no necesita virtud, requiere confort, y la codicia sin freno de los comerciantes terminará, gracias al juego de la competencia, por proveer ese confort a un precio bajo, a un precio siempre más bajo». Ésa es una de las evidencias imbéciles que garantizan la imbecil seguridad de los imbéciles. Esos desgraciados habrían sido totalmente incapaces de prever que nada detendrá las codicias desenfrenadas que terminarán por disputarse la clientela a cañonazos: «¡Compra o muere!». Tampoco preveían que no tardaría en llegar el día en que la baja de los precios, aunque fuera la de los objetos indispensables para la vida, sería considerada un mal mayor —por la sencilla razón de que un mundo que nació en la especulación sólo puede organizarse en la especulación—. La primera, o más bien, la única necesidad de ese mundo es proveer a la especulación los elementos indispensables. ¡Oh!, sin duda es desgraciadamente verdad que, si hoy en día destruimos a los especuladores, nos arriesgaríamos a alcanzar al mismo tiempo a millones de pobres diablos que sin saberlo viven de ellos, que no pueden vivir de otra cosa, porque la especulación invadió todo. ¡Pero qué!, el cáncer se volvió inoperable porque, aunque se extienda a un órgano vital con todas sus fibras horribles, no deja de ser un cáncer.

Denuncio ante ustedes este cáncer. Habría tenido un inmenso mérito, habría encontrado mi lugar entre los genios protectores de la humanidad, si lo hubiera denunciado hace cincuenta años tan claramente como lo hago en este momento. Sin ser ningún genio, sino un hombre dotado de sentido común, no encuentro ninguna satisfacción de amor propio al decirles que nuestra sociedad está estirando la pata, porque eso se le ve muy claramente en la cara. Lo verán como yo, si quieren verlo. Mi papel no es proporcionarles la técnica de la operación necesaria; no soy un cirujano, ignoro si la operación todavía es posible. En el caso de que sea posible, es urgente, es de extrema urgencia. ¡Veamos! ¿Cómo es que esas dos guerras, el breve periodo que las separa una de otra, esas convulsiones, esos furores, no evocan en sus espíritus los esfuerzos desesperados de un organismo vivo por expulsar, rechazar las toxinas mortales? ¡Oh!, ¡lo sé tan bien como ustedes, imbéciles!, esas imágenes sólo son imágenes. Una sociedad humana no fenece como cualquiera de nosotros cuando es envenenado con champiñones venenosos... La cosa es a la vez más simple y más complicada. Cuando la sociedad impone al hombre sacrificios superiores a los servicios que le devuelve, tenemos el derecho de decir que deja de ser humana, que ya no está hecha para el hombre, sino contra el hombre. Si acaso logra persistir en esas condiciones, ¡sólo puede ser a expensas de los ciudadanos o de su libertad! Imbéciles, ¿acaso no ven que la Civilización de las Máquinas efectivamente les exige una disciplina que cada día es más estricta? La exige en nombre del Progreso, es decir, en nombre de una nueva concepción de la vida, que se impone en las mentes con su enorme maquinaria de propaganda y de publicidad. ¡Imbéciles! ¡Entiendan entonces que la Civilización de las Máquinas es en sí misma una máquina, de la cual todos sus movimientos deben ser cada vez más impecablemente sincronizados! Una cosecha excepcional de café en Brasil influye de inmediato en el precio de alguna otra mercancía en China o en Australia; no está lejos el momento en el que el más mínimo aumento de salarios en Japón desencadenará huelgas en Detroit o en Chicago, y finalmente una vez más prenderá fuego al mundo. ¡Imbéciles! ¿Alguna vez se imaginaron que en una sociedad en la que las dependencias naturales adquirieron un carácter riguroso, implacable, de relaciones matemáticas, ustedes pueden ir y venir, comprar o vender, trabajar o no trabajar, con la misma tranquila bonhomía que sus antepasados? ¡La Política primero!, decía Maurras. La Civilización de las Máquinas también tiene su lema: «¡La Técnica primero! ¡La técnica por todas partes!». ¡Imbéciles!, ustedes dicen que la Técnica tan sólo controlará, en el peor de los casos, su actividad

material, y como ustedes esperan para mañana la «Semana de Cinco Horas^[6]» y la Feria de atracciones abierta día y noche, esta hipótesis no tiene motivos para perturbar mucho sus inquietudes. ¡Tengan cuidado, imbéciles! Entre todas las Técnicas, hay una técnica de la disciplina, y ésta no sabría cómo satisfacerse con la antigua obediencia obtenida, mal que bien, por medio de procesos empíricos, y de la cual habríamos dicho que más que una disciplina era una indisciplina moderada. La Técnica pretenderá, tarde o temprano, formar colaboradores adquiridos en cuerpo y alma para su Principio, es decir, que aceptaron sin discusión inútil su concepción del orden, de la vida, sus Razones de Vivir. En un mundo que está completamente entregado a la Eficiencia, al Rendimiento, ¿no importa que cada ciudadano, desde su nacimiento, esté consagrado a los mismos dioses? La Técnica no puede discutirse, dado que las soluciones que impone son, por definición, las más prácticas. Una solución práctica no es estética ni moral. ¡Imbéciles! ¿La Técnica ya no reconoce su derecho, por ejemplo, a orientar a los niños pequeños hacia tal o cual profesión? No esperen que se contente siempre con orientarlos; los designará. Así, la idea moral, e incluso sobrenatural, de la vocación se opone poco a poco a la de una simple disposición física y mental, fácilmente controlada por los técnicos. ¿Creen, imbéciles, que un sistema como ése, y tan riguroso, puede subsistir con el simple consentimiento? Para aceptarlo como quiere que lo aceptemos, hay que creer en él, hay que adaptar por completo no sólo sus actos, sino su conciencia. El sistema no admite a los disconformes. El rendimiento de un disconforme —las estadísticas lo prueban— es inferior al treinta por ciento del rendimiento normal, y al cincuenta o sesenta por ciento del rendimiento de un ciudadano que no se contenta con pensar que su situación es soportable —mientras espera el Paraíso—, sino que la considera la mejor posible. Por ello, cualquiera entiende muy bien qué tipo de colaborador el técnico está lógicamente obligado a formar. No hay nada más melancólico que escuchar a los imbéciles dar todavía a la palabra «Democracia» su antiguo sentido. ¡Imbéciles! ¿Cómo diablos pueden esperar que la Técnica tolere un régimen en el que el técnico sería designado por medio del voto, es decir, no según la experiencia técnica que sus diplomas garantizan, sino según el grado de simpatía que es capaz de inspirar en el votante? La Sociedad moderna es, hoy por hoy, un conjunto de problemas técnicos por resolver. ¿Qué lugar pueden tener dentro de ella el político marrullero, así como el votante idealista? ¡Imbéciles! ¿Creen que el funcionamiento de todos esos engranajes económicos, estrechamente dependientes unos de otros y que giran a la velocidad del rayo, va a depender

el día de mañana del capricho de las buenas personas reunidas en los comicios para aclamar tal o cual programa electoral? ¿Acaso imaginan que la Técnica de orientación profesional, después de designar a un empleo subalterno a un ciudadano al que se considera particularmente poco hábil, soportará que el voto de ese desgraciado decida, como último recurso, la aprobación o el rechazo de una medida que la misma Técnica propuso? ¡Imbéciles! Cada progreso de la Técnica los aleja un poco más de la democracia que ayer soñaron los obreros idealistas del suburbio Saint-Antoine. De verdad no hace falta comprender gran cosa de los acontecimientos políticos de estos últimos años para todavía rehusarse a admitir que el Mundo moderno ya solucionó, sólo con la ventaja de la Técnica, el problema de la Democracia. Los Estados totalitarios, chicos malos y demasiado precoces de la Civilización de las Máquinas, intentaron resolver ese problema brutalmente, de un solo golpe. Las demás naciones ardían en deseos de imitarlos, pero su evolución hacia la dictadura se ralentizó un poco puesto que, presionadas después de Múnich para que entraran en guerra contra el hitlerismo y el fascismo, debieron, para bien o para mal, convertir la idea democrática en el principal, o más exactamente, el único elemento de su propaganda. Para quien sabe ver, es menos evidente que el Realismo de las democracias de ninguna manera se define a sí mismo por medio de declaraciones rotundas y vanas como, por ejemplo, aquella de la Carta del Atlántico, que ya cayó en el olvido.

Desde la guerra de 1914, es decir, desde sus primeros experimentos, con Lloyd George y Clemenceau, que estuvieron al servicio de la dictadura, las Grandes Democracias visiblemente dejaron de confiar en la eficacia de los antiguos métodos democráticos de trabajo y de gobierno. Podemos estar seguros de que pronto reclutarán a sus principales colaboradores de entre sus antiguos adversarios, cuyo espíritu de disciplina valoran; tan sólo tienen que crear idealistas, porque mañana el Estado Técnico sólo tendrá un enemigo: «el hombre que no hace lo que todo el mundo hace» —o incluso: «el hombre que tiene tiempo que perder»— o, si quieren, simplemente: «el hombre que cree en algo diferente de la Técnica».

VIII

¡Imbéciles! Cada vez que escribo su nombre, me reprocho de dar al último capítulo de este modesto librito la apariencia de una especie de proclama a los imbéciles. ¡No importa! Pensándolo bien, su salvación cada vez más me parece la condición —tal vez sobrenatural— para la salvación de todos los hombres. En la Civilización de las Máquinas, ¿por qué no ocuparán, por cierto, el lugar de los pobres? El mundo antiguo sacrificaba al pobre en pos de su prosperidad, su grandeza, su belleza y sus placeres. El mundo moderno los sacrifica a ustedes en pos de sus experiencias desmesuradas. No los sacrifica de la misma manera que el mundo antiguo sacrificaba al pobre. Antaño, al pobre le hacía falta lo necesario para que el rico pudiera disfrutar de lo superfluo. Pero el tipo de pobreza que a ustedes les es propia no enriquece a nadie, los imbéciles no son imbéciles para que algunos privilegiados de la inteligencia sean genios. Anteriormente era frecuente que los pobres se rebelaran. ¿Cuál podría ser el objetivo de la rebelión de los pobres si no el de despojar a los ricos? La rebelión de los imbéciles carece de objetivo.

En *Los grandes cementerios bajo la luna* escribí que la ira de los imbéciles amenazaba al mundo. La «Ira de los Imbéciles» hoy en día arrasa con la Tierra. Es mil veces más temible que la de los hunos o que la de los bárbaros. Los hunos y los bárbaros querían oro, vino, mujeres y grandes cabalgatas bajo las estrellas. Pero los imbéciles no saben qué quieren. Los imbéciles luchan con la misma desesperación convulsiva de alguien que se ahoga y que se agarra con las uñas al pecio de un barco, y gimotea al sentir cómo se hunde debajo de él. Desde luego, el hitlerismo y el fascismo no podían mantener a nadie a flote en las aguas, en ese huracán de apocalipsis. Pero los imbéciles, enfurecidos por el miedo, serían absolutamente incapaces de utilizar la mejor plancha de salvación.

Para la Civilización de las Máquinas la ira de los imbéciles es un testimonio abrumador. Una sociedad normal siempre cuenta con una gran proporción de imbéciles, es un hecho, pero éstos se diferencian un poco del resto de los ciudadanos debido a que, al ser incapaces de recibir muchas ideas

a la vez, por un reflejo natural de defensa, sólo atienden una pequeña cantidad que es indispensable para el ejercicio de su oficio. La Civilización de las Máquinas impone esta prohibición día y noche. La Civilización de las Máquinas necesita, so pena de muerte, agotar la enorme producción de su maquinaria y, para lograr ese objetivo, utiliza —para emplear la expresión vengativa inventada por el genio popular a lo largo de la última guerra mundial— máquinas que lavan el cerebro. ¡Oh! Ya sé, la expresión los hizo sonreír. Ni siquiera son sensibles al carácter verdaderamente demoníaco de esa enorme empresa de embrutecimiento universal, donde vemos que colaboran los intereses más diversos, los más abyectos y los más elevados —porque las religiones ya utilizan esos eslóganes—. Políticos, especuladores, gánsteres, comerciantes, sólo se trata de hacerlo rápido, de obtener un resultado inmediato, cueste lo que cueste, ya sea que se trate de lanzar una marca de jabón, o de justificar una guerra, o de negociar un préstamo de mil millones. Así, los buenos juicios se envilecen, los juicios medios se convierten en imbéciles, y los imbéciles, con los cerebros lavados hasta reventar, con la materia gris que brota por los ojos y por las orejas, se abalanzan unos contra otros, gritando de rabia y de espanto.

¡No entiendo! Faltaría un poco más de corazón que el que la mayoría de los hombres posee hoy en día para sentir el sufrimiento de esos seres desgraciados a los que se les quita despiadadamente cualquier oportunidad de alcanzar la pequeña cantidad de humildes verdades a las que tienen derecho, que un estilo de vida proporcionado a sus modestas capacidades les hubiera permitido alcanzar, y que deben soportar, desde el nacimiento hasta la muerte, la furia de las codicias rivales, desencadenadas en la prensa, la radio. Estar informado de todo y, de esa forma, estar condenado a no entender nada, ése es el destino de los imbéciles. Toda una vida de uno de esos desafortunados probablemente no sería suficiente para permitirle asimilar la mitad de las nociones contradictorias que, por una razón u otra, le propusieron en una semana. Sí, sé que estoy casi solo cuando denuncio tan violentamente ese crimen organizado contra el espíritu. Sé que los imbéciles que de esta forma defiendo sólo esperan la oportunidad para colgarme, o tal vez para comerme, porque ¿dónde se detendrá su ira? ¡No importa!, repito que no son las Máquinas de matar las que me dan miedo. En la medida en que las Máquinas de matar sigan matando, quemando, desollando, diseccionando, sabremos al menos que todavía hay hombres libres, o al menos sospechosos de serlo. La máquina más temible de todas es la máquina que lava los cerebros, que licua los cerebros. Sí, sí, ríanse tanto como quieran de mi ira, ¡miserables

sacerdotes sin corazón! Mientras tengan un pedazo de tribuna para amenazar con el infierno al imbécil que no se quita la gorra delante del cura, o que no da limosna, ustedes se jactarán de tener en sus manos algunas conciencias. Pero la Máquina que lava los cerebros desde hace mucho tiempo habrá puesto fin al juicio, y sin juicio, ¡no hay conciencia! Sus amenazas ya sólo tocarán las tripas, no las almas.

¡Las almas! Casi nos sonrojamos al escribir hoy en día esa palabra sagrada. Los mismos sacerdotes impostores dirán que ninguna fuerza en el mundo podría vencer a las almas. No pretendo que la Máquina que lava los cerebros sea capaz de limpiar las almas, o de vaciar a un hombre de su alma, como un cocinero vacía un conejo. Solamente creo que un hombre puede conservar perfectamente un alma y no sentirla, y de ninguna manera estar incómodo; eso se ve, ¡lástima!, todos los días. El hombre sólo tiene contacto con su alma en la vida interior, y en la Civilización de las Máquinas la vida interior adquiere poco a poco un carácter anormal. Para millones de imbéciles, sólo es un sinónimo vulgar de la vida subconsciente, y el subconsciente debe permanecer bajo el control del psiquiatra. ¡Oh! Sin duda, el psiquiatra no podría considerarse responsable de esa tontería, pero tampoco puede hacer gran cosa en contra de ella. La Civilización de las Máquinas que explota el trabajo desinteresado del sabio está menos tentada que nunca a delegarle la más mínima parte de su potestad sobre las conciencias. Tal vez se sintió tentada de hacerlo en la época de la ciencia materialista donde algunas teorías, al menos en apariencia, compaginaban con su propia concepción de vida, pero la ciencia actual de ninguna forma se presta a las simplificaciones burdas de la propaganda.

En la lucha un tanto hipócrita contra la vida interior, la Civilización de las Máquinas no se inspira, al menos no directamente, en ningún plan ideológico; defiende su principio esencial, que es el de la primacía de la acción. La libertad de acción no le genera ningún temor; a la que le tiene miedo es a la libertad de pensar. Alienta de buena gana todo lo que motiva, lo que se mueve, pero sólo juzga, no sin razón, lo que damos a la vida interior y que la comunidad se pierde. Cuando la idea de salvación tiene un significado espiritual, podemos justificar la existencia de los contemplativos —es lo que hace la Iglesia en nombre de la reversibilidad de los méritos y de la Comunidad de los Santos—. Pero desde que hicimos descender del cielo a la tierra la idea de salvación, si la salvación del hombre está aquí abajo, en la dominación cada día más eficiente de todos los recursos del planeta, la vida contemplativa es un escape o una negación. Para emplear otra expresión de la

penúltima guerra, en la Civilización de las Máquinas cualquier contemplativo es un agazapado. La única especie de vida interior que el Técnico podría permitir sería precisamente aquella que es necesaria a una introspección modesta, controlada por el Médico, con el fin de desarrollar el optimismo, gracias a la eliminación, hasta las raíces, de todos los deseos irrealizables en este mundo.

¡Imbéciles! Se burlan apasionadamente de la vida interior, pero de todas maneras es por ella y gracias a ella que llegaron hasta nosotros los valores indispensables, sin los cuales la libertad no sería más que una palabra. ¿Se burlan también apasionadamente de esos valores? ¡Bien! Lo que escribí hace un instante sobre los chavales que poco a poco se liberaron de su alma ¿no les interesa más? Ni modo. Sin embargo, me permitiré regresar a ese tipo tan perfectamente representativo, en un sentido, del orden y de la Civilización de las Máquinas: el aviador bombardero. Ante esa palabra, los imbéciles volverán a rascarse; entonces deberé abrirles un paréntesis. Es habitual que, para intentar distinguir entre los imbéciles, se les clasifique en imbéciles de derecha y en imbéciles de izquierda. Los imbéciles de izquierda no se equivocarán al decir que la guerra total es un invento de los fascistas. Pero supongamos, por ejemplo, que, en los tiempos de la guerra española, los valientes ejércitos rusos hayan invadido Alemania, ¿existe, en la derecha o en la izquierda, algún imbécil que sea lo suficientemente imbécil para atreverse a desmentir cuando digo que los aviadores del mariscal Stalin habrían podido comportarse exactamente como lo hicieron, cuatro años más tarde, los aviadores del mariscal Goering, sin exponerse a la más mínima reprobación de sus amigos? Esos señores, al rascarse más enérgicamente que nunca, habrían invocado las despiadadas necesidades de la guerra, como diez años antes invocaron, para excusar los miles de cadáveres de la depuración leninista, las necesidades no menos sagradas de la revolución comunista. Imbéciles de derecha y de izquierda, perros que son, si se rascan tan furiosamente es porque en el fondo están de acuerdo, saben muy bien que a la Civilización de las Máquinas lógicamente debe corresponder la guerra de las máquinas. ¡Ya basta de muecas, hipócritas! Límpiense los ojos por última vez, y regresemos, si así lo desean, al aviador bombardero. Decía entonces que el buen hombre que acaba de reducir a cenizas una ciudad dormida cree perfectamente que tiene el derecho de presidir la comida de familia, entre su mujer y sus hijos, como un obrero tranquilo con su jornada ya hecha. «¿Hay algo más natural?», piensa el imbécil, en su lógica de imbécil, «ese buen hombre es un soldado, siempre hubo soldados». Lo admito. Pero el signo

preocupante, y tal vez fatal, es que precisamente nada diferencia a ese asesino del primer transeúnte que pase, y ese mismo transeúnte, hasta ahora dulce como un cordero, sólo espera una consigna para a su vez volverse asesino, y, al volverse asesino, no dejará de ser un cordero. ¿No les parece esto extraño? Un asesino de antes se distinguía fácilmente de otros ciudadanos no sólo por el traje, sino por su manera de vivir. Un viejo camionero español, un lansquenete alemán, borrachín, peleador y lascivo, se ponían, como de ellos mismos, en las afueras, o en el margen de la comunidad. Actuaban así por bravuconería, sin duda, pero sabemos que la bravuconería y el cinismo siempre son una defensa, más o menos consciente, contra el juicio del otro, la máscara de una vergüenza secreta, una manera de hacer frente a una afrenta posible, de restituir terror por desprecio. Porque el camionero español, el lansquenete alemán se juzgaban, ellos también, simples instrumentos irresponsables en manos de sus jefes, pero no estaban orgullosos. Preferían ser considerados criminales antes que dóciles. Querían que su irresponsabilidad pareciera provenir más bien de su naturaleza, de sus inclinaciones, de la voluntad del buen Dios, en el cual creían blasfemándolo. El bombardero de hoy en día, que mata en una noche a más mujeres y niños que el lansquenete en diez años de guerra, no consentirá que se le considere un muchachito maleducado, pendenciero. «Soy tan bueno como el pan», dirá de buen grado, «bueno como el pan e incluso, si insisten, como la luna. El chirrido del torno del dentista me provoca ataques de nervios y me detendría en la calle sin vergüenza alguna para ayudar a los niños pequeños a hacer pipí. Pero lo que hago, o no hago, cuando porto un uniforme, es decir, en el transcurso de mi actividad como funcionario del Estado, no concierne a nadie».

Repito que esta especie de hombre difiere por completo de aquella en la cual se reclutaban anteriormente los aventureros, los bárbaros. Es mil veces más peligrosa; o, mejor dicho, para no ser injusto, su aparición y su propagación entre nosotros son un presagio preocupante, una amenaza. La especie de los bárbaros seguiría siendo necesariamente poco numerosa. No encontramos, en la esquina de cada calle, a esos arriesga todo, a esos fuera de la ley —la guerra moderna, por cierto, se las arreglaría mal—; los famosos migueletes hoy en día serían más bien, en América del Norte, gánsteres o policías... Hoy está comprobado que la Civilización de las Máquinas, para sus tareas más sangrientas, puede encontrar colaboradores en cualquier clase de la sociedad, entre los creyentes y los ateos, los ricos o los pobres, los intelectuales o los brutos. ¿Esto les parece muy reconfortante, imbéciles? A

mí no. ¡Oh! Sin duda, los bombarderos demócratas, dicen ustedes, ejecutan una tarea de justicia. Pero los bombarderos de Italia, por ejemplo, en la época de la guerra de Etiopía, de ninguna manera podían pretender ejecutar una tarea de justicia. No se reclutaban en los mismos medios decentes, biempensantes. Y acuérdense, ¡acuérdense un poco!... Entre los justicieros demócratas de hoy en día, en Estados Unidos, así como en Inglaterra, ¿no hubieran encontrado una gran cantidad de amigos y admiradores de Mussolini? ¿El mismo señor Churchill no se encontraba entre ellos? ¡Imbéciles! Hace mucho tiempo que lo pienso: si nuestra especie termina por desaparecer un día de este planeta, gracias a la eficacia creciente de las técnicas de destrucción, no será la crueldad la responsable de nuestra extinción y menos todavía, por supuesto, de la indignación que inspira, las represalias y las venganzas que suscita; ni la crueldad, ni la venganza, sino más bien la docilidad, la irresponsabilidad del hombre moderno, su abyecta complacencia hacia toda voluntad de lo colectivo. Los horrores que acabamos de ver, y aquellos peores que veremos pronto, para nada son el signo de que la cantidad de rebeldes, de insumisos, de indomables, aumenta en el mundo, sino más bien de que crece sin cesar, con rapidez sorprendente, la cantidad de obedientes, de dóciles, de hombres que, según la famosa expresión de la penúltima guerra, «no intentaban comprender». ¡Imbéciles! ¡Imbéciles! ¿Son lo bastante imbéciles para creer que, si mañana, por ejemplo, el imperialismo ruso afrontara al imperialismo americano, los bombarderos de una u otra nación dudarían un segundo en cumplir con la tarea? ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Imbéciles! No persistiremos en eso. Mañana, en la paz, las mismas manos inocentes se volverán, con la misma indiferencia profesional, los humildes sirvientes del Estado que irán contra los inconformistas de mi tipo, los mal pensantes. «¿Qué quieren? No soy el responsable», ésa es la excusa tipo, válida para cualquier caso. Miles de personas buenas de mi país la escucharon salir de la boca del policía o del gendarme de Vichy, durante la ocupación alemana. Esos policías, esos gendarmes eran sus compatriotas, a menudo incluso sus antiguos camaradas de la guerra, ¡no importa! Pétain se nombraba el Jefe del Estado, y el Estado, cuyo papel, creen firmemente los imbéciles, es el de criarlos, o el de alimentarlos, de instruirlos, de curarlos de sus enfermedades, de cuidarlos durante su vejez y finalmente enterrarlos, tiene todos los derechos. Que Pétain se haya convertido en Jefe de Estado por un verdadero fraude y en las condiciones más deshonorosas que hay para un militar, es decir, gracias a la derrota, al policía o al gendarme no les incomodaba para nada ese detalle. En el fondo, la inmensa mayoría de los

hombres modernos está de acuerdo en ese punto. El Poder legítimo es el que tiene el control de las finanzas, y, en consecuencia, dispone de fondos necesarios para mantenerlos, a ellos y a su progenitura. Si los perros razonarían, no razonarían de un modo diferente que no fuera a favor de quien les da techo y alimento. «No te enojés», decía el gendarme de Vichy a su compatriota, «voy a entregarte a la policía alemana, quien después de haberte torturado científicamente, te fusilará, pero ¿qué esperas? El Gobierno me dio un puesto y naturalmente no puedo arriesgarme a perder ese puesto, sin mencionar mi pequeña jubilación futura. ¡Vamos! ¡Largo! No hay que intentar comprender». La prueba de que ese razonamiento va exactamente en el mismo sentido y espíritu que la vida moderna es que hoy en día ya nadie sueña con investigar a ese policía o a ese gendarme. Cuando ese buen servidor del Estado conoce al general De Gaulle, lo saluda, y el general le devuelve, desde luego, su saludo con indulgencia.

Obediencia e irresponsabilidad, ésas son las dos Palabras Mágicas que mañana abrirán el Paraíso de la Civilización de las Máquinas. La civilización francesa, heredera de la civilización helénica, trabajó durante siglos para formar hombres libres, es decir, plenamente responsables de sus actos: Francia rehúsa entrar en el Paraíso de los Robots.

Y, de hecho, ese Paraíso no existe. Tampoco nada lo anuncia. En su discurso de inauguración en la Conferencia de San Francisco, el nuevo presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, declaró textualmente: «Con la brutalidad y la destrucción a un ritmo creciente, la guerra moderna, si no logramos contenerla, destruirá, en definitiva, toda la civilización». Esta conferencia es sin duda la última oportunidad de salvación que se da al mundo. Ahora bien, pregunto a los imbéciles, ¿acaso no es una condena al Sistema y a la Civilización, fundados en la preeminencia de las formas más burdas de la acción, el hecho de que tales palabras hayan podido ser pronunciadas, particularmente, por ese Truman, político de negocios, sin raza, sin pasado, sin cultura, y quien debería tener una confianza ciega en la Civilización de las Máquinas? ¡Lástima! Cada día vemos cómo se perfeccionan los instrumentos y los métodos de la destrucción, pero ¿qué conseguimos al oponernos a la guerra si no es la guerra misma? ¡Oh! Lo sé bien, están las conferencias y los tratados. Pero los mismos imbéciles entienden que el perfeccionamiento de la guerra conlleva lógicamente al debilitamiento y la decadencia de los métodos pacíficos de la diplomacia. Cada nuevo invento incrementa el prestigio de la Fuerza, y hace disminuir el del Derecho. En un mundo armado hasta los dientes, el Juez del Derecho

Internacional Público termina por convertirse en una especie de personaje cómico, el superviviente de una época extinta. Y, por cierto, no hay ningún catedrático en la Conferencia de San Francisco; el público ya entendió muy bien que se trata de un evento de la guerra, que está en el marco de la guerra; los maestros de la guerra se hacen representar por civiles cuya única tarea será la de traducir las fórmulas del imperialismo en lenguaje diplomático y jurídico.

TEXTOS INÉDITOS

CONFERENCIAS Y ENTREVISTAS EN BRASIL

I. Respuesta a una investigación

Enero de 1942

No hay ningún problema de las máquinas susceptible a resolverse con la disminución del número de máquinas o con una mejor utilización de las mismas. El maquinismo no es error económico ni social, es un vicio del hombre, comparable al de la heroína o al de la morfina, y ambos sólo traicionan un mal secreto, la misma decadencia nerviosa, una doble tara de la imaginación y de la voluntad. Lo que es realmente anormal en el toxicómano no es que consuma un veneno, sino que sienta la necesidad de consumirlo, de practicar esta forma de perversa evasión, de huir de su propia personalidad, como un ladrón se escapa del departamento que acaba de allanar. Ningún cura de la desintoxicación podría curar de su mentira a ese desgraciado, reconciliarlo consigo mismo. Sé bien que un acercamiento como éste de entrada le parecerá ridículo a muchos lectores. Sin embargo, de ninguna manera tengo la pretensión de condenar a las máquinas, para nada creo que la invención de la rueda, del timón, de la brújula, hayan marcado un retroceso de la civilización. Considero, al contrario, que la máquina debería ser benéfica, liberadora. Podría decir lo mismo, de hecho, del opio o de la morfina mientras cumplan con su papel, atenúen las torturas de ciertos cancerosos, devuelvan la calma a los moribundos. Si el mundo está bajo la amenaza de morir con su maquinaria, como el toxicómano con su veneno favorito, es porque el hombre moderno no le pide a las máquinas, sin atreverse a decirlo o tal vez sin admitirlo para sus adentros, que le ayude a superar la vida, sino a esquivarla, a darle la vuelta, como se le da la vuelta a un obstáculo que es muy difícil.

Los yanquis querían hacernos creer, hace veinte años, que el maquinismo era el síntoma de un excesivo impulso de vitalidad. Si hubiera sido así, esta crisis ya estaría resuelta, en lugar de que no deje de expandirse, de agravarse, de adquirir un carácter cada vez más anormal, patológico. Muy lejos de manifestar una vitalidad excesiva, el hombre del maquinismo, pese a los inmensos progresos realizados por la medicina preventiva y curativa, se parece más bien a un neurópata que pasa alternativamente de la agitación a la

depresión, bajo la doble amenaza de la locura y de la impotencia. Cuando a finales del último siglo, aquel que es, junto con Balzac, el más grande observador social francés, el Sr. Édouard Drumont, se atrevía a escribir esas cosas, hacía sonreír a los optimistas. Pero la historia le aporta hoy en día su prueba irrecusable. El desorden actual del mundo sólo puede hacer realmente pensar en la demencia. Es absolutamente vano comparar a nuestra época con otras que en apariencia eran igualmente absurdas, igualmente sangrientas. El mundo que se sometía a esas pruebas —por ejemplo, la Europa del siglo VI— era un caos de naciones o de razas que todavía eran bárbaras o que habían regresado a la barbarie, separadas las unas de las otras por marismas o bosques infranqueables, que prescindían de toda administración, de toda policía, que eran devastadas por las pestes, y a la que la hambruna arrojaba hacia los caminos de la invasión. En lugar de que el mundo actual gozara de todas las condiciones materiales del Orden, no le hacía falta nada para ser rico, feliz, poderoso. ¿Estarían de acuerdo conmigo en que esta distinción es esencial? Un salvaje puede actuar como un salvaje sin que por ello se sospeche que está loco. Pero si un notario, que vive en un departamento confortable, comienza a romper su vajilla y a tirar sus muebles por la ventana, seguramente está listo para que lo encierren en un manicomio.

Construir máquinas, lo repito, siempre ha sido una forma muy legítima de la actividad humana. Pero que la actividad humana esté casi toda volcada en ese único objetivo: la fabricación de las máquinas, ése es el signo de una especie de perversión. Y, si queremos definir esa perversión, creo que primero nos hace falta intentar saber cómo se originó. ¡Oh! Sin duda, aquí hago de buena gana la parte de las circunstancias económicas, de la avalancha colosal hacia la ganancia que marca los inicios del siglo XIX. Para los primeros capitalistas, la máquina no sólo permitía fabricar más y más rápido, tenía esa otra inmensa ventaja que era la de hacer bajar el precio de la mano de obra multiplicando la cantidad de miserables, le daba a los patrones el privilegio monstruoso de fijar ellos mismos la tasa de los salarios. Pero si es dudoso que los especuladores hayan sido capaces de imponer a las máquinas por sí solos, sin lugar a dudas no hubiera logrado hacer que las amaran, más bien habrían logrado hacer que las odiaran. Ahora bien, no sólo el hombre moderno no odió las máquinas, sino que éstas le fueron indispensables de inmediato, en función a ellas ajustó el ritmo de su vida, ahora, casi como dueñas, disponen de su trabajo y de su descanso, se entregó a ellas, ligó su suerte a la suya de una forma tan estrecha que ya no sabe cómo recuperarse. «¿Quién ganará el hombre o la máquina?» se preguntan. Pero que podamos

hacer esta pregunta públicamente sin sorprender a nadie, que podamos contemplar la hipótesis de una sumisión del hombre a las mecánicas que salieron de sus manos, ¿no es ya el signo de un desequilibrio profundo, de una especie de demencia colectiva? ¿No es también la prueba de que la pasión del hombre moderno por las máquinas de ninguna manera es la exageración de un sentimiento natural, sino la marca de una horrible renuncia a sí mismo, un acto de demisión?

No es precisamente la desesperanza del hombre la que inventó a las máquinas, las circunstancias favorecieron la invención y la propagación en un momento en que el hombre comenzaba a dudar de la vida, y su desesperanza se apropió de ellas, se expresó con ellas, como en un lenguaje secreto, su odio por la vida siempre creciente. ¡Oh! ¡Sin duda, nuestra actividad histérica puede darle a los ingenuos la ilusión de un amor desordenado por la vida! Dicho de otro modo, el prodigio, que tira el dinero por la ventana, así demuestra su amor por el dinero. No pretendo que el hombre moderno odie conscientemente la vida, al menos pienso que la odia incluso cuando apila los escombros y llena las fosas comunes, porque estamos muy tentados a olvidar que ningún hombre, en ninguna época, puso tanta lucidez descomunal en destruir la vida y las obras de la vida. El hombre moderno tal vez no odia la vida, pero ya no la acepta, se rehúsa a someterse a ella, y si se ríe de sus misterios, si se jacta de penetrarlos tarde o temprano, gracias a la guerra, al menos tiene miedo de ese templo inmenso, vacío de sus dioses, y donde resuena lúgubremente su paso solitario. Tal vez nos parecerá que lo pinto de una forma muy sombría, muy trágica, porque, por su gusto por la uniformidad, por su conformismo, por su docilidad hacia una administración que cada día es más tiránica, más bien parece inofensivo. Sucede que las rebeliones y los terrores que lo inspiran apenas aparecen en la superficie de su conciencia, pero se sumergen en su subconsciente. Cada uno de esos mediocres, llamados aparte, no inspira ninguna sospecha, parecería incluso que disimula los buenos sentimientos bajo un cinismo afectado. Pero brotaron espontáneamente de su masa anónima, como de una marmita de bruja, lo horrible y lo atroz. Esos conformistas, tan cuidadosos de no diferenciarse en nada los unos de los otros, permanecerán ligados para siempre con el recuerdo del más grande crimen de la historia, porque las generaciones futuras sin lugar a dudas se rehusarán a diferenciar entre los cobardes y los imbéciles que soportaron ese crimen por no haber tenido el valor de preverlo, y los miserables que se jactan de haberlo perpetrado voluntariamente, mientras que hoy en día sólo son sus instrumentos ciegos. Por ese crimen, al menos, ya

podemos hacernos una idea de la malignidad de las imágenes que atormentaban a los mediocres a sus espaldas, y también del carácter monstruoso de su represión.

El hombre moderno es un alucinado. La alucinación reemplazó a la creencia. El hombre moderno es un angustiado. La angustia sustituyó a la fe. Todas esas personas se dicen unos realistas, prácticos, materialistas, embravecidos por conquistar los bienes de ese mundo, y estamos muy lejos de suponer la naturaleza del mal que los corroe, porque sólo observamos su actividad delirante, sin pensar que ésa es precisamente la forma degradada, envilecida de su angustia metafísica. Aparentan correr tras la fortuna, pero no corren tras la fortuna, huyen de ellos mismos. En esas condiciones, cada día es más ridículo escuchar a los pobres sacerdotes ignorantes y perezosos gritar desde lo alto del púlpito en contra del orgullo de ese prófugo perpetuo, el apetito de goce de ese enfermo que ya no puede disfrutar más que a costa de los esfuerzos más grandes, que tiene antojo de todo, porque realmente ya no tiene hambre de nada.

No podemos esperar plantear correctamente el problema de las máquinas, si pasamos por alto la psicología del hombre que después de haberlas construido con una especie de fervor místico ahora hasta llega a creerse amenazado por ellas, si nos rehusamos a ver en él lo que la historia verá —un anormal—. Que esa última palabra incite a la ironía, ¡qué importa! El Futuro no juzgará de otra manera al Hombre de las Máquinas, porque lo juzgará por sus obras, se estremecerá con la idea del riesgo inmenso, absurdo, que corrió la civilización humana, bienes preciados, irremplazables, devorados por una especie de catástrofe gratuita que se parece más a la explosión simultánea de todos los terrores que al resplandor de los odios. El Hombre de las Máquinas es un anormal. Cuando hablamos del desequilibrio entre las necesidades espirituales y la multiplicación de los mecanismos, razonamos como si fuera suficiente, para remediar los males, que ese desequilibrio provoque que se le imponga al hombre un mejor, una agenda más racional, según las reglas de la pedagogía —recreos más cortos, clases más largas... ¡Lástima! ¡Ésas son ideas de peón! El hombre moderno no es un alumno perezoso que juegue con las máquinas en vez de aprender sus lecciones o de rezar. Las máquinas lo distraen, hay que tomar esa palabra que se volvió banal, no en su acepción ordinaria, sino en su sentido exacto, etimológico: *trahere*. Ellas lo arrancan de sí mismo y de sus angustias. Está permitido sin duda el preguntarse cómo un lavavajillas, por ejemplo, es capaz de cumplir ese papel. Incluso parece a primera vista que todos esos mecanismos ingeniosos sólo tienen el objetivo de

hacer ganar tiempo, que, lejos de arrancar al hombre de sus angustias, le dejan más tiempo libre para darle más vueltas a la amargura. Esto es desgraciadamente verdad sólo en apariencia. El hombre moderno rara vez disfruta de su tiempo libre. Una vez que la tarea está hecha, la mayoría de las veces se contenta con cambiar de máquina, va precipitadamente de máquina en máquina, así como un intérprete de *jazz-band*. Lo mínimo que le exige a esos mecanismos es que rompan brutalmente con el ritmo antiguo tradicional, el ritmo humano de trabajo, que lo aceleren a tal punto que las imágenes temibles ya no se puedan formar en su pensamiento, que no se formen los cristales de gel en un agua que se quiebra sobre el escollo. Es más, aquí sólo se trata de máquinas utilitarias. Aquellas que él amó más, por las que no deja de agotar todos los recursos de su genio inventivo, y cuyo perfeccionamiento absorbe sin duda las cuatro quintas partes del esfuerzo industrial humano, son aquellas precisamente que corresponden, se ajustan, por decirlo de algún modo, exactamente, a los reflejos de defensa naturales de un angustiado —el movimiento que embriaga, la luz que reconforta, las voces que tranquilizan—.

Cuando se plantea así el problema tal vez no hemos avanzado mucho en la solución, pero al menos nos dimos a nosotros mismos una lección de humildad, tenemos el derecho de reírnos un poco de los moralistas, los filósofos o los teólogos que, apoyándose en sus respectivas definiciones del Hombre, predicen lógicamente su victoria sobre las máquinas. Para retomar una comparación que ya se hizo, podríamos predecir, en el nombre del mismo principio que somete al inferior al superior, la victoria segura de los morfinómanos sobre la jeringa de Pravaz. El Hombre de las Máquinas no nos es más conocido que el Hombre de las Cavernas. Uno nos es demasiado lejano en el tiempo, el otro demasiado próximo, o más bien él es nosotros mismos, padecemos las mismas taras que él, el único margen que dejan a nuestro juicio es el que separa nuestra anormalidad de la suya —una diferencia de grado; un matiz, nada más... Hace falta un gran esfuerzo, por ejemplo, para decirse que después de todo es extraño que las máquinas que se crearon para ser más o menos inofensivas, casi siempre acaben por convertirse en máquinas de matar, que las máquinas no se pervierten así por sí solas, que lo único que sin duda hacen es mostrar a la larga, producir, imágenes mórbidas que el hombre de los siglos XIX y XX reprimía en su subconsciente, que si las catástrofes caen sobre nosotros, a pesar de un inmenso esfuerzo aparente hacia la prosperidad, la felicidad, es porque nosotros tal vez las deseamos en secreto, que nosotros tenemos la obsesión

malsana, que nosotros cargamos dentro de nosotros ese gusto por la desgracia que tortura, a sus espaldas, a muchos neurópatas que no quieren curarse.

Según la lógica, —no de los libros, sino de la vida—, la humanidad debe construir cada vez más máquinas, por la misma razón que ella hará volar sus aviones cada vez más rápido y cada vez más alto. El Hombre de las Máquinas no se librará de las Máquinas, porque el mundo artificial que éstas le permitieron crear y que es compatible con su angustia, sólo es la proyección sobre las cosas. ¿Cuál es la naturaleza de esa angustia? ¿Cuáles son sus causas? En este punto de mi demostración, algunos lectores tal vez esperarán de mí la perorata habitual del escritor católico sobre los terribles efectos del Descreimiento. Pienso que no cumpliría con sus expectativas. El mundo, desde hace un tiempo, entró demasiado pronto en la miseria para poder soportar sin rebeldía ni desprecio las demostraciones de los doctores, y el espectáculo de su intolerable seguridad. Los doctores demostraron, como si ellos no tuvieran absolutamente nada que ver con los males que analizan, cuando sabemos perfectamente, al contrario, que una implacable solidaridad vincula a los creyentes con los ateos, que el nivel de la impiedad sube en la proporción exacta, en la medida estricta en donde desciende, en el caso de los cristianos, al nivel de la Divina Caridad, hasta que ese nivel haya caído tan bajo que la Iglesia, a su vez, según lo que nos fue predicho el veintitresavo domingo después de Pentecostés, conozca las adversidades que abrumaban anteriormente a la Sinagoga. En lugar de poner orgullosamente delante de las narices de nuestros hermanos confundidos la Carta de una Ley cuyo Espíritu no logramos hacer triunfar, deberíamos intentar comprender que, si por decisión de Dios y del agua del bautismo somos responsables de los impíos, los impíos no son responsables de nosotros.

El mundo está enfermo, mucho más enfermo de lo que creemos, y eso es lo que primero deberíamos reconocer, para sentir lástima por él. El mundo está bajo amenaza de fenecer, y los Doctores parece que sólo se interesan en su agonía para sacar de ella argumentos favorables a sus tesis. Si la agonía del mundo justifica sus tesis, no los justifica a ellos, sino que más bien los condenaría. Ellos vuelven a dar una lección, condenan, prescriben, les convendría más amar, porque la solución no es inscribir este mundo en la escuela, primero que nada hay que curarlo. Pero continuamos siendo fieles a los viejos métodos del colegio que sólo se dirigen al mal estudiante, tratando la desesperanza con tareas extras.

No es suficiente el decir que el Mundo de las Máquinas debe ser salvado. Primero debería ser vuelto a comprar. Vuelto a comprar son precisamente las

palabras adecuadas, porque la situación con respecto al Dinero es exactamente la del deudor insolvente al que la Ley Romana volvía esclavo del acreedor. El Hombre de las Máquinas no sólo está amenazado con pertenecer un día a las Máquinas, ya le pertenece, es decir que pertenece a un sistema económico que vincula cada vez más estrechamente su destino al de las máquinas, a la construcción de las máquinas, al desarrollo de las máquinas.

Sería entonces absurdo pretender liberar a ese mundo por medio de una revolución económica. La organización económica del mundo es admirablemente lógica y coherente, desde que razonamos como economistas, es decir, sin tomar en cuenta los valores morales que son imposibles de calcular. Para poner fin al sistema haría falta una revolución espiritual análoga a la de hace dos millones de años, quiero decir a un nuevo *boom* del Cristianismo, que sea proporcional a la resistencia por un tipo de civilización mucho más burdo, más somero, más, por consiguiente, mucho más sólido y más compacto que el otro. Si esta revolución todavía es posible, lo ignoro. Hacer explotar el Evangelio en un mundo saturado de ideas cristianas menoscabadas, deformadas, degradadas, reajustadas a la medida de los mediocres —o a veces incluso cuyo sentido se distorsionó, «se volvieron locas» como antaño decía Chesterton—, eso sólo puede ser gracias a un milagro. ¿Este milagro nos será dado? ¿No nos hemos vuelto demasiado indignos? ¿Triunfaremos ahí en donde san Francisco de Asís fracasó?

II. Entrevista dada al *Diario de Belo Horizonte*

Junio de 1944

Seguí con mucho interés las recientes campañas del Diario. Quisiera estar seguro de que en esta provincia de Minas —e incluso en todo el país— nos damos cuenta de la excepcional importancia de un periódico cuyos colaboradores no son todos jóvenes, pero del cual cada línea es un testimonio admirable de la vitalidad, de la «pujanza», de la «intensidad» de la juventud brasileña, y con ella, también, de la juventud del mundo.

¿Cree en un próximo gran movimiento de la juventud del mundo?

Creo en él. Creo que esta restauración del espíritu de la juventud se hará en todos los planos del pensamiento, de la acción —de la Moral y del Arte—. Deseo con todas mis fuerzas una renovación, hecha por el espíritu de la juventud, no solamente de las verdades, pero, me atrevo a decirlo, de los errores mismos. Cualquier cosa es mejor que vivir en un mundo en el que los errores y las verdades están además tan desfigurados por la corrupción que es difícil distinguir entre ellos, lo cual mantiene, para los cobardes y los imbéciles, la terrible ilusión de un entendimiento posible, no entre los adversarios de buena fe, sino entre las doctrinas exangües, gracias a subterfugios vergonzosos que deshonran a los antagonistas so pretexto de reconciliarlos.

¿Usted cree que eso es, precisamente, una ilusión del espíritu de la vejez?

El espíritu de la vejez no tiene ilusiones. Lo que él llama ilusión tan sólo es un cálculo egoísta, tan natural y tan espontáneo que puede ser únicamente medio consciente. El espíritu de la vejez es un espíritu de compromiso. El espíritu de la vejez trata de avergonzar al espíritu de la juventud por sus prejuicios absolutos. Pero lo que el espíritu de la vejez contrapone a esos prejuicios, bajo el nombre de sabiduría, es el cálculo de una previsión abyecta que podría resumirse así: «¡Esforcémonos por hacer durar lo provisional el mismo tiempo que nosotros, y después de nosotros, qué importa!». Ésa fue la política de Múnich. Sería estúpido intentar justificar esta política alegando que, aunque lamentablemente carece de generosidad y de grandeza, al menos

es conservadora. El espíritu de vejez sólo es conservador por sí solo. El espíritu de la vejez es esencialmente destructor. La cobardía de las democracias capitalistas y conservadoras en China, en Etiopía, en España, en Checoslovaquia, tuvo, primero y ante todo, como consecuencia un derroche colosal de las fuerzas morales del mundo. Si pudiéramos hacer el conteo de las conciencias que ese escándalo mató o hirió gravemente, comprenderíamos que el realismo agotó espiritualmente a los pueblos, antes de abandonarlos al desastre inevitable. Y, de hecho, esos pocos meses de prórroga no sólo costaron moralmente muy caros; momentáneamente salvaron una cierta cantidad de vidas francesas o inglesas, pero a costa de otras vidas humanas, no menos preciosas, en China, en Etiopía, en España. Todavía hoy los imbéciles se maravillan con lo extraordinariamente poco elevado que es el total de las pérdidas anglo-norteamericanas. Cinco años de guerra costaron menos que nuestra única ofensiva en la Somme en 1917. Pero a lo largo de esos cinco años, ¿cuántos polacos, cuántos judíos, cuántos mártires fueron fusilados, asfixiados, colgados, torturados en los campos de concentración? En Francia, solamente, esa cifra supera los ciento cincuenta mil. De una manera u otra, a costa de uno o de otro, siempre se debe pagar el precio de la victoria —no sólo en libras o en dólares— sino en dolores, en sacrificios. Y, por ejemplo, parece verdad que la abundancia, la superabundancia material permite perdonar a los hombres. El material tiene la responsabilidad de quemar, aplastar, aplanar. Después de esto las tropas atraviesan. Desgraciadamente, dado que la cobardía, la ceguera, la incuria de las antiguas democracias aislacionistas y munitiquesas anteriormente liberaron a Europa de los dictadores, es sobre nuestras propias tierras, sobre las tierras de la libertad, que ahora debe pasar la aplanadora. La relativa seguridad de los combatientes se paga entonces con el holocausto de los no combatientes y la devastación de ciudades ilustres, cuya pérdida es irreparable.

En resumen, ¿piensa que el espíritu de Múnich todavía domina?

Domina más que nunca, porque se disimula en la guerra mucho más fácilmente que en la paz, donde su abyección estalla ante los ojos de todos. Los militares dirigen la guerra, pero es el espíritu de Múnich el que inspira la política de la guerra, de donde saldrá necesariamente la política de la paz. En 1938, exaltaba una paz sin honor, mañana exaltará una paz sin justicia. ¡Oh! Sin duda algunos lectores pensarán que soy pesimista. No lo soy más de lo que era en 1938. No me equivoco más. El espíritu de Múnich subsiste, porque los hombres de Múnich se mantuvieron en todos sus lugares, porque todavía dominan las administraciones, la prensa, la radio, los bancos. Si esas personas

deberían haber sido colgadas, lo habrían sido en 1940, desde el primer desastre. Al haber escapado de esa justa retribución de sus crímenes, afirmo que ahora ya sólo pueden beneficiarse de la lasitud y de la decepción de los pueblos, y que van a levantarse. Es lo que ya vemos en Estados Unidos, donde el Aislacionismo prepara abiertamente la caída de Roosevelt.

¿Qué podemos hacer contra el espíritu de Múnich?

No podemos hacer nada contra el espíritu de Múnich tanto tiempo como dure el sistema político, económico y social del cual ese espíritu es la expresión. El reino del Dinero es el reino de los Viejos. En un mundo abandonado a la dictadura del Lucro, cualquier hombre capaz de preferir el honor al dinero es necesariamente reducido a la impotencia. Es la condena del espíritu de juventud. La juventud del mundo sólo tiene la posibilidad de elegir entre dos soluciones extremas: la abdicación o la revolución.

¿Qué revolución?

A mi parecer, sólo hay una: aquella que comenzó, hace ya casi dos mil años, el día del Pentecostés.

¿No le preocupa que esa palabra: «revolución», aplicada al cristianismo, cause un escándalo?

No es nuestra culpa si la palabra revolución tomó un sentido materialista. Pero ya no puede atemorizar a los Biempensantes tan seriamente como en la época del Syllabus. Los fieles y el clero, desde hace algunos años, se familiarizaron con él. Teniendo en cuenta, espero, las advertencias del gran Papa Pío XI, millones y millones de cristianos creyeron en la revolución fascistas, en la revolución franquista, y algunos de ellos todavía creen, sin duda, en la Revolución de los Académicos y de los Sacristanes de Vichy. ¿Es necesario recordar la actitud de la mayoría del clero italiano al tiempo de la guerra de Etiopía —guerra de una naturaleza, sin embargo, netamente imperialista, declarada pese a los compromisos solemnes y llevada hasta el límite contra las poblaciones indefensas, con una crueldad abominable, que no ha reulado frente al empleo masivo del gas mostaza, el cual el mismo Hitler no se ha atrevido a utilizar hasta este momento? Por ser de inspiración capitalista, las revoluciones fascistas eran igualmente revoluciones, y revoluciones sangrientas.

Sin embargo, se decían anticapitalistas.

Se decían anticapitalistas así como se decían cristianas, y con la misma impostura. Hoy en día todo el mundo sabe que las altas finanzas y la alta industria hicieron el fascismo, con la complicidad de la Monarquía italiana. Hitler sólo persiguió al capitalismo judío, en provecho del capitalismo

nacional. En cuanto a la revolución franquista, más vale no hablar de ella. Franco sacrificó todo por el poder del dinero, incluida a la misma Falange.

¿Y Rusia?

La Rusia leninista era anticapitalista y antimilitarista. Pero Rusia reorganiza su capitalismo de la misma manera que magníficamente ya reorganizó su ejército. Si los acontecimientos siguen su curso, Rusia pronto será la potencia capitalista más grande del mundo. ¿De qué sirve hacer la distinción entre el capitalismo de Estado y el capitalismo privado? Ambos proceden de una misma concepción de la vida, del orden, de la felicidad, y siempre terminan por congeniar. ¿Acaso las democracias anglosajonas no se orientan también hacia una especie de capitalismo de Estado? Esas diferentes etiquetas recubren la misma mercancía —el absolutismo de la Producción, la dictadura del Lucro—, una civilización utilitaria y naturalista. Ese mundo que tontamente es calificado como moderno, como si el hecho de existir hoy en día fuera para él una justificación suficiente, dispone de medios enormes, y principalmente de una propaganda cuyos poder, eficacia, universalidad no se pueden comparar con nada que el hombre haya visto hasta ahora —ni siquiera imaginado—. Soñar con oponerse a él con los mismos medios sería tan vano como pretender detener una carga de tanques con palas y picos. De hecho, mañana lo veremos controlar por medio de la radio, la prensa, el cine, la instrucción oficial, todos los medios de expresión del pensamiento. Ya no se trata de oponerse a él, sino de ceder ante sus principios y sus métodos. Se trata de conquistarlo. Nuestros padres no se opusieron al Imperio Romano, lo conquistaron.

¿Se refiere a una conquista espiritual?

Evidentemente no pienso en una conquista por medio de las divisiones blindadas^[7]. Pero tampoco creo que la vocación de todos los cristianos sea la de consagrarse únicamente a la oración como el único medio eficaz de acelerar el advenimiento del Reino de Dios. Y, por cierto, en la antigua cristiandad, los verdaderos contemplativos tenían ellos mismos cargas sociales considerables. Repito que no se trata de mejorar, sino de transformar. El error de los cristianos, desde hace dos siglos, fue el de creer que el cristianismo había definitivamente ganado la partida, que la existencia de la Iglesia hacía imposible el regreso del paganismo, bajo una forma u otra; que la Iglesia sólo tenía frente a ella a sus hijos rebeldes o pervertidos, pero que seguían siendo cristianos hasta la médula. Durante siglos, la mera moral estuvo tan profundamente impregnada del espíritu cristiano que hubiera parecido imposible que nunca conociera a otro adversario además de a los

libertinos. ¿Quién habría pensado entonces que una nueva moral un día se le opondría, que esa moral formaría conciencias, impondría disciplinas más estrictas que la nuestra y —por una inversión sacrílega y demoniaca del orden divino— tendría sus propios místicos, ascetas y mártires?

¿La victoria de las democracias no le asestará un golpe decisivo?

No lo creo. Hubiéramos podido tener fácilmente razón cuando ella no era más que una construcción del espíritu, un divertimento de filósofos. Pero, dice san Buenaventura, el diablo es el Signo de Dios, él sabe el precio de la sangre del hombre. Las falsas ideas por las cuales sufrimos y morimos adquieren una vitalidad temible. Sólo podríamos contraponerles argumentos e imposiciones, pero otros confesores y otros mártires. Entre esos hombres y esas mujeres que vemos amontonarse cada domingo en las iglesias, o seguir en filas apretadas las procesiones tradicionales, al ritmo de una música militar y con la explosión de petardos, ¿cuánto serían capaces de sufrir por la Verdad como tantos desafortunados sufrieron con Hitler, Mussolini o Franco? Es el decreto de Dios. Pero si supiéramos ese secreto, podríamos predecir exactamente si las adversidades se intensificarán o si llegarán a su fin.

III. Catorce de julio de 1944

El miércoles pasado, al cuarto para las cuatro, mientras estaba sentado en el camión sin ventanas de Barbacena y me preparaba para aguantar pacientemente, como de costumbre, para la expiación de mis pecados, los suplicios combinados del polvo, del aplastamiento y del traqueteo que hacen que ese vehículo extraño sea un instrumento de locomoción así como de santificación, mi querido amigo y colega Francisco Sobral, acompañado del comandante Lelio Graça, me entregaron una carta que sólo pude leer unos kilómetros más adelante, a la altura del Jockey Club. Al enterarme de que usted me quería hacer el honor de ponerle mi nombre a la Sección francesa del Centro de Cultura —¿por qué no se los diría?— mi primera reacción no fue, como debería de haberlo sido, una reacción de modestia, sino de felicidad. Me dije que gracias a su generosa idea, yo dejaría ese recuerdo entre ustedes, la próxima vez —que espero que sea muy próxima— que regrese a mi país para ver el alma de Francia, el genio de la Libertad, surgir de las ruinas de nuestras ciudades, de nuestro suelo purificado por una doble libación —la sangre de los mártires, y también la sangre de los traidores—. Pero esa reacción de felicidad —y tal vez de orgullo, porque parezco un poco un devoto, ustedes lo saben sin duda, y a los devotos se les dificulta el practicar la virtud de la humildad probablemente porque con demasiada frecuencia la predicán a los demás—, esa reacción de felicidad y de orgullo, digo yo, no duró mucho tiempo porque en ese momento el carro atravesaba las vías del tren, frente a la estación de policía, y una maleta me caía encima de la cabeza al mismo tiempo que una señora gorda, una señora muy gorda —gorda bonita— caía sobre mis rodillas. Decidí dejar para más tarde la evaluación del asunto —hasta mi regreso a Barbacena—, cuando en una noche transparente y pura —una verdadera noche de invierno minero— debiera regresar, con el paso tranquilo de mi caballo Oswald, a nuestra casita perdida en la luz de la luna, como una burbuja de aire en un bloque de cristal ...

Señoras y señores, esta meditación nocturna no cambió gran cosa de mi primer sentimiento. Pensé que lo mejor que podía hacer era aceptar con felicidad lo que usted me ofrece de buen corazón. Mi único escrúpulo, se lo voy a confesar tal cual, es que no quisiera esconderle nada a mis amigos. Me parecía un poco comprometedor. Es verdad que siempre tomé claramente —lo más claramente que pude— partido sobre todos los terrenos religiosos o políticos. No convendría que al aceptar que le ponga mi nombre a una iniciativa abierta a todos, a todas las buenas voluntades, yo parezca —muy falsamente, por cierto— que sólo aporte mi testimonio a ciertos aspectos de la cultura francesa. Señoras y señores, no reniego nada de esa cultura; ni como cristiano, ni como francés, no reniego de nada. Puedo elegir entre las ideas y los hombres —hay ideas falsas y hombres despreciables—, pero la cultura francesa no es un conjunto de ideas ni de métodos, un sistema. La cultura francesa es una obra de arte, que los siglos han pulido y vuelto a pulir, en donde las contradicciones primitivas se resolvieron poco a poco, en donde cada cosa terminó por encontrar su lugar, las luces y las sombras. Me disculpo por expresar tan brevemente una idea que es un poco difícil, en una lengua que no es la suya, pero acaso no estamos aquí, ¿cierto?, para intercambiar banalidades fáciles, y la verdad que enuncio me parece indispensable para todos aquellos que aman mi país como él desea ser amado, es decir, que se esfuerzan por comprenderlo. La cultura francesa es ante todo una actitud frente a la vida, o mejor aún, una manera de vivir. La cultura francesa no se enseña, como una ciencia. Es una obra común a todos, una empresa universal a la que cada uno puede aportar lo que posee —una alianza, una amistad, una fraternidad—.

He ahí porqué, Señores, permítanme que lo diga de pasada, debemos congratularnos de que el incipiente futuro de su obra no se le confíe a un viejo, ni incluso a un joven doctor —los más jóvenes no siempre son los menos pretenciosos—, sino a una jovencita capaz de ofrecer cierto encanto a la misma erudición, una joven francesa llena de entusiasmo, con buen criterio y juicio. Este homenaje que se le hace a aquella que representa tan bien la causa que nos vamos a esforzar por servir, no es un simple homenaje de cortesía banal. Me permite volver una vez más sobre una verdad que hace un rato sólo traté superficialmente: Francia no sólo está en los libros, no hay que buscarla solamente en los libros, está en los hombres, en las obras que salieron de las manos de los hombres, y las más humildes en apariencia no son las menos valiosas —quiero decir las obras de los hombres, salidas de sus manos, de las manos obreras y campesinas—. Señoras y señores, cuando

ustedes piensan en Francia, por si nunca se habían dado cuenta, no piensen antes que nada en sus bibliotecas ni en sus museos, sino en sus bellos caminos repletos de sombras; en sus ríos tranquilos; en sus pueblos floridos; en sus viejas iglesias rurales, de hace seis o siete centenarios; en sus ciudades ilustres, todas rebosantes de historia, pero de una acogida simple y discreta; en nuestros viejos palacios contruidos muy cerca del piso, en tan perfecta armonía con el horizonte que un estadounidense que está acostumbrado a los rascacielos de su país probablemente pasaría cerca de ellos sin verlos. Y cuando piensen en nuestra literatura, también piensen en ella como en una especie de paisaje bastante parecido al que acabo de describir, también familiar, también accesible a todos, porque nuestras más grandes obras también son las más cercanas a la experiencia y al corazón de los hombres, a sus gozos y sus penas. Precisamente porque los siglos nos enraizaron tan profundamente a nuestro suelo, nuestra tierra, es que podemos contraponer la tiranía a un frente invencible. La libertad no es para nosotros una abstracción, una imagen grecorromana, un recuerdo de secundaria. Nuestra libertad es una realidad viva y permanente que nuestros padres vieron con sus propios ojos, tocaron con sus propias manos, amaron con sus propios corazones, regaron con su sudor y su sangre. Nuestros campos, nuestras ciudades, nuestros palacios, nuestras catedrales no son el símbolo de nuestra libertad, sino nuestra libertad misma, la libertad de la que sólo debemos rendirle cuentas a Dios, que sólo le entregaremos a Dios.

Señoras y señores, hace un rato dije que la cultura francesa era una manera de vivir, incluso podría decir con mayor precisión que es una manera de amar. Y, antes que nada, de amar la vida. Quien se acerque a nosotros, a nuestra civilización, a nuestra historia, primero debe, junto con nosotros, rendirle homenaje a la vida, amar la vida. Incluso fundamos nuestro cristianismo en el amor a la vida, mientras que la triste y violenta España, completamente impregnada de semitismo, ama fundar el suyo en la muerte. Por ello, somos el pueblo más cristiano de la tierra, quiero decirlo lo más espontáneamente posible, lo más naturalmente cristiano. Incluso aquellos de entre nosotros que no creen que Dios se haya convertido en hombre, que la Verdad eterna pueda ser amada en un alma y en un cuerpo, que la Vida y la Verdad son una misma, en una de las Personas divinas —*via, veritas y vita*—, piensan y sienten como si lo creyeran. Amamos la vida. Creemos en ella. Sabemos que ella no nos mintió, que no romperá sus promesas. ¡Ah! Señores, si millones de hombres se arrojaron hacia la subordinación, en la abyecta

seguridad de la subordinación, es porque no aman la vida, porque perdieron la esperanza en la vida.

Pero estén atentos. No le damos a la palabra vida el mismo sentido vago y trágico que le dan los alemanes, cuyas fantasías panteístas siempre tienen, tarde o temprano, un desenlace sangriento. Los alemanes adoran la vida entregándole hombres en sacrificio, al igual que a sus antiguos ídolos. Amamos la vida porque la creó Dios, la creó para los hombres, y no los hombres a ella. A la espera de un día poseerla plenamente, honramos la parte que nos fue dada en este mundo. Pero no la honramos ni la amamos por medio de figuras y símbolos, sino en las manifestaciones temporales: la patria, la provincia, el pueblo en donde nacimos, la tierra extranjera a donde el destino nos llevó —¿qué digo? La casa desconocida en la que dormimos una noche, y que tal vez nunca olvidaremos—. El famoso periodista norteamericano, Waldo Frank —pero si todos los periodistas norteamericanos son famosos— me preguntaba un día cómo podía amar Brasil en dentro del cual casi no había viajado, mientras que él, quien lo había recorrido por todos lados, no se atrevía a jactarse de que lo conocía: «¿Qué quiere?, le dije, me parece que usted está justamente muy alterado. Para amar hay que tomarse el tiempo de amar. Para volverme un poco brasileño, primero me hice minero, traté de echar raíces en algún lado. Usted no podría echar raíces en un ferrocarril».

Señoras y señores, como les decía al principio, se acerca el día en el que, por una temporada más o menos larga, tal vez para siempre, miraré al Corcovado hundirse poco a poco bajo del horizonte. Dejaré Rio sin haber visto el Urca, el Atlántico, ni haber puesto un pie en ese famoso Quitandinha que —aquí entre nosotros— parece, en el majestuoso paisaje de Petrópolis, una gigantesca construcción de cartón, sin duda porque es para el uso de los millonarios de papel. No habré visto el Urca, ni el Atlántico, ni Quitandinha, pero estaré contento de dirigir mi adiós, no a un Brasil un tanto abstracto, el Brasil de los indicadores de los ferrocarriles y de las estadísticas, demasiado vasto para poder reunirlo todo en una misma idea ferviente, sino a esa provincia de Minas en donde viví con mi mujer y mis hijos, a ese pueblo de Minas, y más tiernamente y más fielmente todavía, permítame decirle, a la parte más humilde, la más afligida de ese pueblo. ¿El cristianismo no nos enseña acaso a buscar a Dios en sus pobres? Pues bien, si el pueblo de Minas me ha hecho entender Brasil, son los pobres de Minas los que me hicieron entender al pueblo minero, ¿por qué hoy no les haría un modesto homenaje, el cual, por cierto, no llegará hasta ellos? Porque conozco un poco a los pobres

de Minas. La casa en la que vivo está en la punta del barrio más miserable de Barbacena, lejos de las vías transitables, y completamente repleto de infancia y de miseria. En la medida en que me hago más viejo, es decir, que desde hace mucho tiempo escucho a los imbéciles hablar a diestra y siniestra sobre aquello que nunca aprendieron, creo cada vez más que un país se conoce a través de sus niños y de sus pobres. ¡Lástima! En la Cruz de las Almas no hay niños ricos, las palabras «pobre» y «niño» son sinónimos. Pues bien, lo que primero me dejó anonadado, luego conmovido de admiración, es la resistencia que esos pequeños seres tienen a la miseria, al frío, al hambre. Y el principio de esta resistencia humilde, inflexible a todas las fuerzas de la muerte, no aparece en sus extremidades enjutas, en sus músculos frágiles, sino en esa mirada magnífica, llena de una voluntad de vivir, a la vez humilde y arisca, esa mirada extraña que nunca he visto en ninguno de nuestros niños. Y poco a poco aprendí a encontrar en los padres esa mirada de los niños de Minas. Es cierto, la vida sin duda la ha marchitado y como desgastado. Pero expresa la misma paciencia indómita que la misma muerte no hace ceder, porque esa mirada ya no se desviará de ella, en última instancia no se ha desviado de la vida. Señoras y señores, hace un rato dije que no había visto esa mirada en ninguno de nuestros niños; probablemente es porque nací demasiado tarde. Cuando el pueblo de Francia todavía luchaba en contra de la naturaleza enemiga para conquistar su tierra, construía su grandeza y su historia, los niños de mi país seguramente también tenían esos ojos. Es la mirada de un pueblo que al único al que le deberá su libertad será a sí mismo, un pueblo educado para la libertad, porque no la recibió de nadie, la conquistó día con día, la pagó con su trabajo en las sombras, con sus sacrificios sin nombre, con su paciencia, con su fe, porque pareciera que la arrancó de las entrañas de su tierra natal, de las entrañas de la Patria.

IV. Francia en el mundo del mañana

Noviembre de 1944

Naturalmente no pretendo hablar en nombre de Francia. Tengo la convicción de hablar en nombre de una gran cantidad de franceses. Podemos tener esperanza en el mundo de pasado mañana. No esperamos gran cosa del mundo de mañana. Despreciamos profundamente a aquellos que, a pesar de que no tienen mucha más esperanza que nosotros, profesan públicamente el optimismo, con el pretexto de que no hay que desmoralizar a nadie. ¡Lástima! Podemos mantener viva la esperanza por medio de mentiras, como se mantiene viva la apariencia de una prosperidad económica por medio de la inflación. Pero toda inflación conduce, tarde o temprano, a la quiebra.

El mundo de mañana se parecerá probablemente al del ayer. Para renovarse tendrá que hacer un esfuerzo inmenso y, antes que nada, romper con un sistema de costumbres y de prejuicios que le han, hasta en vísperas de la catástrofe, permitido justificar sus faltas, ahorrándose el sacrificio y la humillación de repararlos antes de que sea demasiado tarde. ¿Un mundo exhausto por una guerra de cinco años es capaz de ese esfuerzo? La Historia nos responde que no. La extenuación de la guerra puede actuar de la misma forma que esas abundantes sangrías gracias a las cuales los alienistas del siglo XVIII intentaban calmar a los lunáticos. Pero el mundo tiene frente a sí problemas tan urgentes por resolver que no podría permitirse una cura de distensión, de apaciguamiento, de readaptación a los apacibles trabajos de la paz. Se tiene que renovar, es decir, crear. Destruir y crear. El simple sentido común nos prohíbe pensar que le podamos exigir algo así a un mundo que no sólo acaba de vivir una aventura monstruosa, desquiciada, sino que otra vez se embarcó en algo en lo que antes se había embarcado de forma inconsciente —o más bien, con la peor de las conciencias—, habiendo hasta el último minuto experimentado todos los subterfugios, todas las mentiras. No creemos que vaya a tener el valor de renovarse. Creemos que hará algo peor que regresar a las viejas mentiras, inventará unas nuevas, disfrazará las anteriores. Interpretará la comedia de la revolución, de una revolución sin riesgos, de una

revolución igualitaria en donde el individuo sufrirá las consecuencias, pero que reforzará todavía más el poder del Estado, porque la causa de la igualdad no es la de la libertad. Interpretará la comedia de la revolución, preparará a una juventud que en realidad sólo pide dejarse convencer, que hablan y se alborotan mucho sin cambiar de lugar, que se definen en lugar de actuar. Francia desconfía del mundo de mañana. No podría esperar que los eventos justifiquen esta desconfianza. El mundo de mañana nos da razones serias para prever que sólo será un compromiso. Una vez que Francia esté implicada en ese compromiso, ya no podrá liberarse, se perderá en ella sin remedio. Esta vez Francia prefiere dejarle a las Democracias el riesgo y la responsabilidad de las soluciones temporales. Francia debe cuidar el futuro. Frente al mundo de mañana, deseo que la actitud de Francia no se preste a ningún equívoco del que los impostores puedan sacar provecho muy fácilmente. Deseo que esta actitud sea una actitud de rechazo.

Ese deseo no expresa ningún pesimismo. Cuidar el futuro no es perder la esperanza en el futuro. El espectáculo más digno de piedad es el de aquella juventud que se jacta de ser optimista porque al haber perdido absolutamente el sentido de la acción, creen que ya hicieron mucho con ya haber dicho lo que querían, y, sobre todo, lo que no querían. Las generaciones que dejaron una huella en la Historia —o más bien, que orientaron la Historia— de ninguna manera llevaron a cabo algún programa. Así es con todas las formas superiores de la acción —es decir, de la creación—, comenzando por la creación artística. Un verdadero novelista que empieza un libro parte a la conquista de lo desconocido, únicamente domina su obra hasta llegar a la última página, se le resiste hasta el final como el toro al que se le dio la estocada que se acuesta a los pies del matador, todo empapado de sangre y de sudor. Las generaciones que hicieron cosas grandes siempre terminaron por hacer cosas en las que no habían pensado en un principio. Desconfío de los ingenuos que toman el mundo por un pizarrón negro sobre el que se escriben fórmulas que en caso de error uno siempre tiene la libertad de borrar con una esponja.

El problema que se plantea hoy en día no es el problema del orden, o al menos este problema está mal planteado. El problema que se plantea es el problema de la libertad. ¿La libertad sobrevivirá a la crisis que el mundo acaba de atravesar? ¿Hará desaparecer poco a poco las leyes, las costumbres? ¿La noción se borrará poco a poco de la memoria de los hombres? Quien plantea el problema de la libertad plantea, efectivamente, el problema del hombre. ¿Cuál es el valor exacto de la materia humana con base en el cual

viviremos mañana nuestras experiencias? ¿Tenemos derecho a razonar como si estuviéramos seguros de que no sufrió ninguna modificación profunda? Millones y millones de hombres en Italia, Alemania, España, Rusia abandonaron, con una especie de entusiasmo religioso, de delirio sagrado, su libertad —no me refiero a esa libertad inferior que es, por ejemplo, el derecho de disponer libremente de su tiempo—, sino de la libertad de juzgar, de pensar, ciegamente como el maestro adorado que juzgaba y pensaba por ellos. ¿Sí o no, millones de hombres murieron heroica, felizmente para conservar hasta el final el derecho a delegar su libre albedrío a un Jefe, de delegárselo sin reservas y sin retorno, de sólo ser una voluntad que se extiende, un brazo que golpea al servicio de un Partido? Los imbéciles parecen creer que ese fenómeno tiene un carácter superficial, que la propaganda y la pedagogía tendrán fácilmente razón de sus consecuencias. Pero los millones de hombres de los que acabo de hablar no actuaban así por ignorancia, para nada necesitaban que se les enseñara lo que era la libertad. Todos pertenecían a viejas cristiandades históricas, sabían perfectamente —tal vez mucho mejor que un obrero del Señor Ford— el significado exacto de esa palabra. No la despreciaban menos, no se burlaban menos del nombre y de la cosa, repetían entre ellos la palabra atroz de Lenin: «¿La Libertad?, ¿quién la necesita?». Y otros millones de hombres a lo largo del mundo las aprobaban y las envidiaban —abiertamente o en secreto—. ¿Hasta qué punto la idea de libertad fue distorsionada en las conciencias? Porque el fenómeno que acabamos de analizar ciertamente tiene causas lejanas. Remitámonos aproximadamente a 1900, ningún hombre sobre cien mil se hubiera atrevido a prever ese fenómeno, o solamente imaginarlo. Sin embargo, ya se avecinaba. Mientras que todos los intelectuales del mundo celebraban el triunfo final, irrevocable de la Democracia, el prestigio de la libertad se degradaba lentamente, a nuestras espaldas. La idea de Democracia se propagaba cada vez más en el mundo, hasta el punto de imperar en las mentes casi sin ponerse en entredicho, ¿pero la idea de libertad necesariamente es solidaria a la idea de Democracia? La Verdad es que la idea de democracia desde hace mucho tiempo no evocaba más que un ideal igualitario de reformas sociales destinadas a asegurar la comodidad de las masas, bajo la creciente tutela del estado. Por más que esas masas siguieran hablando por costumbre de la libertad de pensamiento, su libertad de pensamiento ya no estaba, desde hacía mucho tiempo, directamente amenazada, no le atribuían un valor considerable, el valor que le hubieran atribuido, por ejemplo, en tiempos de la Inquisición. ¡Mucho mejor! Le rendían culto a la Ciencia, al Progreso.

Pudieron opinar contra la Iglesia, pero ¿cómo se hubieran atrevido a opinar en contra de la Ciencia, rechazar su voluntad al Progreso, expresión popular del Determinismo universal? Vimos a esa religión, la Ciencia, nacer y propagarse entre las masas populares. Primero parecía que su único enemigo era la superstición. Pero no previmos que al arruinar indistintamente no sólo las supersticiones, sino también las creencias, la Ciencia terminaría por destruir una creencia esencial, indispensable en la que se funda la idea de libertad: la fe del hombre en sí mismo. Mientras exaltaba a la Humanidad, humillaba, cada vez aplastaba un poco más al hombre frente a la naturaleza, elevaba a la Humanidad hasta las alturas desde las cuales arrojaba al hombre, el mono superior en proceso de evolución, sacrificaba el hombre a la Humanidad, como el Totalitarismo sacrifica el Estado a la Nación. El culto a la Humanidad, que sustituyó a esa Religión del Hombre cuya máxima expresión es el Cristianismo que nos diviniza —quiero decir que nos diviniza a cada uno de nosotros, que hace que cada uno de nosotros participe en la Divinidad, que da a cada uno de nosotros, al más humilde de entre nosotros, un precio infinito, digno de la sangre divina— el sacrificio del Hombre a la Humanidad, de la Humanidad al Progreso, para llegar ridículamente hasta el sacrificio del mismo progreso a la dictadura de la Economía, ése es el crimen que siempre estará vinculado a la palabra Democracia, forma burguesa de la Revolución. *El Contrato Social* de Rousseau expresa muy bien el sentimiento, o al menos el complejo de sentimientos exaltados que arrojó al antiguo Régimen a la Revolución, no como el abismo donde debía hundirse, sino como la cúspide que no había dejado de tratar de alcanzar. La independencia del individuo de cara al Estado se llevó hasta la paradoja, y la desconfianza hacia la Sociedad tomó el carácter de una condena —el hombre nace bueno, la sociedad lo deprava—, pero incluso para Robespierre ya no sólo es cuestión de Estado, de Nación y de un Ser supremo que sirve de garantía metafísica a la Nación, al Estado. De ser popular, la Revolución se había convertido en burguesa. Porque la burguesía siempre vinculó su destino al del Estado, un poco en ese mismo espíritu en el que la Sociedad de Jesús vinculó el suyo al poder, cada día más vasto, de la Autoridad Pontifical. Algunos años después de 1789, ¿no vimos a esa burguesía colaborar, con Napoleón, en la más furiosa tentativa de centralización que habíamos visto desde los tiempos lejanos de los Antonino y de los Severo^[8]?

A veces me reprochan que no sea demócrata. No soy demócrata ni antidemócrata. Solamente considero que esa palabra demócrata ya no ofrece nada claro ni satisfactorio para el espíritu. Todo el mundo ha podido, y puede,

decirse demócrata, incluyendo al *Führer* y a Mussolini. Los demócratas anti-totalitarios son evidentemente personas muy simpáticas. Por desgracia, se rehúsan a ver la democracia en los hechos, es decir, en su desarrollo real. Se rehúsan a verla en la Historia. Para retomar una comparación ya hecha, supongamos que un habitante de Sirius haya podido observar la evolución general de Europa y de América hasta la guerra de 1914; al imaginarlo más objetivo que nosotros, más extranjero que nuestras pasiones, o mejor dicho, dotado de una clarividencia sobrehumana, angelical, el vocabulario pacifista y humanitario de los hombres de 1900 no lo habría engañado. El vocabulario democrático seguía siendo el vocabulario individualista de la Declaración de los Derechos, pero desde hace mucho tiempo la Democracia ya no estaba de acuerdo con su vocabulario. En 1910, los impostores intelectuales hablaban la lengua de Rousseau mientras que la Legislación reforzaba en todos lados el poder del Estado. Si le hubiéramos hecho al habitante de Sirius la pregunta siguiente: «¿Europa y América evolucionan hacia la Democracia?», el hombre de Sirius habría podido responder: «No sé bien todavía lo que usted comprende exactamente por democracia, pero si me acojo a lo que veo, a lo que ustedes verán pronto, diría que el mundo evoluciona rápidamente hacia las guerras económicas y militares, tan inexpiables la una como la otra, hacia un Nacionalismo atroz a nombre del cual los gobiernos favorecerán abiertamente la traición de la Ciencia para con el hombre, la insurrección de la Maquinaria contra la humanidad».

Repito que lo que distorsiona o esteriliza cualquier discusión entre los hombres de buena voluntad es el equívoco entre la palabra democracia y la palabra libertad. Creemos que es indispensable advertir a las jóvenes generaciones sobre un malentendido que en pocos años les costará todavía ríos de sangre. Respeto profundamente la imagen que se forma en ellos mismos cuando pronuncian esa palabra mágica. Esta imagen, absolutamente diferente de la realidad, a mis ojos es una herencia sagrada, porque es por esta imagen de justicia, de fraternidad, que millones de hombres sacrificaron sus nobles vidas. No obstante, me permito preguntarles de buena fe a los jóvenes: «¿Las experiencias de esos treinta últimos años les permiten conservar sobre un asunto como este, las ilusiones del obrero parisino de las barricadas de 1830 o de 1848?». A pesar de los progresos de la industria, la Francia de 1830 todavía era un gran país agrícola. Contrario a Inglaterra, los bienes y la propiedad estaban extremadamente divididos —Balzac denunció en una de sus famosas novelas el peligro de esta división excesiva—. Los partidos políticos estaban organizados de una forma rudimentaria, la prensa todavía

estaba en la infancia, el periódico era una empresa la más de las veces desinteresada que disponía de un capital mínimo, al alcance de cualquiera. En un medio como ése, la democracia hubiera podido ejercerse patriarcalmente, en familia —no en las oficinas de las Compañías anónimas, de los monopolios, sino en la plaza del pueblo, en el café, en el taller—, por un pueblo que la civilización capitalista no había arrastrado en su carrera desesperada, alucinante y que aún tenía oportunidades. ¡Lástima! Incluso hoy en día, la palabra democracia continúa significando para los ingenuos el gobierno ideal de la «gente sencilla». Esos ingenuos no parecen darse cuenta de que la existencia de la democracia de sus sueños en un mundo como éste no es menos inconcebible que la existencia de un ejército del siglo XVI en la guerra moderna, que, de igual forma, resulta tan ridículo para ellos el esperar instaurar la verdadera democracia como lo es para mí el esperar la restauración de la Monarquía de San Luis. Cualquier hombre dotado con un mínimo de sentido histórico debería comprender que la mística democrática sólo sobrevive bien cuando está absolutamente aislada del hecho democrático que debería corresponderle, así como el alma separada del cuerpo. Cuando hablamos así, nos oímos contraponiendo definiciones reconfortantes: «La Democracia será esto, la Democracia será aquello, Churchill dijo, Roosevelt afirma». —¡Qué nos importan las definiciones!—. Un idiota debería comprender que el sufragio universal se debe convertir rápidamente, bajo un Régimen Capitalista, en un monopolio como los demás, y en un Régimen Socialista con tendencias totalitarias, en un instrumento de poder al servicio del Estado —que esto era, de hecho, en Alemania—. Porque es el plebiscito el que hizo a Hitler, Hitler salió de las entrañas del pueblo, los pueblos también hacen monstruos, incluso sólo ellos, sin duda, son capaces de hacerlos. ¿Me permitirá que haga una observación sobre ese tema, incluso si corre el riesgo de que nadie la entienda? La igualdad proletariza a los pueblos, los pueblos se convierten masas, y las masas siempre se entregarán a los tiranos, porque el tirano es precisamente la expresión de la masa, su sublimación. No se hace una sociedad con masas, y sin una verdadera sociedad, no hay libertad organizada. Si quieren ser libres, comiencen entonces por rehacer una sociedad, ¡imbéciles!

Amigos muy queridos me habían pedido algunas páginas para sus cuadernos. Se las doy. Nunca pensé proporcionarles un programa, me basta con denunciarles una cierta cantidad de fraudes. Sin importar bajo qué nombre se presente, ninguna experiencia de salvación es posible por tanto tiempo que pretendamos pasar, gracias a un sistema cualquiera, de leyes o de

reglamentos, del estado presente del mundo a un estado de seguridad o incluso de comodidad. Una esperanza de ese tipo es absurda. Podemos, evidentemente, encontrar la fórmula para alguna solución provisional, pero aquellos que vengan detrás en ese caso pagarán muy caro nuestro egoísmo y nuestra cobardía, maldecirán justamente nuestra memoria. Si no nos sentimos capaces de ese crimen contra el futuro, tenemos que comprender desde ahora que nuestra generación, y muchas otras probablemente, deberán sacrificarse por hacer el trabajo de restauración necesario, que ese sacrificio les será pedido, completo, es decir, que deberá hacerse en la duda, la angustia, porque las nuevas vías que vamos a tener que abrir cueste lo que cueste no nos ofrecerán ningún punto de referencia certero. Cuando escribo la palabra restauración, pienso primero evidentemente en la restauración de los valores espirituales. Pero el mismo razonamiento sería perfectamente válido en lo que concierne a la restauración de los valores materiales. Un norteamericano eminente se lamentaba frente a mí de la actitud de la inmensa mayoría de sus conciudadanos que en este momento únicamente se hacen una sola pregunta: cuál de los dos candidatos, Dewey o Roosevelt, es más capaz de mantener los salarios altos. Ninguna política podría mantener definitivamente los salarios altos, pero los electores no quieren admitirlo. Se rebelan contra la perspectiva de una crisis dolorosa que salvará el futuro a expensas del presente, es decir, a sus expensas.

El mundo realista moderno en su espantosa codicia, en su cruel orgullo, no sólo corrompió las tradiciones, las instituciones, las leyes, sino también corrompió a los hombres. Para rehacer una sociedad digna de ese nombre, hay que rehacer a los hombres. Queridos amigos católicos que me leen, tal vez se dicen que esa labor nos concierne, y yo les digo que nos hemos vuelto incapaces de hacer esa tarea. Nos sentimos vivos entre tantos desgraciados que ya parecen muertos, y es verdad que estamos vivos, si vivir es tan sólo seguir respirando. Pero tendríamos que estar dos veces, dos veces más vivos, para que tuviéramos inmensas disponibilidades de vida —no obstante, vivimos sobre un pequeño capital de vida—, no podríamos distraernos demasiado por nuestros hermanos sin riesgo a perder el aliento. Dios mío, hablando así, ¡no espero convencer a nadie a quien le humille esta verdad, ni a quienes la rechacen! Nada es más fácil que convencerse a sí mismo de que se está vivo, muy vivo, basta con gesticular mucho, hablar mucho, intercambiar ideas como se intercambian centavos, una idea llamando a la otra, como las imágenes en el transcurso de los sueños. ¡Lástima! Desde que nos examinamos un poco descubrimos muy fácilmente en uno mismo esas

fuentes de energía corrompida, estéril. Un artista las conoce mejor que cualquier otro porque todo el trabajo de creación es precisamente expulsarlas, dominarlas, de callar cueste lo que cueste ese ronroneo monótono. Cuando soñamos con el enorme, el material colosal que la prensa, la radio, el libro ponen a disposición de cualquiera, empezamos a darnos cuenta que el cerebro del hombre moderno, en cuanto que su actividad ya no se ejerce en el círculo estrecho de la especialidad, de la profesión, sino trabaja sumamente poco, y en una cantidad muy pequeña de eslogans.

Católicos, no basta con exaltar la verdad, más bien convendría saber el valor de lo que vamos a poner a su servicio. Sé perfectamente que todo lo que escribo acerca de la disminución o —por así decirlo— acerca de la desvalorización del hombre moderno exaspera a algunos de nuestros lectores. ¿Qué importa? Solamente estaría equivocado si al proclamar esta desvalorización de los demás, me rehusara a crearme yo mismo desvalorizado. No es así. Sé que no me escapo a la desvalorización general, en mi juventud, conocí muy bien al hombre de la antigua Francia, de la antigua Europa, para hacerme ilusiones a este respecto. Que la superioridad que tienen esos hombres sobre nosotros, no en inteligencia, desde luego, sino en carácter, o al menos en «vitalidad», venga solamente de las costumbres, de las usanzas, de los hábitos —es decir, del clima moral y mental en el que fueron educados— ¿qué importa? En 1914, ya tenía veintiséis años. Viví, por tanto, más de medio siglo en un mundo en el que, por no hablar de ese detalle, el uso del pasaporte sólo existía en dos países subdesarrollados, Rusia y Turquía. En el resto de los lugares, en Europa, como de uno u otro lado del Atlántico, ningún policía, sin una razón de máxima gravedad, y sin estar equipado de las autorizaciones necesarias, se hubiera atrevido a pedirle sus papeles a un pasajero decente —rico o pobre— quien, por cierto, habría considerado esta curiosidad como un ultraje insoportable a su dignidad. Es evidente que ningún muchacho, aunque esté entrenado desde su infancia para probarles dócilmente, varias veces al día, a funcionarios, a menudo un poco amables, que no es un asesino ni un ladrón ni un espía —en fin, a quien le parece perfectamente natural que nunca crean en su palabra— finalmente tan sólo puede tener una mentalidad un poco diferente a la de alguno de los asalariados de esas cárceles ultramodernas —como nos muestra el cine norteamericano— y que me parece que son la imagen perfecta de la sociedad futura.

Ese ejemplo nos puede parecer frívolo. Aquellos que piensan así demuestran simplemente su incompreensión del problema. El amor humano —

el amor de un ser por otro ser— se mide también a partir de ciertos detalles, de ciertos matices de actitudes que el lenguaje de los amantes llama «atenciones». Cuando en un país, el más modesto de los ciudadanos se rebela instintivamente contra cualquier intrusión en su vida privada, eso es un signo mil veces más satisfactorio que cien mil discursos, conferencias o informes sobre la protección de las libertades indispensables. Cuando, aproximadamente en 1905, se habló en Francia, por primera vez, del impuesto sobre la renta, muchos observadores consideraron que era completamente imposible hacer que los franceses aceptaran la intervención de la Administración encargada de controlar su cuenta bancaria o sus beneficios comerciales. Pero, desde entonces, hemos recorrido un largo camino... Muy pronto nos parecerá perfectamente normal ver que se elimine el secreto profesional de los médicos, a fin de permitir al Estado, como en Alemania o en Rusia, la esterilización los transmisores de discapacidades o de enfermedades hereditarias. La guerra probó, prueba cada día, la espeluznante docilidad del público frente a cualquier reglamento o restricción. Cuando esa docilidad se convierta en la regla —tanto en la paz como en la guerra—, ¿de qué sirve discutir acerca de los fundamentos jurídicos de la libertad?

¿De qué sirve empezar a torturarse para encontrar el método de las nuevas instituciones liberales? No se trata de construir con mucho esfuerzo instituciones liberales, se trata de tener todavía hombres libres para poner dentro.

El mundo no se organiza para la paz. Se organiza para nuevas guerras. Y he escrito eso textualmente en un libro publicado en 1930, *El gran miedo de los biempensantes*. Ese mundo se organiza para nuevas guerras, porque se siente incapaz de organizarse para la paz, de organizar la paz. Hasta el punto de la angustia universal en donde nos encontramos, una verdadera paz le exigiría a las naciones victoriosas una clarividencia, una audacia, una generosidad de las cuales no se sienten capaces. ¿Quién de entre nosotros se atrevería todavía a hablar sin reírse de la Carta del Atlántico? El cinismo de los gobiernos se extiende ahora a plena luz del día, los que amenazan chasquean el látigo, los que tiemblan no tienen ninguna preocupación por esconder su estremecimiento. Ponían una excusa ante a los amigos que traicionan, casi lo convertiría en un mérito. El mundo no se organiza para la paz, porque no se organiza para la libertad. Cada paso dado en contra de la libertad, es un paso para la guerra.

Francia no mira ese mundo como a un enemigo al que hay que combatir, sino como a un socio un poco leal con el que es peligroso colaborar salvo

cuando sea absolutamente indispensable para el bien común. Mi país no tiene ni ejército ni navíos, con excepción de uno sólo, sus puertas magníficas están recubiertas por las olas, muchas de sus ciudades son cenizas, sus calles se derrumbaron, sus vías férreas están destruidas. No podría entonces actuar para él e imponerle a quien sea su concepción tradicional de vida, pero no debe dejarse comprometer en la enorme impostura que se prepara. Debemos resignarnos valientemente a que ese rechazo sea mal comprendido y nuestras intenciones calumniadas, incluso tal vez por amigos sinceros. Tarde o temprano sabremos qué servicio le habremos, en cambio, prestado al mundo. Francia no tiene ningún medio, lo repito, para repeler una paz que no es compatible ni con su razón ni con su conciencia, pero al menos siempre puede rechazar su testimonio y su respaldo. Entre aquellos que me leen, sin duda más de uno dirá: «Por muy mediocre que sea, ¿por qué no congeniaríamos todos para dejar esa paz, como se dicen en el lenguaje de los deportes, probar su suerte?...», pero no es a la paz a la que ustedes le darían una oportunidad, sino a las ideas equivocadas, a una cierta concepción absolutamente equivocada del orden en la Paz, que precisamente acaba de dejar a la civilización en el caos. Esas ideas equivocadas disponen de todo el poder material. Razón de más para que les contraponamos lo que nos quede, una pequeña cantidad de ideas justas, humanas, por medio de las cuales esperamos todavía salvarnos, pero a las que nos rehusamos a sobrevivir.

V. La revolución de la libertad

Diciembre de 1944

(... Hace veinte años, el burguesito francés se negaba a dejarse tomar las huellas digitales, formalidad que hasta entonces estaba reservada a los convictos. ¡Oh!, sí, ya sé que usted dice que ésas son bagatelas). Pero el hombre de mi país, el hombre de la antigua Francia, a esas bagatelas les concedía una importancia enorme. Cada ciudadano, cada corporación, cada estado, cada cofradía, cada ciudad y casi cada pueblo tenía sus privilegios y los mantenía costara lo que costara. Durante siglos ningún agente de policía habría atravesado el umbral inviolable de la Universidad de París sin ser masacrado por los estudiantes. La abadía de Saint-Germain-des-Prés, como muchas otras, gozaba del derecho de asilo. Los inmensos terrenos que poseía a orillas del Sena se habían convertido en escondite para los malandrines. El abad les propuso embarcarlos para América, con los gastos por su cuenta, con un pequeño peculio. Dieciocho se rehusaron y para ellos se exigió una carta de perdón del rey. El hombre de la antigua Francia, querido lector, fácilmente le parecerá hoy en día un anarquista. Lo que usted llama desorden, él lo llamaría orden. Soy hombre de la antigua Francia, las Democracias estandarizadas me hacen reír. En el siglo XVIII, la opinión pública se sublevó contra la forma tradicional de reclutar por la fuerza, en los puertos, en caso de necesidad, a cierta cantidad de jóvenes marineros. También acusaba a los artilleros de invitar, con una generosidad excesiva, los tragos a los muchachos a quienes solicitaban la firma que los convertiría, por seis años, en soldados del rey... Hoy la excepción se volvió la regla, la Democracia moviliza todo, a los hombres, a las mujeres, a los niños, a los animales y a las máquinas, sin ni siquiera pedirnos que brindemos a su salud. Soy hombre de la antigua Francia, tengo la libertad en la sangre. Me dirá que la antigua Francia no fue blanda con los judíos. No apruebo esas injusticias, pero hay que entenderlas. Los judíos siempre han sido precursores. Desde el undécimo siglo procuraron constituir por todos los medios posibles, en el interior de la Ciudad Cristiana, una Sociedad Capitalista. Los hombres de la antigua Francia le pedían

prestado al judío. Al cabo de algunos años, sus tierras, sus animales, sus casas, que se habían transformado en oro debido a la temible alquimia de la usura, habían terminado por amontonarse en las bodegas de la Comunidad judía, del gueto. Cuando nuestros abuelos sólo poseían una camisa, se acordaban de repente —un poco demasiado, lo reconozco— de que los judíos habían crucificado a Nuestro Señor, e iban a saquear la bodega del judío. Difícilmente los habríamos convencido de morir de hambre frente a la puerta de esa bodega con el objetivo de rendir homenaje, con su sacrificio voluntario, al sacrosanto príncipe de la Propiedad, el único dios de la civilización moderna.

La antigua Francia tampoco era blanda con los herejes; pero con nosotros nunca pasó lo que pasó en España. Nuestras guerras de religión fueron guerras civiles, guerras de partidos. La prueba de que la antigua Francia no odiaba a los herejes es que amó con locura a Enrique VI por haber, precisamente, reconciliado a todo el mundo, sin darle la razón ni a la alta nobleza protestante pagada por Alemania o Inglaterra, ni al partido clerical subvencionado por España, como ayer lo fue por Mussolini y Franco. En esa época, por cierto, la Iglesia era la única fuerza capaz de ejercer un contrapeso al Estado, a los nobles, a los ricos. Los pobres diablos, que eran varios entre los clérigos, se sentían halagados de que un señor tuviera que ceder el paso a un simple monje, y se daban prisa para llegar a los sermones terriblemente demagógicos de los monjes mendicantes, como en la actualidad sucede en los mítines de los obreros. Toda esa gente comprendía que lo que había perdido la Iglesia ellos no lo habían ganado, y veían muy atinadamente en el Evangelio los estatutos de los miserables. A lo largo de una conversación como ésta, no quisiera escribir nada que recuerde a las frases rituales sobre este tema de los escritores católicos, no quiero aburrir a nadie. Que sólo se me permita decir que lo que la Iglesia fue ayer, tal vez vuelva a serlo mañana.

Mientras escribo estas líneas, algunos cientos de hombres cuyos nombres el público ignora, pero cuyo poder casi no tiene límites, reunidos en grupos en suntuosas oficinas estándar, discuten entre ellos los recursos que cada nación tiene de hierro, de cobre, de manganeso, de fosfatos, de petróleo, y se creen capaces de tener la última palabra para determinar, apoyados en sus estadísticas, el destino del género humano. Yo también tengo derecho a establecer estadísticas. ¿Me pregunto en qué país se encuentran, si acaso no la mayoría de los hombres libres, al menos la mayoría de los hombres hereditaria y tradicionalmente apegados no a la idea vaga, teórica o jurídica de la libertad —como un filósofo deísta al concepto del Ser Supremo

inaccesible e incognoscible—, sino a sus libertades, a sus derechos, por más humildes que los imaginemos, a sus derechos, a su dignidad! Porque para que un hombre pueda decirse libre, por supuesto que importa que para él la Libertad se haya convertido en una cuestión de honor. Un hombre de honor puede prescindir del radio, del cine, del automóvil, del refrigerador, pero no puede prescindir del honor. Se rehúsa a ceder el más mínimo ápice de su honor, es decir, de sus libertades legítimas. Un hombre de honor puede morir perfectamente por una cuestión de honor —por una razón que en apariencia es fútil—. Sólo es fútil para los imbéciles. Un imbécil, en efecto, es el único capaz de preguntarse seriamente si el simple gesto, apenas esbozado, de una bofetada debe considerarse menos insultante que una patada en el trasero. Cuando se comprende eso, se está menos tentado a reírse del valiente burgués francés que se rehúsa a que le tomen sus huellas digitales. Él tenía perfectamente el derecho de preguntarse si se detendrían ahí o si no terminarían por estamparle con un hierro candente un número en el muslo con el fin de facilitar el trabajo de los funcionarios. Y, de hecho, las razones por las que la primera medida se justifica también servirían para la segunda. Servirían para muchas más, servirían casi al infinito. El error común es decirse, en cada nueva restricción: «Después de todo, solamente me piden una libertad. ¡Cuando se atrevan a exigir mi libertad completa, protestaré con indignación!». Así pues, hay mujeres que se sienten a salvo cerca de un hombre porque todavía no les ha pedido abiertamente que se acuesten con él. Nunca se los pedirá. Ellas se acostarán con él mucho antes de que se los haya pedido.

Hay una religión de la Libertad, hay una religión del Honor, hay una religión del Hombre. En los mejores días de su historia, nuestro pueblo nunca quiso hacer una distinción entre ellas. Es en nombre del honor, y no del interés, de la seguridad, del bienestar; es en nombre de la dignidad intransmisible e incomprensible del hombre frente al Estado, que exige la libertad. ¿No es una impostura extraña pretender poner al servicio de todas las concepciones inspiradas por el determinismo una revolución cuyo padrino fue Rousseau? «El hombre es libre, la sociedad lo corrompe»; me pregunto qué puede sacar de eso, para su causa, la gente que legisla, reglamenta desde la mañana hasta la noche, con el pretexto —no siempre manifiesto, pero sí evidente, pero sí seguro— de defender su sistema en contra de su peor enemigo, del individuo, del hombre solo, del animal temible de reacciones imprevisibles al que sólo consideran manejable, como los toros de Andalucía, cuando forma parte de un rebaño. «El hombre es bueno, la sociedad lo

corrompe». Reconozco el error, pero ella es generosa, ella es noble. Desde hace ciento cincuenta años, los escritores católicos la apabullan con sarcasmos, y ella hace rabiar a Maurras^[9]. Es triste que los católicos muy a menudo prefieran un pesimismo estéril que no está lejos de convertir al hombre, con Taine, en un animal malvado e incorregible. Les parece que esa concepción más o menos coincide con el dogma del pecado original. Al jactarse de su creencia en el pecado original, los instan a cometer errores mil veces peores que el optimismo de Rousseau, no los asocian a ilusiones, sino a crímenes. Sin embargo, saben muy bien que en el hombre existe un principio de pecado, la gracia les da los medios para superarse a sí mismos. ¡No importa! Ya no quieren que esperemos, como nuestros padres, al Reino de Dios en ese mundo, tienen miedo de perder su lugar en él. Dejan que se difame al ser misterioso hecho a la imagen de su Creador, elevado hasta él, hermano de Cristo, Cristo mismo, asociado a la Redención universal. Dejan que lo difamen no por malicia, sin duda, sino por una costumbre arraigada de servilismo hacia los poderes constituidos, para complacer a la gente seria, a los jueces, a los gendarmes, con el temor de que los propietarios los llamen anarquistas... «El hombre es bueno, la sociedad lo corrompe». Me parece que una máxima como ésa tendría perfectamente lugar entre esas ideas que Chesterton llamaba «ideas cristianas que se han vuelto locas». Después de todo, en último término, el hombre fue creado sin malicia, no por la Sociedad que, aunque querida por Dios, es la obra del hombre. Y qué cristiano no reconocería, en esta desconfianza que Rousseau tiene hacia ella, un recuerdo deformado, debilitado, de la maldición que sostiene Jesucristo contra el Mundo, la Sabiduría del Mundo, el realismo del Mundo —«No rezo por el Mundo»—.

Pido disculpas por decir aquí en tan pocas palabras lo que constituiría un libro, pero ¡qué importa! Aquellos que leen estas líneas con indiferencia se quedarían dormidos encima del libro. Nunca he hablado para la gente que, con el pretexto de comprender, me exige que la tranquilice, que la devuelva tranquila a sus hábitos de pensar y de sentir, a sus pantuflas. A aquellos que quieren correr el riesgo de pensar por ellos mismos, no tengo ninguna consigna que ofrecer, trato de abrirles un camino. No soy un filósofo, ni un intelectual, ni un profesor. Soy un hombre como ustedes, como cualquiera de ustedes, pero siento lo que ustedes no sienten, lo que ustedes sufren sin sentir —la inmensa presión ejercida a cada momento, día y noche, sobre todos nosotros, por el conformismo universal, anónimo, que dispone de recursos inagotables, de métodos ingeniosos e implacables para la deformación de los

espíritus—. Esos recursos, esos métodos son, entre las manos de una pequeña cantidad de hombres de dinero sin escrúpulos, mucho más poderosos que los gobiernos, y cuya buena voluntad estúpida sería más preocupante que la malicia. Bajo sus repetidos golpes, veo derrumbarse una después de otra las tradiciones espirituales que son incluso mil veces más valiosas y venerables que la venerable y valiosa abadía de Montecasino. No soy ni profesor ni filósofo, pero si lo fuera, no creería que basta con contraponer algunas definiciones irreprochables a miles de eslóganes maniobrando bien, por orden y arremetiendo juntos como los tanques. Siempre nos burlamos de la gente que se conforma con las palabras. También existe gente que se conforma con las ideas. ¡Qué importa la idea inscrita en un papel frío, o en el cerebro que está casi tan frío como el papel! Es necesario que una idea se encarne en nuestros corazones, que adquiera el movimiento y el calor de la vida. Es un punto de vista con el que todos los cristianos deberían estar familiarizados, si la mayoría no hubiera preferido desde hace mucho tiempo la Letra por encima del Espíritu —el Verbo de Dios se hizo carne—. Cuando la idea de libertad sólo exista en los libros, estará muerta. ¡Oh!, ustedes que me leen, ¡empiecen por el principio, empiecen por no perder la esperanza en la Libertad! El enorme mecanismo de la Sociedad moderna se impone a sus imaginaciones, a sus ánimos, como si su desarrollo inexorable debiera tarde o temprano obligarlos a entregarle lo que no le darán por voluntad propia. El peligro no está en las máquinas; de lo contrario, nosotros deberíamos tener el sueño absurdo de destruirlas por la fuerza, a la manera de los iconoclastas que, al romper las imágenes, se jactaban de aniquilar también las creencias. El peligro no está en la multiplicación de las máquinas, sino en el número creciente de hombres acostumbrados, desde su infancia, a únicamente desear lo que las máquinas pueden dar. El peligro no es que las máquinas los conviertan a ustedes en esclavos, sino que se restrinja indefinidamente su libertad en nombre de las Máquinas, del mantenimiento, del funcionamiento, del perfeccionamiento de la Maquinaria universal. El peligro no es que ustedes terminen por adorar a las Máquinas, sino que sigan ciegamente la Colectividad —dictador, Estado o partido— que posee a las Máquinas, dispone de las Máquinas, les da o rechaza la producción de las Máquinas. No, el peligro no está en las Máquinas, porque no hay otro peligro para el hombre más que el hombre mismo. El peligro está en el hombre que esta civilización se esmera en formar.

El individuo dispone de una pequeña cantidad de medios, cada día más reducida, para resistir a la presión de la masa, como un submarino que se

sumerge a la del agua. Todos los regímenes, a lo largo de la Historia, intentaron formar un tipo de hombre compatible con su sistema, y que presentara, en consecuencia, la mayor uniformidad posible. Es inútil decir una vez más que la civilización moderna dispone, para alcanzar esa meta, de medios enormes, increíbles e incomparables. Está perfectamente en condiciones de llevar poco a poco al ciudadano a trocar sus libertades superiores por la simple garantía de las libertades inferiores: el derecho a la libertad de pensamiento —que se ha vuelto inútil porque parecerá ridículo no pensar como todo el mundo— por el derecho a la radio o al cine cotidiano.

Me disculpo por dar a una idea absolutamente razonable este tono de ironía, esta pizca de humor. Es evidentemente difícil imaginar a un ciudadano de las Democracias que acaba de intercambiar, en la ventanilla del Estado, su libertad de pensamiento por un refrigerador. Las cosas no sucedieron exactamente así, por supuesto. Pero conocemos la tiranía que la costumbre ejerce sobre casi todos los hombres. Vemos hoy en día cómo la especulación explota con una especie de rabia creciente las costumbres del hombre. Ella crea nuevas sin cesar —al mismo tiempo que los juguetitos mecánicos que sus ingenieros mecánicos les proveen, y que lanza incansablemente al mercado—. La mayoría de esas necesidades, constantemente provocadas, sustentadas, excitadas por esa forma abyecta de la Propaganda que se llama la Publicidad, degenera en manía, en vicio. La satisfacción cotidiana de esos vicios siempre llevará el modesto nombre de comodidad, pero la comodidad no será lo que era en el pasado, un embellecimiento de la vida, por lo superfluo, lo superfluo convertido poco a poco en lo indispensable, gracias al contagio del ejemplo en los jóvenes cerebros de cada generación. ¿Cómo quieren que un hombre formado, desde los primeros momentos de su vida consciente, dentro de esos innumbrables sometimientos, asigne un gran valor a su independencia espiritual frente a un sistema precisamente organizado no sólo para darle al más bajo precio esa comodidad, sino incluso para mejorarla sin cesar?

Frente a ese sistema, Francia se niega a abdicar. No por apego al pasado, sino por fidelidad en el futuro, porque cree que ese sistema lleva en sí mismo el principio de su propia destrucción, se destruye a sí mismo sobre la marcha. Las guerras no lo salvarán del fracaso, el fracaso no lo salvará de las guerras. Las guerras se hacen cada vez más instructivas, y su fracaso es permanente —quiero decir que el sistema subsiste gracias a los fracasos, un fracaso compensa al otro—. Nuestro país hizo lo que pudo por él mismo. Perdió su fortuna, que en otro tiempo era la más sana y la más sólida de Europa;

comprometió y perdió su poder militar. Repito que, para una causa que ya está condenada, se niega a comprometer lo que le queda, lo que le devolverá tarde o temprano lo que ha perdido, su magistratura espiritual. El otro día, el intrépido vicepresidente de los Estados Unidos designaba implacablemente al señor Mac McCormick como el típico Maestro del Sistema que acabo de describir, y con el que se quisiera que Francia continuara asociándose. Francia se niega a asociarse con el señor Mac McCormick. Hace mucho tiempo que Francia intenta educadamente hacerse entender por el señor Mac McCormick. Al intentar hacernos comprender por el señor Mac McCormick, corremos el riesgo de terminar por ya no comprendernos a nosotros mismos. El vicepresidente de los Estados Unidos dice del señor Mac McCormick que pone el dinero por encima del hombre. Sería más preciso decir «los Asuntos», porque el señor Mac McCormick debe ser vegetariano como el señor Hitler y la mayoría de los multimillonarios norteamericanos, y es muy posible que personalmente sus necesidades de dinero sean muy modestas. Al sacrificar al Hombre a los Asuntos, el señor Mac McCormick está absolutamente en consonancia con el sistema que parece inmolar al hombre sobre cualquier altar —el del Partido, de la Nación, del Determinismo económico—, pero que en realidad sólo lo sacrifica a él mismo, es decir, a sus innumbrables experiencias. Tenemos suficientes experiencias. El sistema pretende hacer feliz al hombre a pesar de sí mismo. El sistema no hace al hombre, pero le achaca este fracaso al hombre, a la resistencia del hombre, y cada vez le sube un nivel más a su disciplina. Mañana pedirá lo que el Cristianismo no le exige a nadie, lo que solamente aconseja a sus Santos: la obediencia total, la obediencia espontánea, simple y feliz al Maestro. Sabemos lo que Francia perdió ahí, sabemos lo que continúa amenazándola. Para mantener por veinte años a nuestro país en la línea de una política que lógicamente debía llevarlo al sacrificio total, fríamente esperado, lo mantuvimos sistemáticamente en un terror doble, el terror alternado, el del Nazismo y el del Comunismo. La guerra de ninguna manera interrumpió esa maniobra de división y desmenuzamiento. Durante meses fingimos contraponer Laval a Pétain, como antaño Daladier a Blum. Las primeras victorias rusas, cuando todavía no temíamos que decidieran el futuro de la paz, orientaron la política realista hacia nuestra Resistencia nacional. En el periodo de euforia que siguió al desembarco norteamericano, ésta se acercó al Conservadurismo francés considerado —no sin razón, ¡lástima!— capaz de negociar su adhesión a la democracia a costa del interés, o incluso de la integridad nacional. En el momento en que abatió al hombre elegido para ejecutar la operación, el

justiciero del almirante Darlan, el joven y heroico Fernand de la Chapelle, se mereció la Patria; gracias a él, ese cálculo cínico fue momentáneamente frustrado. La ofensiva general rusa, al permitir que se despertaran y utilizaran al máximo los terrores antiguos, bien podría retomarlos mañana.

Es un poco desalentador aparentar anunciar, o incluso predecir, eventos que ya están frente a los ojos de todo el mundo. ¡No importa! Aquellos a quienes desconcierten mis afirmaciones deberían comprender bien que Stalin ya no necesita de las masas obreras revolucionarias de Europa para llevar a cabo su tarea, como en los tiempos en los que no había ejército, ni industria, ni gobierno, y Rusia sólo podía contar con la propaganda marxista. Rusia ahora dispone de todas las realidades tradicionales del poder, un ejército victorioso, una industria que puede sin duda alcanzar tal vez y rebasar un día la industria norteamericana, porque el régimen la puso, de una vez por todas, en un estado de movilización absoluta, total y permanente, no tiene nada de que preocuparse con las huelgas. ¿Por qué Rusia se arriesgaría a crearse competidores capaces de utilizar los mismos métodos de eficiencia radical? ¿Por qué no desearía que en Europa haya, exactamente del mismo modo que en Estados Unidos, gobiernos formados bajo el signo de la reconciliación, es decir, absorbidos por la liquidación general de las responsabilidades de la guerra, el blanqueamiento y la reintegración de los traidores, dictaduras débiles comparables a la de Pétain, más o menos efectivas en el interior, pero absolutamente inofensivas en el exterior, y tributarias, además, de la enorme producción soviética? Por otro lado, ¿quién se atrevería a afirmar que una parte de la opinión inglesa y norteamericana, preocupada por retomar la experiencia fascista, con más garantías, no sueña ya con un bloque de naciones conservadoras, con un bloque latino —el famoso bloque latino del señor Maurras— económica y políticamente controlado? Si la guerra tenía que terminar con una paz de compromiso, lejos de prever una acometida de la anarquía en Europa, simplemente sería más razonable predecir un terrible bloqueo reaccionario.

La moda, en los medios burgueses, es hablar a cada oportunidad, a diestra y siniestra, de Revolución. Pétain se decía a sí mismo revolucionario. El sistema está tan visiblemente gastado que sus reformadores no se atreven a declararse reformistas. Pero la inexperiencia de esa gente buena se refleja en este indicio, que tan pronto la palabra «Revolución» se pronuncia, se cuestionan tristemente entre ellos cuál es el programa de la Revolución. Quieren levantar al pueblo; ojalá que sientan que en el bolsillo interior de su saco hay una especie de plan Beveridge^[10] de quinientas páginas, atiborradas

de fórmulas, gráficas y estadísticas. No parecen soñar por un instante que una Revolución es antes que nada, es en primer lugar, es esencialmente la derrota de las fuerzas contrarrevolucionarias —derrota siempre momentánea, porque sabemos que éstas se reunirán, se reformarán, presentarán de nuevo un frente compacto, en apariencia imposible de romper—. Y es verdad que casi siempre es inabordable, salvo en momentos muy breves, y es en esos momentos en los que se hace la Historia. Una Revolución es antes que nada, es en primer lugar, es esencialmente un momento revolucionario. Si usted no es capaz entonces de arrojarle a la primera grieta abierta, al igual que un animal prisionero que está fuera de su jaula, usted es un reformista, usted no es un revolucionario. Es a los Maestros, a los Poderosos, es a los equipados a los que tiene que ofrecer sus fórmulas, sus gráficas y sus estadísticas, a fin de evitarles precisamente los errores de maniobra.

Si estas últimas líneas lo escandalizan, lance al fuego todas las páginas que acaba de leer, porque no supo leerlas. Únicamente las escribí para denunciarle el inmenso engaño de esta guerra, en caso de que ésta se retrajera ante la rebelión del mundo, por si había caído en la trampa, con la carnada de la libertad, al igual que una rata en la ratonera. O si prefiere otra comparación, desde Múnich vimos cómo crecía el absceso y, por poco tiempo, creímos que iba a reventarse. Pero sólo salió una gota de pus, el cirujano se fue con su bisturí, el médico multiplica los cataplasmas, la hinchazón disminuye poco a poco, la infección se extiende por las venas, y cuando el enfermo haya terminado de reabsorber, con los errores y los crímenes, el inmenso material de producción de la guerra, ya sólo tendrá que estar tranquilamente preparado para una muerte por septicemia.

Soy el único que escribe ciertas verdades, lo sé. Pero me burlo de ser el único en escribirlas, si es que millones de hombres razonables las piensan sin atreverse a escribirlas. Hay millones de hombres que ya no esperan gran cosa de esa guerra, ninguno de esos eventos inesperados, decisivos, fulminantes que ponen todo en entredicho. La única incógnita de esa guerra es, hoy por hoy, la Revolución de los pueblos oprimidos.

Cuando nos preguntan: «¿Qué es esta Revolución que anuncian?», repito por última vez que no deberían esperar a que saquemos un plan de nuestro bolsillo, porque ese plan nosotros lo habremos hecho, y nosotros no somos reformistas. Nosotros no queremos reformar ese sistema, ni siquiera tenemos la intención de destruirlo en el sentido estricto de la palabra, porque un sistema se destruye por sí solo o se fortalece sin cesar por el uso. Estaríamos locos al tratar de destruir ese sistema a cañonazos, puesto que en este

momento está a cargo de la tarea. Para ponerlo decididamente en peligro, tal vez bastaría con una ruptura del equilibrio de la materia viva, la materia humana, pensante y sufriente, de la cual no podrá prescindir, al menos mientras no haya perfeccionado sus robots eléctricos. Nuestra esperanza no es absurda. Piensen por un momento; remítanse a principios de siglo. Los hombres no parecen haber cambiado desde aquella época, y, sin embargo, usted entiende muy bien que el clima moral en el que vivían hacía entonces imposible, o incluso impensable, el surgimiento de las Dictaduras europeas. ¿Esa palabra: «clima moral», lo tranquiliza? ¿Usted dice que sin lugar a dudas un clima moral únicamente podría modificarse usando los métodos pacíficos de la Propaganda? ¡Desengáñese! Los instrumentos de la propaganda ya están fuera de nuestro alcance, fuera del alcance de los hombres libres. La creación de un periódico, suponiendo que ésta fuera todavía posible, mañana costará tan cara como una división de tanques. Pero Dios hoy nos da una oportunidad de ser libres; eso es lo que quiero decir, de lo que quisiera convencerlo.

Es posible que esta guerra ya la hayamos ganado militarmente, pero no todo está dicho en este sentido. Hace veinte años supimos lo que es una guerra ganada en cuatro años por los soldados y perdida en un mes por los Expertos. Una guerra ganada puede perderse incluso antes de que las fosas comunes se hayan enfriado, una guerra puede ser liquidada en seis meses, al mismo tiempo que los sacrificios y las esperanzas de los hombres. Y nosotros que hace años, en esa primavera de 1918 llena de presagios, sentíamos que la guerra había durado mucho tiempo, provocado muchas destrucciones, distorsionado seriamente los cálculos de los espectadores, que había pasado del plan político y militar —donde la moral todavía tiene cabida— al plan económico —donde ya no la tiene—, que las Finanzas universales finalmente llevaban el caso por su cuenta, nos consolamos un poco diciéndonos que los Combatientes decidirían el resultado de la operación, que al menos ésta no se haría sin ellos. Ignorábamos, ¡lástima!, que la Técnica moderna es capaz de desmovilizar a millones de hombres con menos riesgos que ayer, cuando lo hacían con diez regimientos. Nos desmovilizaron por clases, por fracciones de clases, reincorporadas al elemento civil gota a gota, dando vueltas con mucha fuerza para que la mezcla fuera más íntima, exactamente como el aceite en la mayonesa. Pero esta vez se trata de otra desmovilización: la de los pueblos subyugados.

No creo que esa desmovilización sea fácil; espero que ésta sea algo más que un simple problema administrativo, resuelto por los servicios de abastecimiento norteamericano. Lo espero, no porque me guste el desorden,

sino porque veo en ella una oportunidad, la última, para los pueblos, de imponerse un momento a la técnica, y tal vez de orientar la Historia. ¡Oh! ¡No somos demagogos! No pretendemos que la Historia solamente la hagan las masas, el instinto de las masas, sino que nosotros tampoco creemos que ésta deba ser la creación artificial de una pequeña cantidad de intereses todopoderosos, atendidos por los Técnicos. La Italia fascista fue una de esas creaciones. Esta experiencia siniestra terminó, ¿pero quién pagará el precio? ¿Quién pagará el precio de la experiencia española? ¿O de la experiencia alemana, la mayor catástrofe moral de la Historia? Los realistas, incluso los católicos, me objetaron que, dado que el mal ya está hecho, más vale que no se permita que se desate la ira de las masas engañadas y traicionadas. ¿Por qué? Preferimos ese riesgo para el mundo. Ese riesgo depende de la historia, del hombre, de la voluntad de Dios, de la naturaleza de las cosas. Depende del orden del mundo, de la voluntad de Dios, que los pueblos se venguen. ¿Se vengan al azar, dice usted? ¿Quién se lo prueba? ¡Oh! Sin lugar a dudas, la venganza de los pueblos no es un instrumento de precisión. Lo que se espera de una carga de dinamita es que abra un camino. Sí, la evolución actual, en apariencia inevitable, de las sociedades humanas hacia todas las formas de la dictadura, tal vez pueda ser revertida, desviada por el gran mar de fondo que anuncio. Los Fariseos, por más que aparenten temblar ante la idea de las próximas víctimas de ese maremoto, los Fariseos sólo a la guerra admiten el derecho de matar hombres. ¿Pero la misma Revolución les asusta tanto? Revolución, Depuración, palabras que —en la época de las Cruzadas españolas— eran como miel para su boca. Los obispos españoles, quienes —con sólo dos excepciones— claramente se solidarizaron con el Régimen Depurador, con todo gusto me acusaron de tenerle miedo a la sangre. No era la sangre la que me daba miedo; era verla en sus manos.

Lo que acabo de decir para mí tiene una gravedad particular. Muy rara vez hablé de la Resistencia francesa, es lo que siempre pienso. La Resistencia francesa es el hecho misterioso, el hecho sagrado del drama tan oscuro de mi país. Sin embargo, ¡hay que pensarlo bien! No se trata de hacerles coro a los políticos, a los oradores, a los comerciantes de la literatura, que la pintan de colores pretenciosos y vulgares. El drama de la Resistencia es un drama humano, intrínsecamente humano, con sus pequeñeces y sus grandezas, sus contradicciones inevitables. Lo amo y trato de comprenderlo, y no sólo en lo que respecta a lo que se me escapa, sino en lo que queda a mi humilde nivel, a nivel común, o incluso por debajo. El primer homenaje que debemos a sus héroes, a sus mártires, es amarlo tal como es. Ignoro si veo ese drama tal

como es; intentaré mostrárselo tal como lo veo lo más fielmente posible. Aquellos para los que es absolutamente necesario, para conmoverse, describírselo a sí mismos como una explosión del sentimiento nacional que de un solo golpe hizo volar por los aires todos los malentendidos, los prejuicios, los resentimientos y los odios de los viejos tiempos, probablemente corren el riesgo de decepcionarse. Si esta verdad les desagrada, ¡ni modo! Antes que nada, la Resistencia es un movimiento obrero, eso es lo que creo. No podríamos negar sin caer en una injusticia que a gran parte de la élite obrera —exceptuando al sindicalismo cristiano— la formaron las disciplinas comunistas: ¿por qué lo negaríamos? Si la resistencia obrera poco a poco se aglomeró, por decirlo así, o alrededor de ese duro núcleo comunista, ¿de quién es la culpa? Por interminables años, la gente de Derecha, y —me da vergüenza decirlo— la mayoría de esos católicos que llaman eminentes probablemente porque frecuentan a las Eminencias, sólo les hablaron a los obreros sobre docilidad, sumisión, resignación, como si se dirigieran a hermanos conversos y no a hombres responsables de la vida, de la salud, del bienestar de sus mujeres y de sus niños. Conozco bien a esos imbéciles. Drumont y Péguy, mis maestros, también los conocían bien. No tienen ni cabeza ni corazón, pero un día se darán cuenta, lo temo, de que, en ciertos momentos privilegiados de la Historia, es la cabeza la que paga por el corazón, y la que rueda hasta la canasta. En el pasado, su fariseísmo inconsciente por poco sume en la desesperación a un pueblo del cual obtenemos todo cuando le hablamos de esperanza. Ignoro cuál será la terminación de esa guerra, pero vi a la otra terminarse, sé lo que es la descomposición casi instantánea de una guerra fallida, de una paz fallida. En esos días innobles, el comunismo habló de esperanza al pueblo obrero, el comunismo lo salvó de la desesperación. Evidentemente es un hecho deplorable que la propaganda soviética sistemáticamente haya exacerbado el malentendido que en aquel entonces volvía en contra de la idea de patria al odio merecido por los explotadores y los oportunistas del patriotismo, pero habría sido más deplorable todavía que el sindicalismo obrero, sin doctrina y sin contexto, sufriera la suerte de la élite burguesa, se desintegrara como ella. No es la primera vez, no será la última, que Dios saque el bien del mal. Es el marxismo antipatriota y totalitario el que, paradójicamente, mantuvo de esta manera, sin quererlo, la pequeña tropa inflexible de la cual podemos desde ahora decir que fue, por algunos meses al menos, en un país sumergido en la mentira, la esperanza más sólida de la Patria y de la Libertad.

Sí, es una gran alegría para Francia que la Resistencia nacional se haya originado, no en las filas disueltas y dispersas de nuestras élites burguesas — donde, ciertamente, se contaba con franceses irreprochables—, sino en pleno corazón del pueblo obrero. Un ejército en retirada no podría producir gente con un perfil ejecutivo. Y, por cierto, la mística de Pétain, ese complejo semireligioso de culpabilidad, de expiación, esa forma melancólica de la Vergüenza que siguió al bestial alivio del armisticio —*Post coitum animal triste*—, envenenaba a los mejores de entre las personas de la Derecha. No hacía falta que se sospechara que la Resistencia mantenía, por alguna complicidad secreta, a la innoble política dudosa, cuyo viejo militar derrotado, tan visiblemente apto para el oficio de alcahuete, subsanaba en esa época a la insaciable candidez del almirante Leahy, sin tampoco lograr solventarla.

¡Oh! Sin lugar a dudas, no todos los hombres que se opusieron al enemigo del interior y del exterior, un primer frente organizado, estaban sin mancha en lo que respecta a Francia. La propaganda de los pequeños demagogos marxistas —a los cuales Laval representa porque estuvo hasta el final de las transformaciones de la especie, desde el estado de larva hasta el de insecto— los había apartado de la idea de Patria, más que de la Patria misma, porque a los que cambiaron fueron a sus espíritus, no a sus corazones. La fe que esos hombres negaban a la Patria la habían trasladado al Partido. Los Tartufos de la supuesta Revolución Nacional, que hoy en día recopilan, con angustia, los argumentos y los pretextos a la hora del castigo, sugieren tímidamente que sus adversarios hubieran colaborado con un Stalin vencedor, así como ellos mismos colaboran con Hitler. Olvidan que, exceptuando a algunos locos, como Déat o Chateaubriand, a esos grandes y pequeños burgueses, a esos almirantes, a esos generales, a esos diplomáticos, a esos arzobispos el único sentimiento que los impulsaba era la voluntad desesperada de conservar, costara lo que costara, sus intereses, su carrera o sus prestigios, que se permitían identificar con un orden, con la Moral, con el buen Señor. Pero esto no es siquiera lo más grave: la élite burguesa ya no creía en ella misma. Con que estudiemos y comprendamos el carácter de las reacciones nacionales, en los periodos más difíciles de nuestra Historia, basta. Podríamos haber apostado que sobre la élite que todavía es capaz de creer en ella recaería la elección de Francia ...

Podríamos decir que nos resignamos a esa elección. No sería verdad... A mi parecer, siempre creí que era muy satisfactorio para la Patria que en los inicios de la insurrección nacional, la cual debe dar el pitazo a la insurrección

general de Europa, encontráramos un sentimiento verdaderamente sencillo, elemental. Es posible —y, por cierto, nunca ha sido demostrado— que los jefes comunistas anteriormente hayan recibido instrucciones de Moscú, pero las tropas no necesitaban órdenes. Los hombres de las células^[11] bien podían haber sido pintados apresuradamente, por los disimuladores, como marxistas, leninistas, trotskistas, así en sus venas no había ni una gota de sangre alemana, ni de sangre rusa, ni de sangre judía. La disciplina marxista bien pudo haber contribuido a curarlos del alcohol, de los cafés de mala muerte, de las tabernas, y de lo que el mismo Trotsky llamaba los viejos fondos de la anarquía de las masas francesas: ya no eran los hijos de la calle parisina ni lionesa, de la calle retumbante y cantante cuyos *cabarets* se pintaban de rojo en la noche como el horno del panadero; cuando, con el ruido todavía lejano de los escuadrones marchando, los adoquines parecen saltar solos sobre la barricada. Al ver a la policía alemana en todas las glorietas, no tuvieron que invocar a la santa Juana de Arco para sentir cómo hormigueaba en la punta de sus dedos la sangre de los insurgentes. ¡Menos mal! Después de todo, Juana de Arco no comenzó su guerra con los niños del coro. Al ver detrás a la policía alemana, a la policía de Pétain, no tuvieron que preguntarse si el mariscal era o no el gran cristiano fanático de los cardenales serviles; esa pregunta no tenía para ellos ningún interés. Fueron a algún rincón de su sótano para desenterrar las granadas que habían escondido el día del armisticio, y, desde ese momento, los «jóvenes buenos» hubieran podido desgañitarse con cánticos dedicados a Juana de Arco o a Péguy. Péguy o Juana de Arco desde luego tenían algo mejor que hacer que escucharlos. Pero cuando la primera granada revolucionaria restalló sobre el asfalto parisino, sé perfectamente lo que Juana de Arco le hubiera dicho a Péguy: «¡Péguy!, ¡Péguy, éstos son nuestros hombres!».

VI. A los estudiantes brasileños

Diciembre de 1944

... entre esos rostros veo otros, muchos más, pero no están aquí. Tengo que verlos en mi corazón, que nunca lo abandonen. Pienso en mis amigos de Belo Horizonte, de Pirapora, de Vassouras, de Barbacena, de todos los lugares que amé con ellos, en ellos. También pienso en mis amigos de Río a quienes las circunstancias o el estado de su salud les impiden salir de su casa, particularmente a su poeta, Murilo Mendes, que acaba de publicar un libro admirable que honra a Brasil, que nos honra a todos. Me van a culpar por olvidar todo, esta noche, mi querido Virgilio de Mello Franco y Austregesilio de Athayde, ambos atrapados lejos de aquí —¡oh!, de hecho, no tan lejos— debido a... debido al mal tiempo. Pero estamos en diciembre, es la época de los huracanes, y éstos nunca duran mucho tiempo...

(Hay que) reconocer que la Iglesia, o más bien la política de la Iglesia, son perezosamente opuestas a esa reconquista del Estado por medio del paganismo. Por sólo hablar de Francia, ¿quién no ve el camino recorrido para pasar de san Luis, por ejemplo, a Luis XIV? Pero la Francia de Luis XIV se parecía mucho más a la de san Luis que a la de Napoleón. En Versalles, Luis XIV nunca se hubiera atrevido siquiera a examinar la hipótesis de la conscripción. La idea de incorporar al ejército a cualquier francés, de los dieciocho a los cuarenta y cinco años, sólo se le hubiera podido ocurrir, en aquella época, a la mente de un loco. Aun así, piensen, señores. A Napoleón no se le hubiera responsabilizado de este decisivo control sobre la libertad del ciudadano. Quien decretó la Conscripción Nacional es la Convención Nacional, y ustedes estarían completamente equivocados si estuvieran sorprendidos. Danton y Robespierre están en su lugar entre Luis XIV y Napoleón, como el mismo Napoleón anuncia a Stalin o a Mussolini. Cuando los reyes católicos exterminaban a los herejes, es decir, en resumen a los

rebeldes, a los incrédulos de la doctrina del Estado, los trotskistas, habrían estado completamente equivocados al creer, con el viejo Hugo, que sufrían de una crisis de locura mística, con forma sádica. Sabían muy bien lo que hacían. Después de ellos, la teoría pagana de la Razón de Estado no se modificó mucho, pero, en cambio, los medios que posee el Estado para imponer su Razón de Estado evolucionaron enormemente, evolucionan cada día, siguen evolucionando —si no los destruimos— hasta que hayan alcanzado una inventiva, una potencia, una eficacia de pesadilla.

Señores, algunos de entre ustedes están dispuestos a ver en el Sistema que denuncio un Sistema en evolución, y cuando deben condenar lo que es, se consuelan intentando imaginar lo que será. Pero si nos encontramos frente a un sistema que ya no puede evolucionar porque está hastiado de sus experiencias, ¿que huya hacia la guerra, al igual que Freud pretende que los neurópatas huyan hacia la enfermedad? ¿El comunismo de Stalin es una puerta abierta o el callejón sin salida sobre el que la sociedad capitalista, que está al límite de los subterfugios, acaba por abalanzarse para refugiarse de la decepción de los hombres? Porque, finalmente, si el comunismo no otorga la libertad, ¿qué otorga? ¿Máquinas? Pero el capitalismo norteamericano nos da la misma cantidad o más máquinas que él. Me dirán que hay que destruir los monopolios. ¿Qué importa si él mismo es el monopolio de los monopolios? Supongamos —si le creemos al señor Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos— que América del Norte está bajo la dominación de una docena de grandes monopolios. Supongamos que el dueño de uno de estos monopolios, un Mac McCormick cualquiera o un Ford, absorbe sucesivamente los monopolios rivales; toda la potencia económica del Estado estaría entonces en sus manos. Supongamos que se adjudica al mismo tiempo el poder militar, el control de la prensa, de la educación, de todos los derechos de los ciudadanos a los que provee, ya sea bajo la forma de salarios elevados o bajo cualquier otra forma, los medios para comprar mecánicas y hacer uso de ellas. Si, además, se proclama mariscal, y, por consiguiente, pretende controlar, para su seguridad, todos los Estados de América, ¿qué lo diferenciaría del mariscal Stalin?

Cuando hablo así, a veces me responden: «Está proclamando la decadencia de un Sistema, ¿por qué otro sistema lo reemplazaría?». Señores, apelo a su sentido común. De ninguna manera mi vocación es, gracias a Dios, la de inventar sistemas. Me atrevo a pensar, eso es todo. Pero, precisamente, el Sistema no quiere personas que piensen. No teme a los expertos, a los técnicos, se burla de las gráficas y de las estadísticas que no lo favorecen, les

contraponen otras gráficas y otras estadísticas. Pero teme, teme como a la peste, a quien piensa, al hombre que pretende ir hasta el fondo, sólo con su razonamiento, como David contra Goliath, con sus piedras y su honda... Sí, cuando me preguntan: «¿Con qué reemplazaría ese sistema?», perfectamente tengo el derecho a replicar: «Ni yo ni nadie lo reemplazará; es la Vida, son todas las fuerzas de la Vida de las que creyó volverse el amo con su técnica, y que harán estallar su enorme maquinaria. La liberación, la ampliación, el nuevo descubrimiento del mundo no se deberán a un sistema ni a un hombre, sino a la suma creciente de resistencias humanas en un orden inhumano».

Nuestra Revolución del 89 no tuvo ninguna acción real sobre los hechos porque precisamente coincidió con el establecimiento de ese Sistema, con otra Revolución —ésta de tipo económico— que comenzó veinte años antes.

sacrificado millones de vidas, inventado las místicas sanguinarias del Nacionalismo y del Racismo, reemplazado las infidelidades tradicionales, las fidelidades humanas de la familia y de la patria, la obediencia absoluta, totalitaria, la idolatría del Estado y del Partido. ¿Cómo es que se opone a eso? ¿Qué le contraponería? No sé muy bien lo que usted le contraponen, pero sé muy bien lo que le imponen. Y, primero que nada, le imponen cada día una imagen absolutamente falsa y manipulada de la guerra, de su guerra. Se la presentan, siguen presentándosela, a pesar de todos los sangrientos desmentidos de la experiencia, como una lucha entre dos concepciones de vida, por no decir —porque de todas formas tendría miedo de hacer el ridículo— de dos ideales. De la misma forma se los impusieron, todavía les imponen una idea no menos equivocada de la Revolución, y, en primer lugar, de la nuestra. Nuestra Revolución de 89, la Revolución de Rousseau, la hizo el hombre contra el Estado, es la Declaración de los Derechos del Hombre, inspirada en una admirable previsión de las usurpaciones futuras de la Nación, de la Raza, del Partido. La Revolución de 1793, la Revolución burguesa, capitalista y nacionalista de 1793, que debía encontrar su consecución en el Imperio napoleónico, traicionó la Revolución de 89 como la segunda Revolución rusa traicionó la primera. Nuestra Revolución de 89 se desaprovechó, tenía que serlo porque tan sólo fue una explosión magnífica, pero prematura de la esperanza de los hombres. ¡Hizo falta mucho más que una explosión de esperanza para detener al Estado moderno en su evolución inexorable hacia la Dictadura! En realidad, desde el Renacimiento, el espíritu

del cesarismo romano no dejó de apoderarse de todo lo que el espíritu de la cristiandad perdía. Queridos amigos, tal vez algunos de entre ustedes no sólo estudiaron la historia en los libros de texto. Éstos no deberían dejarse sorprender por ciertos aspectos del mundo moderno. Una sociedad como ésa, por ejemplo, que nos promete el plan Beveridge, recuerda de una forma muy impactante la formidable máquina administrativa y política de los Antonin y de los Sévère. El socialismo de Estado es esencialmente una idea romana. El Estado, el único propietario, dándole a cambio a cada ciudadano, contra el compromiso de una obediencia absoluta, su garantía contra el desempleo, la enfermedad, la vejez, es —lo repito— una idea muy romana, fue muy conocida por todos los emperadores, desde Nerón hasta Marco Aurelio. Todos los dictadores, de todas las épocas de la historia, invocaron la justicia social, y siempre en nombre de la Igualdad se estranguló la Libertad, no puede haber igualdad más que bajo un amo absoluto.

CARTAS INÉDITAS^[12]

1939-1948

CARTA 1

PARA VIRGILIO DE MELLO FRANCO^[13]

Pirapora, 15 de septiembre de 1939

Querido amigo, le agradezco que me haya escrito. No es fácil expresar hoy en día la espantosa soledad de un hombre de mi edad, que estuvo en la última guerra. Escribo esta palabra, «soledad», a falta de alguna otra mejor, y para intentar darle un nombre a una especie de decepción que de tan fuerte nos pone realmente fuera del mundo, fuera de nosotros mismos, corta tan brutalmente todos los lazos con un pasado muy cercano que nos preguntamos si la vivimos o solamente la soñamos.

Nunca dudé, usted lo sabe, de la vocación de mi país. Tener una vocación es ser llamado —*vocatus*—. No sirve de nada ser llamado; lo grave es responder, y responder en el mismo lenguaje que Aquel que le llama. Aquellos que ahora van a dejarse matar no tienen que molestarse por responder ni de una manera ni de otra; sólo tienen que hacer el gesto de aceptación. Y yo, hoy, pertenezco a lo Anterior, al Pasado, a ese mundo de «lo Anterior», del «Pasado», que ya odiaba desde hace veinticinco años, ese mundo cuyo papel sólo es el de justificar los sacrificios hechos por el otro, o más bien de *justificarse* por el sacrificio del otro. No hablaré su lenguaje.

Ya sólo creo en la verdad. Mi verdad no es la de un hombre que lucha. La verdad de un hombre que lucha es la de no abandonar a los amigos. Mis amigos —en el antiguo sentido de esa palabra que se volvió tan vulgar—, mis compañeros, mis compañeros fraternos, son los que aguantan el ritmo, que van a morir, franceses o ingleses, polacos o alemanes. Yo tampoco los abandonaría. Si pudiera hablar, sólo hablaría en su nombre. Echar, como el señor Hitler, el pueblo alemán a las fosas comunes en nombre de una pretendida superioridad racial, es una locura sanguinaria. Pero cuando las democracias de los bancos o de los asuntos empujan a los pueblos a la guerra en nombre de un Derecho y de una Justicia en los que esas Democracias ya no

creen, es una impostura no menos sanguinaria y de la cual es razonable esperar una victoria tan vana como la otra. Las mismas personas que ayer se hubieran burlado de mí, en nombre del Realismo político, cuando pronunciaba esas grandes palabras, ahora las agitan como estandartes. De ninguna manera creo estar exponiendo una paradoja; creo hablar el lenguaje del sentido común —que es el de mi pueblo— diciendo que después del escándalo de la pretendida política de «No Intervención», es intolerable escuchar al señor Chamberlain hablar en nombre del honor. Mi repugnancia no tendría en sí misma, a mis ojos, ninguna importancia si yo no supiera — por experiencia— que tarde o temprano lo resentirán aquellos que en este momento están luchando. Así es como las vitorias se pierden de antemano, que una gran victoria queda en una situación de impotencia para hacer nacer en un pueblo el espíritu de victoria.

No puedo escribir esas cosas. De todas formas, no las escribiré. Aquellos a quienes se las dirijo están ocupados en morir bien y no los voy a distraer, en un momento así, de ninguna manera me siento digno. Pero usted es capaz de oírlas. Quisiera que todos los verdaderos amigos de mi país las conozcan, con el fin de que encuentre, llegado el día, en esas amistades lúcidas, la fuerza y la valentía de superar las abyectas tentaciones de la posguerra, sus abandonos y sus traiciones. Son los Chamberlain los que hacen a los Hitler, si no los justifican.

Su amigo,

G. BERNANOS.

P.D. Uno de los hechos que me parece que anuncian más claramente los equívocos futuros y las decepciones que engendran el escepticismo o incluso el desprecio por la victoria es la solicitud de la Santa Sede respecto al empleo de gases asfixiantes, que pese a ello permitieron la conquista de Etiopía.

CARTA 2

PARA EL MISMO

Barbacena, 22 de diciembre de 1940

Muy querido amigo, ¡feliz Navidad! ¿Pero tendremos es año una Navidad? ¿Todavía hay una esquina del mundo donde el Niño Jesús pueda nacer? Los cristianos ni siquiera parecen preguntárselo, están demasiado satisfechos consigo mismos. Llevaríamos al infierno de un solo golpe a todas esas personas, con sus pastores, que posiblemente no se darían cuenta, organizarían un congreso, pedirían limosna y negociarían un convenio con el Diablo.

Los acontecimientos cada vez son más difíciles de interpretar. Gesticulan y hacen muecas como simios. Su enorme hipocresía verdaderamente abruma el espíritu.

Creo que Hitler y el pueblo alemán son perfectamente capaces de llevar a cabo el avasallamiento del mundo. Pero de ninguna manera creo que el espíritu anglosajón sea capaz de organizar, o ni siquiera de concebir con claridad su liberación. Nos quedan los valores espirituales franceses, como un puñado de cenizas en la mano. Soplándoles, tal vez haremos enrojecer una brasa que todavía está caliente, y por más pequeña que sea la flama, ¿por qué no abrasaría de nuevo la tierra?

Transmítale mis saludos respetuosos y afectuosos a la señora Mello Franco —*Dulcissima*— y confíe en la amistad de

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 3

PARA JOÃO GOMES TEIXEIRA^[14]

Barbacena, 23 de diciembre de 1940

(lista de correos)

Muy querido y fiel amigo, ¡estoy muy avergonzado por no escribirle más a menudo! Pero no puede pensar que soy un ingrato. Todos los recuerdos que tengo de usted son recuerdos de agradecimiento. No hay nada más grato que conservar.

Siempre espero ir a visitarlo, pero estoy agobiado con el trabajo. Es, por cierto, gracias a Dios, el único agobio que conozco. La especie de tristeza con la que ahora vivo se me volvió querida, porque es la de mi país, y entre más me hundo, más me acerco a él. Entré en la noche francesa, pero sé muy bien que cuando valientemente se va hasta los confines de la noche, encontramos otra aurora.

Ignoro si viviré tanto tiempo como para ver todo *reparado*. Pero creo, creo con toda el alma, que antes que me muera todo será *vengado*. Éstas no son palabras al aire, querido amigo. No es literatura. Mi país bebió la vergüenza a vasos llenos. Se la dieron tan bruscamente, y en una dosis tan alta, que el veneno no pudo producir su efecto natural excitante, y momentáneamente paralizó el corazón. La síncope durará más o menos por mucho tiempo, pero la inevitable crisis de nervios sólo se postergará. Es la revolución la que acabará con la vergüenza. Qué será de esa revolución, lo ignoro. Es posible que yo mismo sea víctima, junto con muchos otros inocentes, porque ya no hacemos lo que nos corresponde ni para una revolución ni para un sismo. Esto me da completamente igual. Dios sabe que de ninguna manera soy cruel, pero tanto en el honor de los hombres como en el de los pueblos a sus leyes, lo único que siempre pudo limpiar el honor fue la sangre. El desastre de ayer fue un inmenso escándalo para el mundo. La

reparación de ese desastre será un escándalo todavía más grande. Al caer, Francia sacudió la historia, la sacudió todavía más al levantarse.

Mi mujer y mis hijos le envían sus mejores saludos. Y crea en mi afectuoso y fiel afecto.

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 4

PARA RAUL FERNANDES^[15]

Barbacena, 20 de febrero de 1941

Mi muy querido amigo, ahora que leyó mi carta para el pobre X..., usted entiende muy bien —usted entiende incluso mejor que yo— por qué vencí mi pereza epistolar para escribirle. Pero esto no le impedirá hacerme bromas, los discípulos siempre han bromeado con sus maestros, y al menos en ese tema soy su maestro. Lo que usted sabe de economía política y financiera lo aprendió de mí, ¡reconózcalo! No se lo diré a nadie, por cierto.

Regresando a esta carta, estoy casi avergonzado; debió haberla leído con la famosa sonrisa diplomática... Hasta donde me acuerdo, por el «ungimiento» eso debería parecerse a los pequeños sermones que les hago a mis chiquillos desde hace veinte años. Pero las homilías a los chiquillos no tienen ninguna importancia porque no escuchan ni una palabra, finalmente soy yo quien las oye, y sólo me conmueven a mí, ¡pobre idiota! (En el fondo, siempre debe ser así, el buen Dios nos deja creer, para complacernos, que convertimos a la gente, cuando nunca hemos logrado convertir a nadie. Nos convertimos a nosotros mismos al tratar de convertir a los demás).

No se enoje, san Raul. Entre santos, ¡a pesar de todo tenemos que intentar entendernos! Es verdad que todo el tiempo pienso en ustedes dos, y no lo escribo. De todas formas, es mejor que le escriba algunas cartas, ¡y sólo piense en usted mientras las escribo! En fin, al buen Dios no se le quitan las ganas de amarme, ¡haga como él! ¡Usted es tan amable al empeñarse en resolver los problemas de la Casa Bernanos! (la misma Casa Bernanos es, sin dudas, ¡lástima!, un problema irresoluble...).

Entro temblando, como todo mundo, en el tercer periodo crítico de la guerra. El tono general de la prensa universal repugna por su mediocridad. Cada vez creo menos en esa lucha de las democracias contra las dictaduras, es un eslogan de escuela primaria, un «o algo así»; esto se asemeja a los

acontecimientos reales como una película histórica de Hollywood se asemeja a la historia. Las democracias y las dictaduras (para mí es el verso y el recto de una misma cosa) se van a derrumbar juntas porque en ningún caso dan prioridad a los valores humanos de la vida. No es la libertad la que renacerá primero —¡todavía estamos muy lejos de ello!—; ¡es el espíritu de libertad! Y el mundo lo volverá a encontrar en el fondo de la miseria porque el espíritu de libertad siempre me ha parecido inseparable del espíritu de pobreza.

Guy^[16] me anuncia en este instante que llegó una caja para nosotros. Jeanne supone que es la máquina de coser y lanza unos gritos de felicidad. La máquina de coser la distraerá de su marido, que es una máquina de escribir.

Hoy agregamos cuatro gallinas de Guinea a la colección de aves de corral que se encuentra encima de mi lujosa oficina. La conversación de esos animales es lo más adecuado que hay para el trabajo intelectual. Usted debería tener un par en Río.

Dígale a santa Lucía que le voy a escribir —¡no! Es cierto, es realmente cierto, tan cierto como que los amo a ambos tierna y fielmente, porque sin la fidelidad y la ternura, ¡qué importa la amistad!—. ¡Cuánta ternura necesita este mundo! ¡Llegará el día en que le dará de buen grado todo su poder y todo su oro a cambio de un poco de lucidez y de dulce piedad!

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 5

PARA EL MISMO

1.º de abril de 1941

(No es un pez de abril)

Mi querido y fiel amigo, estoy muy contento por lo que me dice de la salud de la señora Fernandes, pero muy preocupado por lo que me dice de la suya. Me doy cuenta de que no puedo abandonarlo ni por un instante sin que corra el riesgo de hacer tonterías —y la peor de todas es estar enfermo—.

(Es verdad que a nuestra edad es casi la única que está realmente a nuestro alcance).

No sólo son las circunstancias favorables, sino también es una especie de presentimiento el que me hace recibir esa segunda primavera de la guerra con inmensa esperanza. Ver de frente al amo de Alemania, a ese principito de diecisiete años, yo digo que es un signo de augurio. Sobre nuestras viejas tierras de Europa, ése es el honor que regresa con las primeras golondrinas.

Las personas que se dicen serias están muy equivocadas al juzgar los acontecimientos actuales de la misma manera como están acostumbradas a juzgar otros acontecimientos de la historia. Porque la historia de las dictaduras pertenece mucho más al orden del sueño que al de la acción. Es una alucinación de los pueblos, en la que los economistas, sumergidos en sus estadísticas, habían olvidado que poseían un corazón y unas entrañas —una alucinación donde, por cierto, entra una gran parte de simulación, como en todos los sueños despiertos—. Quien sepa exactamente cuál es la parte de simulación en esta crisis de histeria colectiva sabrá prever el fin con mayor precisión que los expertos políticos o militares. No creo en la sinceridad de los pueblos totalitarios; en su lugar creo en la sinceridad del pueblo inglés, en

su gesto tan natural de defensa. Sólo esto permite prever, con toda seguridad, el desenlace de esta espantosa aventura. La crisis de excitación se resolverá con una crisis repentina de depresión, *un mar de lágrimas*, y contrario a lo que normalmente imaginamos, a lo largo de esa última fase será más repugnante observar a Alemania que a Italia, eso es lo que pienso.

Que Dios lo bendiga, querido amigo. Mi más afectuoso homenaje para santa Lucía.

Su viejo amigo que está muy agradecido por su amistad.

G. BERNANOS

CARTA 6

PARA VIRGILIO MELLO FRANCO

Barbacena, 26 de enero de 1942

Mi muy querido amigo:

Nunca me sentí tan angustiado como después del mes de junio de 1940. Los acontecimientos cada día nos revelan un poco más de la mediocridad incurable de las Democracias. Pretenden creer en lo que defienden, pero no lo creen. Al realismo cínico de las Dictaduras contraponen un oportunismo hipócrita. Definitivamente prefiero que estrangulen públicamente la Moral en vez de ver cómo la usan para todo. A ella le deseo más el pelotón de fusilamiento que el prostíbulo.

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 7

PARA EL MISMO

Barbacena [16 de marzo de 1942]

Mi querido amigo:

Sin lugar a dudas, le hubiera escrito acerca de su artículo del domingo pasado, pero pensaba que vendría para acá para el cumpleaños del que me había hablado. Y yo ahora aquí estoy terriblemente confundido por escribirle después de haber leído su artículo de ayer, pues tengo miedo de no poder juzgarlo con la imparcialidad necesaria... Ni modo. Simplemente quiero decirle que debe seguir hablando en público de su país, hablándole cada vez con más franqueza, con firmeza, con esa especie de gravedad apasionada que le otorga a todo lo que escribe un magnífico acento. Usted sabe lo que me duele tanto ignorar: usted sabe lo que la opinión brasileña ya es capaz de escuchar, así puede aumentar gradualmente el nivel que haga falta —que haga falta absolutamente para que su país cumpla su tarea—, es decir, para que haga frente a la fuerza material aplastante de América del Norte, del gigante con cerebro de *baby*, con cierta cantidad de posiciones intelectuales y espirituales. Usted también sabe que nunca creí que la defensa de esas posiciones era sólo un asunto de escritores, o más generalmente, de élites. No se logra nada eficaz sin el pueblo —lo que equivale a decir que nada se logra sin amor—, y de eso usted sabe más que las élites numerosas y poderosas —un pueblo capaz de comprender espontáneamente, por una corazonada, lo que a las élites les cuesta tanto trabajo definir, como lo probó su actitud frente al desastre francés, su resistencia instintiva a la casuística del deshonor—. Tal vez ustedes, brasileños, no aprecien en su justo valor la importancia de esa reacción, ignoran hasta qué punto Europa es despreciada. Las simples conversaciones sobre el armisticio que mantuvieron, hace ya casi dos años en la calle Ovidor, dos simples comerciantes brasileños, en nuestro país habrían

podido considerarse, ¡lástima!, diálogos de una discusión bizantina. No, querido amigo, eso no es una pequeña señal.

Es por esto por lo que es absolutamente necesario que usted y la pequeñísima cantidad de aquellos que son capaces de hacerlo continúen manteniendo esa conversación con su país. Si fuera posible hablar en completa libertad, ¡qué grandes y útiles cosas habríamos podido hacer juntos! A pesar de todo de lo que me aseguran, tengo miedo de *nunca* realmente haber establecido contacto con su público, cada vez me siento más reducido a nada en mi soledad y sumergido en el parloteo de los imbéciles. Por cierto, eso me parece bastante normal, porque el genio y la pasión de mi raza es el de decirlo todo, de poner todo en entredicho, de ser lúcido hasta el desgarramiento, y no puedo escribir nada más que por alusión, que ni siquiera me está permitido mostrar el doble fracaso de dos concepciones de la vida igualmente contrarias a la tradición que me esfuerzo por servir: el germanismo, en su caricatura trágica —la prusiana—, y la anglosajona, en su caricatura yanqui. ¿Pero sólo se leen mis artículos? Lo dudo. Y esa duda me es insoportable cuando pienso en el beneficio material que saco de ellos, tan desproporcionado a los servicios que les restituyo. Querido amigo, sabe que para hablarle así debo sufrir mucho. Ya no hay ningún instante que perder, ya no hay ninguna falta por cometer.

Espero verlo la semana que viene.

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 8

PARA EL MISMO

Barbacena [3 de junio de 1942]

Querido amigo:

Su telegrama, como siempre sucede con los testimonios espontáneos de amistad, me llegó en el momento en que lo necesitaba. Estoy un poco desanimado por ciertas manifestaciones «de incomprensión sistemática» —o incluso de entusiasmo— acerca de mi libro^[17]. Si no me entendieron, es mi culpa. Esa idea me persigue cruelmente durante mis paseos solitarios.

Sus últimos dos artículos son muy bellos, muy emotivos.

Acabo de leer la conclusión del estudio de Affonso^[18]. La última parte dice todo lo que Álvaro Lins^[19] no dijo, y que para mí es esencial. Porque de ninguna manera me considero opositor sistemático. Como decían esos cretinos de derecha en mi juventud: «Formamos PARTE DE la oposición». Siempre he intentado ser un reconciliador. Reconciliar a los hombres de buena voluntad, a expensas de los imbéciles y de los impostores.

Mi afectuoso agradecimiento a Affonso. La próxima vez volveremos a hablar de Norteamérica. No pierdo la esperanza en los yanquis. Creo de buena gana que, al final de sus prácticas, acabarán por encontrar una civilización original. Solamente condeno que su riqueza y su poder les permitan obligar a los pueblos que no se les asemejan en nada a seguirlos en sus prácticas y a correr los riesgos.

De corazón, suyo,

G. BERNANOS

CARTA 9

PARA EDGAR DE MATA MACHADO^[20]

Barbacena [16 de junio de 1942]

Mi querido amigo:

Usted es demasiado modesto y me honra mucho cuando se considera incapaz de hablar adecuadamente de mis libros. Cada vez, al contrario, que escribe acerca de su viejo amigo —y cómplice—, usted rebosa de una simpatía profunda, es decir, de una verdadera comprensión.

Sin embargo, cuando lo acusen de volverse cada día más tonto desde que es mi amigo, no se enoje: *es verdad*. En la democracia de mañana, cuyo advenimiento celebraban el otro día los Intelectuales Brasileños, tendremos el papel de idiotas. Y eso durará mucho tiempo, tal vez durará por siempre, tal vez pasaremos directamente de la humillación a la muerte, y de la muerte al paraíso. Pasé gran parte de mi vida escuchando ridiculizar o blasfemar las verdades que me esfuerzo por servir. Comienzo a entender que eso todavía no era nada. La peor prueba, la prueba que espero, es la de ver volverse contra nosotros esas mismas verdades deformadas y traicionadas. Desde hace dos mil años, las generaciones de cristianos no tienen nada mejor que hacer que revivir una después de otra la Pasión del Señor, pero la nuestra entra en la más íntima y en el más profundo secreto de esa agonía —la Soledad total, el abandono total—. Creo que ya ni siquiera nos hacen el honor de matarnos.

En fin, ésta no es razón para entristecernos en demasía.

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 10

PARA RAUL FERNANDES

Barbacena [1942]

Mi muy querido amigo:

Es muy cierto que Darlan engaña a las democracias, ¿pero por quién no se han dejado engañar desde hace diez años? Creo, por cierto, que a esta ceguera crónica le encontraremos razones menos honorables que un defecto de psicología o de discernimiento. No pueden renunciar por completo a la esperanza de descubrir una combinación más o menos honesta que las eximiría de los sacrificios necesarios, y para alcanzar ese objetivo, ellas esperan poder usar a los corruptos. Desgraciadamente, en ese tema, Hitler es el maestro de maestros, y todas las conciencias en venta le pertenecen desde hace mucho tiempo. La única salvación de las democracias está en la verdad, el desinterés, la generosidad, el honor. Romper con el espíritu de Múnich, o perecer. Es duro ...

Yo también, a veces, estoy un poco desanimado. Lo que más me atormenta es trabajar sin conocer nada y sin poder prever nada de los resultados de mi trabajo. Ahora comprendo qué tan sensible era en mi país a los mínimos cambios de opinión, era como un sexto sentido. Cómo entonces sabía escoger bien las preguntas, aquellas que el hombre de la calle responde espontáneamente, ¡sin desconfianza! Y las conclusiones que sacaba de la escasa información podían parecer muy presuntuosas, pero casi siempre eran correctas. En cambio, aquí, no tengo ningún control. Continuamente tengo la impresión de que olvido el objetivo, de que intrigo o intereso a las inteligencias, pero nunca toco las conciencias —conmuevo, en una palabra—. ¡Si Dios quiere!

Con afecto,

G. BERNANOS

CARTA 11

PARA VIRGILIO MELLO FRANCO

Cruz das Almas [28 de diciembre de 1942]

Querido fiel amigo:

... Le deseo la única dicha que creo digna de usted, es decir, la de completar su destino, de tomar todo el porcentaje de vida que sea capaz de cargar. Transmítale a su encantadora mujer —esa palabra «encantadora» le queda tan bien que deja de ser banal desde que uno se permite escribirla para ella— mis saludos más respetuosos y afectuosos. Mis recuerdos a todos los suyos —¡incluido Affonso!— ...

Veo que en este fin de año se establecen posiciones políticas que ingenuamente cree sólidas el espíritu de aislamiento estadounidense, es decir, la más baja especie de realismo, un realismo caótico. Pero es tan peligroso ocuparse de los asuntos de Europa como meter la mano en la guarida de un gato salvaje. La Europa de las catedrales es un pedazo mucho más duro para el señor Hoover. Europa va a hacer su revolución, ¡y será algo muy distinto de la guerra de Sucesión! La unidad de Europa, en la que fracasó Luis XIV, en la que fracasó Bonaparte, provendrá de la desesperación de sus pueblos, y no la reconoceremos de inmediato porque estallará como un rayo. El verdadero orden, el orden sustancial, el orden de la vida, es tan irreconocible a primera vista como el diamante en su ganga. Lo van a confundir con el Desorden y harán todo lo posible, naturalmente, por destruirlo a cañonazos. ¡No importa! Creo, por increíble que parezca, que los recursos espirituales de Europa están intactos. Tarde o temprano tendrán razón en todo.

Su viejo amigo

(estruendoso y profético),

(À manhã!...)

G. BERNANOS

CARTA 12

PARA LA SEÑORA RAUL FERNANDES

Cruz das Almas [28 de diciembre de 1942]

Querida perfecta amiga:

Me resulta casi vergonzoso enviarle mis mejores deseos de fin de año, como si tuviera que esperar hasta esa ocasión para escribirle, si bien, cada día, muchas veces he tenido la intención de hacerlo para hablarle de todo y de cualquier cosa. Usted es, en efecto, la única amiga en este continente, capaz de recibir sin aburrirse, e incluso con tierna compasión, los pobres secretos de una vida donde el dolor entra continuamente, pero sin tomarse la molestia de ponerse su ropa de domingo. Ya no sé qué mujer del mundo imbécil alardeaba frente al padre de Ravignan el únicamente haber cometido pecados distinguidos. Mis penas, ¡lástima!, no son más «distinguidas» que mis pecados. Si bien el buen Dios a veces me ha dado alegrías que están un poco por encima de la media de las alegrías, me bendijo con un sufrimiento como el de cualquier imbécil. Estoy sobrecargado bajo el peso de esas pequeñas miserias como un viejo asno bajo una bolsa de papas que es demasiado grande para él. Con algunas papas de más o con algunas de menos, el asno no será menos viejo ni la carga menos pesada.

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 13

PARA AUSTREGÉSILO DE ATHAYDE^[21]

[Barbacena] el 1.º de enero [de 1943]

Querido y fiel amigo:

Le envió muy tarde mis palabras de año nuevo, pero las costumbres francesas, siempre indulgentes, convirtieron todo el mes de enero en la época de los buenos deseos y anhelos.

¿Es necesario, es incluso correcto decir que pienso más especialmente en usted en esta época del año? Piense un momento e intente contar con los dedos los nombres de aquellos cuyo recuerdo me viene a la mente desde que resiento tan dolorosamente la soledad del exilio. Usted entenderá de inmediato que esos nombres no son muy numerosos, y que el suyo está entre ellos.

¡No crea, por cierto, querido amigo, que me quejo de la soledad! El exilio es el exilio, nunca he deseado que el mío sea un exilio amañado y áureo. Cada día que pasa me trae una nueva certeza sobre las pruebas que le esperan a Francia. El peor peligro que puede amenazar a un país como el mío es que ya no lo comprendan. Y las pruebas, grandes y pequeñas, de esa incompreensión creciente, universal, se acumulan. Mi modesta soledad es entonces también la de nuestro pueblo.

Permítame que los reúna a ambos, a Marie-José y a usted, en el mismo pensamiento del corazón, y también, puedo decir, en la misma plegaria.

Su viejo amigo,

G. BERNANOS

CARTA 14

PARA CHARLES MAURICE^[22]

Cruz das Almas Barbacena [finales de abril de 1943]

Querido señor:

Le agradezco profunda y afectuosamente: su carta es de esas que a lo largo de toda mi vida han dado el pan de cada día, es decir, esa parte indispensable de confianza y de esperanza de la que ya no queda ni una migaja cada noche, y que vuelve a encontrarse misteriosamente cada mañana.

Por cierto, hace mucho tiempo que creo que un verdadero escritor sólo es el administrador y distribuidor de bienes que no le pertenecen, que recibe de ciertas conciencias para transmitirlos a otras, y si no cumple con ese deber, es menos que un perro.

(Esto, según yo, sólo es un aspecto de esta cooperación universal de las almas que la teología católica llama la Comunión de los Santos. ¡Que ese nombre de Santos no le dé miedo, si usted no es cristiano!... Aquí se emplea en su sentido evangélico. Es el sinónimo de los hombres de buena voluntad).

Crea que pienso en usted, sin conocerlo, como en un viejo y fiel amigo.

G. BERNANOS

CARTA 15

PARA LA SEÑORA RAUL FERNANDES

Cruz das Almas [9 de septiembre de 1943]

Querida santa Lucía, no me reproche mi silencio, creo que merezco su indulgencia, ¿pero qué le puedo decir? Incluso a una amiga como usted no espero firmemente hacerla comprender lo que yo mismo comprendo tan mal. De hecho, es muy fácil para un escritor dar la impresión de que actúa en una obra de teatro, ¡aunque sea para sí mismo! Pero usted, usted sabe bien que no soy un poeta surrealista, sino un hombre demasiado complicado, incapaz de asumir ciertas actitudes frente a su espejo sin arriesgarse a reír a carcajadas en su propia cara. —¡Bueno!— Por otro lado, para explicar mi silencio, no necesitaré otra excusa más que mi enfermiza e insuperable negligencia. Pero, ya que me decido a escribirle, seré incapaz de esconderle la verdad, porque ustedes son realmente los únicos, Raul y usted, a quienes tengo ganas de decírsela, y a quienes podrá resultarles interesante... Pues bien, es verdad que desde hace seis meses, diez meses —ya no sé—, no dejo de sentir una necesidad irresistible, indecible, de silencio y de soledad, hasta el punto de que si no me hubiera retenido aquí un deber evidente, indiscutible, me habría ido a no sé dónde, lo más lejos posible. Que haya vivido por tanto tiempo en ese estado de crisis interior, sin llamar la atención ni despertar la preocupación de nadie, me sorprende un poco ahora que lo pienso.

Me dirá tal vez que estoy —como dicen mis colegas imbéciles— *madurando* un nuevo libro. ¡Pero para nada! O si *madura*, nada me da indicios de ese estado de embarazo; lo cargaré entonces diez años, como los elefantes... Cuando trato de ver en mi interior, sólo encuentro una especie de presentimiento vago, difuso, pero absorbente, de pruebas desafiantes para mi país, para mi creencia, donde me encontraré comprometido hasta el fondo, hasta el último momento, hasta el final, hasta la muerte.

¡Ahí tiene! Ahora, querida santa Lucía, puede burlarse de mí, estoy seguro de que lo hará tan amablemente que me podré reír con usted. Por cierto, si todo esto es una advertencia, la acepto con mucho gusto; naturalmente, me parece que para mí es mucho más honorable, y más lógico, acabar en el patíbulo que en la Academia.

CARTA 16

PARA AUSTREGÉSILO DE ATHYDE

Oasis de Gabes, Túnez [1.º de marzo de 1948]

Mi muy querido Austregésilo:

Continuamente pienso en usted, tengo muchas ganas de volver a verlo, ¡y un gran remordimiento por haberlo visto tan poco cuando podía! ¡Lástima! Siempre quedé como alguien que descuida un poco a sus amigos, y no sabemos, o siempre aprendemos demasiado tarde, el temor casi enfermizo que tengo de ser inoportuno. Nunca voy a verlos sin segundas intenciones más que cuando una invitación me libera de todos mis escrúpulos. ¿Qué sentido tiene volver a hablar de ello? Lo que se perdió, se perdió.

Por el encabezado de mi carta, puede ver que no he perdido el gusto por la soledad. Desde hace más de un año me siento cada vez más atraído por esos inmensos territorios militares del Sur. En este lugar del mundo puedo encontrar más fácilmente un poco del orden, de la grandeza y de la profunda humanidad de mi país. En cuanto a Francia, es inhabitable para mí. Ahí me asfixio. El régimen de la liberación —quiero decir, el régimen que proviene de ella— hoy en día está en plena descomposición.

El mito Democracia-contra-Totalitarismo desde hace mucho tiempo está fuera de uso. Esta civilización (o al menos aquello que llamamos con ese nombre, porque es la absorción por la técnica de toda la civilización humana y, a decir verdad, una «Contra-Civilización») sólo puede «totalitarizarse» cada vez más. Suponga que el avance que llevan los Estados Unidos lo recupere la URSS, y que ahora ambos arranquen en condiciones de igualdad. Técnicamente hablando, el orden totalitario tendría un rendimiento material y una eficiencia muy superiores. En un mundo materialista, no podría ser cuestión de sacrificar el rendimiento de la Maquinaria en honor y en favor de la seguridad de los hombres, porque el valor Material mecánico no deja de crecer, en vez de que el del material humano se degrade.

Querido amigo, ¡veo mejor quién es usted y lo que perdí cuando comparo a los hombres como usted con esos imbéciles sin talento y sin temperamento que pululan en la actual prensa francesa! ¡Que Dios proteja a Brasil! ¡Que Dios haga también que lo vuelva a ver! La Alianza Francesa me propone constantemente enviarme para allá; ¿cómo tendría algún día el valor de regresar? Y si me quedo ahí, ¿qué haré en Brasil con ese pobre franco devaluado? ¡Si Dios quiere!

Transmítale mis respetos a su querida y encantadora mujer, mis buenos recuerdos y mis saludos a Chateaubriand^[23], e intente escribirme cuando pueda.

¡Ah!, sí, ¡Dios quiere que lo vuelva a ver!

Con cariño,

G. BERNANOS

Puede responderme aquí. Tal vez voy a ir al Sur Marroquí, pero me reenviarán el correo.



GEORGES BERNANOS (París, 20 de febrero de 1888 - Neuilly-sur-Seine, 5 de julio de 1948) fue un novelista, ensayista y dramaturgo francés. En su primera novela, *Bajo el sol de Satanás* (1926), ya están patentes sus preocupaciones religiosas. Bernanos ahonda en la psicología del hombre donde tiene lugar el enfrentamiento entre el bien y el mal, la fe y la desesperación. Publicó, entre otros títulos, *La alegría*, *Los grandes cementerios bajo la luna* y *Diario de un cura rural* (1936).

Notas

[1] Bernanos se dirige a Auguste Rendu, ingeniero y antiguo combatiente francés que fue Presidente del Comité de los franceses libres de Brasil en Rio de Janeiro. [N. de la T.] <<

[2] Se refiere, desde luego, a los adeptos al Mariscal Philippe Pétain, jefe de Estado del régimen de Vichy. [N. de la T.] <<

[3] Se refiere a William Pitt (el Joven), primer ministro del Reino Unido, y al príncipe Federico Josías de Sajonia-Coburgo-Saafeld, general al servicio de Austria. [N. de la T.] <<

[4] Personaje de ficción creado por el autor Courteline. Es individualista, lógico y enamorado de la razón; ilustración perfecta de cierta forma del espíritu francés. [N. de la T.] <<

[5] Se refiere a la moneda medieval. [N. de la T.]. <<

[6] Se refiere, desde luego, al hecho de sólo trabajar cinco horas a la semana.
[N. de la T.] <<

[7] Se refiere a las unidades militares francesas que fueron muy famosas en la Segunda Guerra mundial y que estuvieron comandadas por Philippe Leclerc.
[N. de la T.] <<

[8] Se refiere a las dinastías romanas iniciadas con Marco Coceyo Nerva, que gobernó del 93 al 98 y Lucio Septimio Severo, que gobernó de 193 a 211. [N. de la T.] <<

[9] Se refiere a Charles Maurras (1868-1952), quien fue un político francés de extrema derecha y uno de los principales ideólogos del movimiento Acción Francesa. [N. de la T.] <<

[10] Se refiere al *Report to the Parliament on Social Insurance and Allied Services*, redactado por el economista y político británico William Beveridge en 1942. [N. de la T.] <<

[11] Se refiere a las células que integraban la formación organizacional del Partido Comunista y que son la base del partido. [N. de la T.] <<

[12] Publicamos aquí quince cartas que Bernanos escribió a amigos brasileños, seleccionadas de entre aquellas que permiten seguir su reacción a los acontecimientos: desde la declaración de guerra en septiembre de 1939 hasta finales de 1943. Durante el último año en Río, Bernanos pasaba más tiempo en la capital y su intercambio de correspondencia con sus amigos fue menos asiduo. Incluimos una de las últimas cartas que escribió, en vísperas de que tuviera que guardar cama definitivamente, porque en ella se expresa su cariño por Brasil. <<

[13] Fue un político y uno de los jefes de la oposición a la dictadura de Getulio Vargas. Murió asesinado a finales de 1948. Junto con Raul Fernandes, fue otro de los amigos de Bernanos que intentaron encontrarle trabajos bien remunerados. [N. de la T.] <<

[¹⁴] Agregado del Ministerio del Estado de Minas Gerais. [N. de la T.] <<

[15] Político brasileño. Fue Ministro de Relaciones Exteriores, puesto que ocupó antes, bajo la presidencia de Dutra. Representó a su país en la SDN en Ginebra y en la ONU. [N. de la T.] <<

[16] Guy Hattu, el sobrino de Bernanos. [N. de la T.] <<

[17] Se refiere a *Carta a los ingleses*. [N. de la T.] <<

[18] Affonso Arinhos de Mello Franco, hermano de Virgilio. Fue jefe del partido liberal (UDN). [N. de la T.] <<

[19] Crítico literario brasileño. [N. de la T.] <<

[20] Periodista, ensayista, abogado, profesor y militante político. Tradujo al portugués *Diario de un cura rural* de Bernanos y es coautor de *Lembranças de Bernanos*. [N. de la T.] <<

[21] Escritor y periodista. Director de Diários Associados y de *O Jornal*, y, posteriormente, figura emblemática de la Academia Brasileña de las Letras.
[N. de la T.] <<

[22] Uno de los fundadores del Comité para la Francia Libre de Río, para el cual se redactó *Francia contra los robots*. La carta responde a las felicitaciones de Charles Maurice por uno de los artículos de Bernanos publicados en el boletín para la Francia combatiente. [N. de la T.] <<

[23] El magnate de la prensa brasileña, fundador del Museo de São Paulo. Dueño de los periódicos donde colaboró Bernanos de 1940 a 1945. [N. de la T.] <<